

CCI

CLARIN

LINE VEA I
MADRI

ANOV
SU EISE

AFOLIC
LPAK

POSSOJ

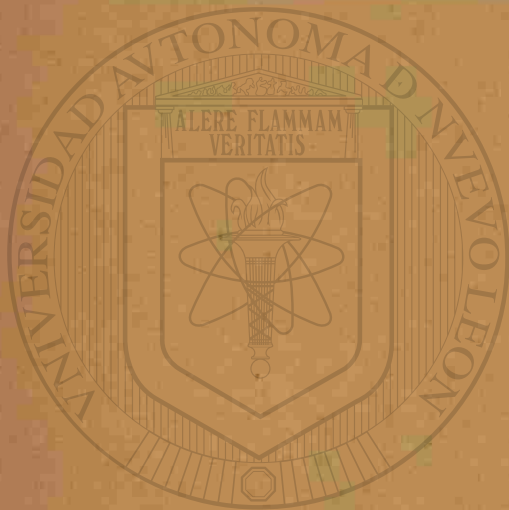
RAA

CO 1453

MA



1020027219



UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO CAS
RICARDO COVARRUBIAS



®

S



FOLLETOS LITERARIOS

I

UN VIAJE A MADRID

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CARRILLO DE LA ROSA



AS

FOLLETOS LITERARIOS

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

El derecho y la moralidad.
Programa de economía.

Solos de Clarín (3.^a edición).
La Literatura en 1881, (en colaboración), 3.^a edición.
La Regenta (novela), dos tomos.
... Sermón Perdido.
Pipá (novelas cortas).

EN PUBLICACIÓN.

Folletos literarios.

EN PREPARACIÓN.

Una medianía (novela).

FOLLETOS LITERARIOS

UN VIAJE A MADRID

POR

CLARÍN

(LEOPOLDO ALAS)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID FONDO
LIBRERÍA DE FERNANDO FE RICARDO COVARRUBIAS
Carrera de San Jerónimo, 2.

1886

86143

31254

860
A
PQ 6503
Δ4
V4



Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID. — Est. Tip. de Ricardo Fé, Cedaceros, 11.



FOLLETOS LITERARIOS

No se puede asegurar que las letras españolas valgan hoy más que hace veinte años, y también sería aventurado sostener que valen menos; pero sí me parece indudable que ahora hay más público que entonces para la literatura; que se escribe más y se lee más; que interesan á muchos españoles asuntos de arte que no ha mucho preocupaban sólo á pocos. Muy lejos está de ser la vida literaria española lo que debiera y lo que tiene derecho á pedir la ambición legítima de los escritores verdaderos; sobre todo, si nos comparamos con ciertos países amigos, como Francia, resalta la pobreza de nuestro espíritu literario de tal suerte, que desconsuela; pero atendiendo sólo á nosotros mismos, á lo que éramos y á lo que somos, el progre-

so de las letras, en el sentido indicado, es evidente.

Sin que deje la política de ocupar el lugar principal en la atención pública, y por desgracia casi siempre la política de los aventureros, de los jugadores de ventaja del parlamento, algunas veces los sucesos literarios llaman á sí poderosamente el interés del público; y un drama, una novela, un poema, un artículo de crítica, un discurso artístico son materia obligada de las conversaciones; y por algún tiempo consiguen que muchos españoles hablen más de poesía, de arte, de algo puramente ideal, que de ministerios que suben ó bajan, partidos que se juntan ó se dividen, hombres de Estado que se engañan, distritos que se venden, y demás tópicos de la política al uso.

Pues así como el escritor político aprovecha la presencia de algún acontecimiento importante de la vida política para dar á la estampa en un folleto sus ideas y sus impresiones respecto del caso, así yo pretendo, fundándome en ese interés creciente que atribuyo á nuestra vida literaria, publicar de vez en cuando, siempre que la ocasión me parezca oportuna, un opúsculo ó folleto literario que tenga por objeto el interés actual de las letras. No se trata de un periódico, porque lo pri-

mero que á estos folletos les faltará será la condición de la *periodicidad*; saldrán á luz cuando convenga, cuando las circunstancias lo aconsejen; no tendrán determinada cantidad de lectura, pues serán de más ó menos páginas, según lo pida la materia; ni ésta será siempre la misma, porque unas veces me concretaré á un asunto particular que por sí solo merezca muchas hojas, v. gr., la cuestión del teatro nacional, la de la enseñanza oficial de la literatura, la del estado actual de la prensa, la de la economía literaria, la de nuestra novela, la de nuestra lírica, etc., etc.; y otras veces abrazaré el conjunto de la producción literaria durante un tiempo determinado. En suma, la variedad y la oportunidad son bases de esta publicación que emprendo animado por el buen éxito de empresas análogas antes llevadas á cabo, por el resultado de mis observaciones y además por el calor y entusiasmo con que acoge el proyecto un editor inteligente y valeroso.

Además, si en algunas publicaciones puedo escribir, y suelo hacerlo, con libertad segura, como prueban mis artículos de *El Globo*, *Madrid-Cómico* y *La Ilustración Ibérica*, es claro que en ninguna parte he de ser tan independiente como en mi casa, y mi casa vendrán á ser estos folletos.

Sigo pensando que uno de los mayores males de nuestra vida literaria actual es la benevolencia excesiva de la crítica: huyo de ella siempre, y esa benevolencia me persigue, me invade, quiere imponérseme; parece un ambiente que no hay más remedio que respirar si no se quiere morir. Pues estos folletos son un parapeto para defenderme de los ataques de la benevolencia: quiero ser justo, quiero ser franco, quiero ser imparcial; nunca he aspirado á otro mérito en mis humildes trabajos de revistero literario, como con justicia me llama un pobre diablo mi enemigo, y ¿por qué perder esta única cualidad buena? Que me llamen cruel, duro, implacable, apasionado, algunos espíritus blandos y perezosos que acaso me quieren bien, ¿qué importa? Más razón tienen los que dicen que debo seguir los impulsos de mi temperamento. Si, esto quiero, á esto me decido. Si de aquí puede nacer alguna sorpresa para algún lector, quizá para algún autor, en buen hora; todo menos torcerme, todo menos decir lo que no siento.

Viviendo en Madrid, tal vez un santo podría ser crítico del todo imparcial; pero quien no llegue á tal perfección, aunque pique en beato, no conseguirá librarse de esa influencia maléfica del trato constante de los escri-

tores, entre los cuales los hay muy malos que son muy buenos, es decir, que tienen excelente corazón, y apenas pecan al día más de las siete veces que peca el justo. Y no librándose de esa influencia no se puede ser imparcial, no se puede llamar tontos á todos los que lo son, no se puede prescindir de achacar al escritor alguna cualidad buena que tiene el hombre. La benevolencia es un abismo en que el crítico madrileño cae tarde ó temprano. Mientras se dan batallas contra molinos de viento tomándolos por gigantes, mientras se escriben terribles censuras que nadie lee, mientras se es anónimo, mientras no se conoce á nadie, la severidad no solo es fácil sino muy socorrida; cuando se va siendo conocido, y se ha estrechado la mano de todos los literatos de algún nombre, y se asiste á sus círculos y tertulias, la severidad (que sigue siendo justa, entendámonos) se convierte en una excentricidad, en una quijotada, casi casi en falta de educación... y no faltará quien diga si usted insiste en ser severo: «Ese es malo.» Senda de flores se abre á los piés del crítico cuyo voto pesa algo y que vota que sí, que aquello, cualquier cosa, es bueno. Cuanto mejor corazón se tiene más seduce la benevolencia: todo hombre sensible y nervioso tiene algo de coqueta, quiere ser querido; las

sonrisas, los apretones de manos, los elogios discretos, son las formas de la tentación, la masa resbaladiza con que se unta la cuesta por donde se rueda á la sima de la benevolencia. Todos los literatos de Madrid acuden á una carvecería; todos se conocen, todos se tratan; todos se despellejan verbalmente y se adulan por escrito. Hablar bien de un escritor á otro del mismo género es crearse un enemigo casi siempre, y decir algo malo por escrito del antes elogiado de palabra es tener ya dos enemigos. Lo corriente es lo contrario: á Fulano se le habla mal de Mengano y ya hay un amigo, Fulano; en la prensa se alaba á Mengano y ya hay dos amigos. No hacer esto es sembrar culebras ó vidrios rotos: cuando se echa á andar los piés chorrean sangre á los pocos pasos. El mejor día, cuando más sol lleváis en el alma, os encontráis con que os odia toda una multitud; habéis hecho, como Abraham, un gran pueblo, pero de enemigos. Porque éstos se engendran unos á otros; el enemigo literario nace también por analogía: si habláis mal de un poeta malo se dan por aludidos todos los que se le parecen. Y además, queda para odiaros aquella muchedumbre de los que os mandan libros que no leéis, á pesar de las dedicatorias en que abunda lo de «ilustre y eminente»; queda para odiaros

la turba multa de los periodistas que se creen retratados cuando pintáis al periodista ignorante, atrevido y de intención aviesa; queda para odiaros el pópulo bárbaro de los majaderos que siguen á los necios como otras tantas resonancias del absurdo; y quedan para odiaros el *dilettante* de la injuria, el *amateur* de la envidia, que ya aborrecen antes de saber á quién.

¡Es tan suave, tan perfumado el ambiente en que vive el crítico benévolo! Juntanse autores y críticos, la cortesía les impone la alabanza, el amor propio convierte en sustancia las fórmulas de la cortesía, la vanidad se sube á la cabeza, y á poco rato de estar juntos, todos están borrachos de vanagloria; hay luz en todos los ojos, carmín en todas las mejillas; todos ríen, las carcajadas se toman por *esprit*, cualquier salida de tono pasa por rasgo de ingenio: aquello es una orgía de vanidades...

Y ¿cómo huir de esta vida artificial, y falsa viviendo en Madrid, en ese Madrid literario tan pequeño? Punto menos que imposible. Habría que ser un asceta. Pero, un asceta ¿continuaría siendo crítico?

Yo no sé lo que será de mí si algún día vuelvo á ser vecino de la villa, hoy coronada; pero mientras vivo ausente de ella quiero conservar mi manera de entender la crítica,

y en vez de ablandarme más cada día, como me aconsejan

«mi médico, mis amigos
y los que me quieren mal».

voy á seguir el dictamen de los que piensan que lo poco que valgo, lo valgo por sincero y claro y hasta duro ¿por qué no? con quien lo merece.

Para conseguir tal propósito, me servirán estos folletos *mios*, en que diré mi opinión con absoluta independencia.

Lo que no haré será ceñir mis trabajos de crítica á la forma clásica del artículo doctrinal, seriote y cachazudo en que muchos entienden se ha de encerrar siempre el que censura. ¡No en mis días! «¡Lealtad y amenidad!» este es mi lema; la lealtad depende de mi albedrío; la amenidad no, pero sí el procurarla.

Así, irá la crítica en estos folletos envuelta muchas veces en formas muy variadas; algunas poco usadas para esta clase de asuntos. Por ejemplo, en este primer opúsculo con que ensayo mi proyecto, se trata de las obras de actualidad en estos últimos meses; pero como en este tiempo el autor ha dado una vuelta por Madrid después de más de dos años de ausencia, mezcladas con la crítica irán las impresiones sentidas al ver de nuevo aquel

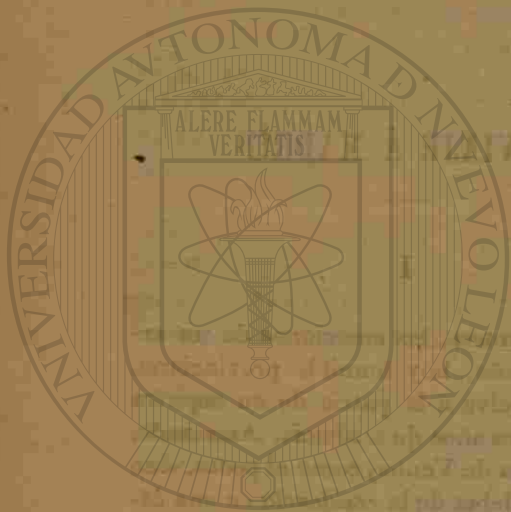
antiguo teatro de mi vida literaria, donde como tantos otros, gocé y padecí, aprendí algo bueno y mucho malo. La literatura se relaciona estrechamente con otros muchos intereses de la vida, y así, de unas en otras, llegaré muchas veces, sin sentirlo, á tratar de materias que no sean del dominio de la pura crítica. ¿Y qué? El lector no me lo echará en cara si lo que digo, por azar, llega á importarle.

Creo haber dado, aunque sin orden, aproximada idea de mi propósito al emprender la publicación de estos *folletos literarios*. Ahora dos advertencias para terminar esta especie de prólogo.

Tal vez con los folletos *mios* alternen los de algunos amigos que se parezcan á mi, por lo menos en lo de proponerse hablar claramente y sin traje de pedagogos.

Tal vez algún día no lejano, estos folletos dejen de publicarse por entrar su autor á formar parte de una empresa parecida, pero mucho más importante, en la que trabajen escritores de verdadero mérito y nombradía indisputable; y entonces se mostrará orgulloso, siendo cola de león, quien ahora se contenta con ser cabeza de este misero ratoncillo. Vale.

CLARÍN.

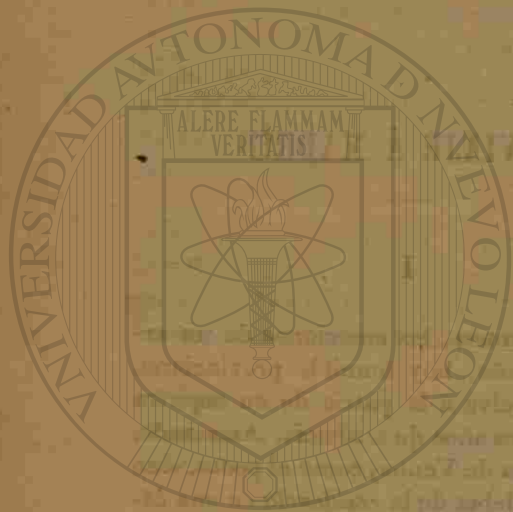


UN VIAJE Á MADRID

I

CANTA, musa, las emociones de un *ex-madrileño*, hoy humilde provinciano, que vuelve á la patria de su espíritu después de tres años de ausencia. Amarrado, no á la concha de Venus, como el poeta, sino al imperioso deber de la *residencia* en una cátedra, como conviene á un prosista, habia sentido pasar muchos meses y algunos años y no pocas glorias tan falsas como efimeras, sin ver por mis ojos las maravillas que de la corte contaban los papeles.

Y al fin entraba en Madrid por la puerta de San Vicente, que de par en par se me abría, metido, en compañía de una sombrerera, un paraguas, una manta, un baul maleta y, valga la verdad, unos chanclos, en el misero es-



UN VIAJE Á MADRID

I

CANTA, musa, las emociones de un *ex-madrileño*, hoy humilde provinciano, que vuelve á la patria de su espíritu después de tres años de ausencia. Amarrado, no á la concha de Venus, como el poeta, sino al imperioso deber de la *residencia* en una cátedra, como conviene á un prosista, habia sentido pasar muchos meses y algunos años y no pocas glorias tan falsas como efimeras, sin ver por mis ojos las maravillas que de la corte contaban los papeles.

Y al fin entraba en Madrid por la puerta de San Vicente, que de par en par se me abría, metido, en compañía de una sombrerera, un paraguas, una manta, un baul maleta y, valga la verdad, unos chanclos, en el misero es-

pacio que contiene un coche de punto. Fué mi observación primera puramente analítica y propia de un escritor naturalista al por menor; noté que los *simones* parecían nuevos, los caballos algo mejores que los de años atrás, y que los gallegos ó *Factontes*, como se dijo en tiempos más felices, usaban una especie de librea, que daba un aire pseudo-aristocrático al vulgo de los alquilones peseteros. La segunda observación, también analítica, se refirió á la cuesta de San Vicente, que se había convertido en calle empedrada de guijarros puntiagudos. Lo demás, todo era lo mismo que otras veces: á la derecha el palacio real, donde se me antojaba leer sobre las más altas cornisas un inmenso letrero que decía: «Viuda é hijos de Alfonso XII.» La mañana estaba triste; la lluvia flotaba en el aire en forma de polvo húmedo; todo era gris, del gris de que han de ser los pollinos, según el Diccionario; el palacio real parecíame una elegía verdadera, no de las que escriben los poetas falsos cuando se mueren los reyes. Obreros y lavanderas subían y bajaban silenciosos á paso largo; nadie miraba á nadie; todos parecían preocupados con una idea fija. Se me antojaba que aquellos mismos hombres y mujeres los había visto yo subir y bajar, así, silenciosos, cabizbajos, por aquella cuesta, años atrás,

muchas veces, al entrar yo en Madrid como ahora entraba. Esta primera impresión glacial de un pueblo grande que se vuelve á ver después de una ausencia, es de las que más contribuyen á que la fantasía dé argumentos á la razón para negar el albedrío, para inclinarse á creer por lo menos que la vida social es cosa de maquinaria, y que los hombres damos vueltas alrededor de unos cuantos deseos, como los peces que en una pecera trazan círculos sin fin.

Pocas horas más tarde, cuando después de lavarme, vestirme y almorzar entraba en la cervecería Inglesa, la misma impresión de fatalidad volvió á sugerirme la fantasía: alrededor de unas cuantas mesas de mármol los grupos negros de siempre; periodistas políticos, literatos, bolsistas, vagos y gente indefinible, vestidos todos casi lo mismo, afeitados todos, sin salir de tres ó cuatro tipos de corte de la barba, todos con ideas parecidas, con anhelos iguales; lo mismo, lo mismo que años atrás, lo mismo que siempre. Casi todos aquellos señores tan pulcros, tan semejantes, tan fáciles de olvidar, querían ser diputados. Se hablaba de Sagasta, de D. Venancio, de Romero, de Cánovas, se repetían cinco ó seis ideas de valor parecido al de esos nombres... y vuelta á empezar; el hecho era este: que

todos querían ser diputados. Y sorbían el café sin saber lo que hacían. Casi todos estaban pálidos, con una palidez digna de unos amores de Romeo. ¡Y pensar que aquel espectáculo era diario, y se venía repitiendo años y años, y se repetirá sabe Dios hasta cuándo! Si, porque llegaría un día en que el establecimiento se cerrase, ó por cesación de industria, ó por causa de derribo, etc., etc., pero ¿y qué? los grupos negros se irían á otra parte á hablar de lo mismo, á pensar lo mismo, á repetir aquellas veinte palabras del repertorio. Tal vez entonces no se hablaría ya de Romero, ni de Cánovas, ni de Sagasta, pero ¿que importa? se hablaría de otros, y se continuaría queriendo lo mismo: ser diputado. Las generaciones sucedían á las generaciones en este afán inútil, y las unas, desengañadas, al cabo, dispersas, maltréchas, no avisaban á las otras de la vanidad de los esfuerzos, de la ironía de la suerte, de la monotonía del juego. Como los granos del molino resbalan empujándose unos á otros y caen por el fatal agujero para que los aplaste la muela, hombres y hombres, anónimos y anónimos, unos de hoy, otros de mañana, todos muy bien vestidos, todos afeitados, como si valiese la pena, se atropellaban, se amontonaban, gastaban la vida en aquel

afán inconsciente; caían por el agujero, iban á formar parte, en la sombra del olvido, de la plasta general en el subsuelo; y otros venían, en flujo inacabable, á ocupar su puesto, á rodear de negro y de ruido las blancas mesas de mármol, servidos por imperturbables camareros, usureros de la propina, pálidos también, gallegos que cuentan los minutos que aún ha de atormentarlos la nostalgia, no con granos de arena, sino por perros chicos...

Esta clase de ideas y representaciones fantásticas acaban por dar náuseas y jaqueca...

«¡Oh! me dije saliendo á la calle, este ascetismo á lo Kempis es una especie de pelo de la dehesa, que se deja uno crecer por allá, y sólo se echa de ver cuando se vuelve á Madrid. En la soledad — y soledad es cierta vida de provincia — el yo crece, crece á sus anchas, y cuando se viene á poblado no cabe uno en ninguna parte donde hay gente. Así se explica la impresión dolorosa que causa la multitud al solitario. Es que aquí le estrujan y le pisan á uno el egoísmo.»

Sin embargo, sea lo que quiera de mis aprensiones nerviosas, es evidente que en Madrid se vive demasiado en el café y que ahora hay demasiados candidatos para los pocos cientos de distritos que puede ofrecer el Gobierno.

He notado que en nuestra alegre capital, la moda es voluble cuando se trata de usos buenos, y que los vicios arraigan de modo que no hay quien los arranque. Todas sus malas costumbres las atribuye el madrileño al carácter nacional y las conserva por patriotismo. Cuando yo me marché de Madrid hace tres años predominaba, si no en el arte, donde debiera estar el arte, el género flamenco; en los carteles de los teatros se leía: ¡Eh, eh, á la plaza! Torear por lo fino y cosas así, todo asunto de cuernos, chulos y cante; vengo ahora y me encuentro con cante, chulos y cuernos; los carteles dicen: ¡Viva el toro! ¡Ole tu mare! y gracias por el estilo. Hace tres años los madrileños pasaban seis horas en el café, tres por la tarde y tres por la noche y ahora sucede lo mismo. Hace tres años todos hablaban del libro nuevo sin haberlo leído, y ahora siguen el mismo procedimiento para juzgar las obras ajenas; hace tres años nadie hablaba más que de los asuntos del día, según los exponían y comentaban los periódicos populares, todos esperaban el pan del espíritu de la prensa de la mañana; hoy no pasa otra cosa. La vida de la mayor parte de los madrileños es de una monotonía viciosa que les horrorizaria á ellos mismos si pudieran verla en un espejo. Todos esos parroquianos

del Suizo, las dos Cervecerías, Levante, etcétera, etc., me recuerdan á aquel *Mr. Parent* que Guy de Maupassant nos pinta envejeciendo en un café, sin conocerlo; un día se mira en el espejo, delante del cual se sienta desde hace veinte años y ve que el cristal le devuelve una imagen de la muerte próxima, un rostro descompuesto, un pellejo arrugado, de color de pergamino, una cabeza nevada... ¿qué ha hecho él para envejecer así? Nada, dejar que pase el tiempo entre el ajenjo de la mañana y el ajenjo de la noche... ¡Y cuántos viven así! Entre tanto se inventa el vapor, el telégrafo, el teléfono, la luz eléctrica, la sinceridad electoral, mil maravillas; todo progresa menos el hombre, menos el español, menos el madrileño que ayer se envenenaba noche tras noche con las emanaciones del quinqué apestoso, y ahora palidece y toma aires de cómico bajo la acción del gas, y ya empieza á quedarse ciego gracias á la luz eléctrica... El mundo marcha, es indudable; pero en los cafés hay más ociosos cada día; más ociosos y más candidatos...

Por salir de este círculo vicioso de reflexiones, me traslado al día siguiente de mi llegada. Bajo al comedor de la fonda en que vivo y allí veo...

II

Menéndez Pelayo. — Historia de las ideas estéticas en España. — Tomo III (siglo XVIII).

No todos se dedican en Madrid á salvar el país sin hacer nada. Si hay tantos ciudadanos que no leen ningún libro, aquí tenemos un joven que los lee todos.

Son las doce del día. El comedor está en el piso bajo, casi en la calle; coches y carros ruedan á pocos pasos con estrépito horrisono, haciendo temblar los cristales; los revendedores ambulantes gritan sin freno; los chiquillos alborotan, pregonando periódicos; el ruido es como si se estuviera en medio de la calle del Arenal. Junto á una columna de hierro, con la puerta de la calle á un metro de la espalda, sin sentir el frío que entra por aquella boca abierta constantemente, Marcelino Menéndez Pelayo almuerza de prisa y corriendo, y al mismo tiempo lee un libro nuevo, intonso, que él va cortando con su cuchillo. Entran y salen comisionistas franceses, italianos y alemanes, principal elemento de esta fonda; algunos candidatos (no podía menos) á la diputación á Cortes; y en medio de

la confusión y el estrépito, él estudia y medita como pudiera hacerlo un asceta en la Tebaida. De vez en cuando levanta los ojos, suspende la lectura y la comida para deglutir un bocado y digerir una idea; sonríe, pero no es al comisionista inglés que tiene enfrente, sino á los pensamientos que le bullen á él mismo en el cerebro. Y así vive Menéndez Pelayo hace diez años; en una fonda de las más bulliciosas, de tráfico incesante, donde comen bien los que tienen estómago de comisionista, pero mal los de estómago delicado.

Hace años el sabio menor de edad parecía enfermizo, por lo menos endeble y nerviosillo; en efecto, tenía que cuidarse, pasaba malos ratos, no se sentía bien; pero el estar enfermicho le robaba algún tiempo, y esto no podía continuar; decidió tener salud completa, y ya la tiene; está ya más grueso, de mejor color, digiere piedras y libros, y no le hace daño leer mientras come. Esta salud, necesaria para sus estudios, la debe Marcelino, más que á los médicos, á su propia voluntad, que es de hierro.

¿Cómo este benedictino de levita fué á parar á una fonda en la que tiene por celda un cuartucho en que penetran todos los ruidos del tráfico madrileño? ¿Por qué vive años y años como un viajante? No se sabe. Galdós

opina que toda la filosofía de esto es la siguiente: Llegó Menéndez Pelayo de Santander á la puerta de la Estación del Norte; oyó que gritaban muchos caballeros con galones en la gorra: ¡hotel de Rusia! ¡hotel de la Paix! ¡Cuatro Naciones!... y Menéndez Pelayo, que venia pensando en la casa romana de Pana ó en la de Championet, se dejó llevar donde quiso el primero que topó con él; y desde entonces vive como vive, sin darse cuenta de ello. Al verse en el portal de la fonda, creyó ver el patio de la casa de Salustio, y reconoció el lienzo que contiene la pintura mural de Acteón, y vió las columnas del *platus*, y luego el *tablinum* y las *fauces* que dejaba atrás... ¡Oh! el lujo, la grandeza y la paz silenciosa los lleva Marcelino en el alma; y no hay carros de mudanzas, comisionistas mudables, platos inmutables, ni trajín ni trajineros que valgan para perturbar su pensamiento tranquilo.

Si el ruido material y grosero no le altera, tampoco le da jaqueca, ni menos le atolondra el ir y venir de las ideas modernas, el flujo y reflujó de la ciencia moderna; y en medio de sus batallas estrepitosas, vive y medita, aunque algunos que le conocen mal supongan que es un oscurantista que no sabe nada de los estudios contemporáneos y que desprecia

los descubrimientos del día... No, por cierto; M. Pelayo lee así lo nuevo como lo antiguo; tiene al dedillo la estética flamante; sabe lo que piensa la psicología fisiológica; habla de Spencer y de Haeckel, porque los ha leído... pero como tiene pensamiento propio, como es un talento original y fuerte, tampoco turban el orden de sus ideas estos otros ruidos de la calle, estas entradas y salidas de franceses, ingleses y alemanes.

Fácil es conquistar á uno de esos muchachos aplicados, espíritus incoloros, ánimos de cera que han nacido para ser sectarios, para repetir ideas ó frases; pero Menéndez Pelayo lleva en el alma todas las raíces del espíritu español... Las hojas y las flores en el aire, en el ambiente, recibiendo el impulso de todos los vientos, la luz de todo el cielo; pero las raíces alimentándose del jugo de su tierra...

Yo lo confieso; cuando volvía de la calle días atrás y encontraba á Marcelino en el comedor de la fonda, desafiando las pulmonías que se colaban por aquellas *fauces* de la puerta abierta, cogía su mano amiga como un náfrago una tabla. Fuera dejaba yo la marejada de ideas fugaces, de convicciones efímeras, confusas, contradictorias, insípidas ó deletéreas, vaivén inconsciente que la moda y otras

influencias irracionales traen y llevan por los espíritus débiles de tantos y tantos que se creen libre-pensadores, cuando no son más que fonógrafos que repiten palabras de que no tienen verdadera conciencia.

Dejaba fuera también ese empirismo anti-pático que cree nacer de una filosofía y nace de la viciosa vida corriente, sensual y superficial, en la que no hay una emoción grande en muchos meses, ni un rasgo de abnegación en muchos años, ni una lágrima de amor en toda la vida; dejaba fuera la envidia jactanciosa, la ignorancia dogmática... Y aquel espíritu noble y bien educado, clásicamente cristiano, cristianamente artístico, era como un asilo para quien, como yo, flaco de memoria, de voluntad y entendimiento, tiene, por tener algo bueno, un entusiasmo histérico, tembloroso, por la virtud y la belleza, por la verdad y la energía, entusiasmo que unas veces se manifiesta con alabanzas del ingenio y de la fuerza, y otras con reírme á carcajadas, que algunos toman por insultos, de la necesidad vanidosa, de la impotencia gárrula y desfachata, de la envidia mañosa y dañina...

En Menéndez Pelayo lo primero no es la erudición, con ser ésta asombrosa; vale en él más todavía el buen gusto, el criterio fuerte y seguro y más amplio cada día, y siempre más

de lo que piensan muchos. Marcelino no se parece á ningún joven de su generación; no se parece á los que brillan en las filas liberales, porque respeta y ama cosas distintas; no se parece á los que siguen el lábaro católico, porque es superior á todos ellos con mucho, y es católico de otra manera y por otras causas. Hay en sus facultades un equilibrio de tal belleza que encanta el trato de este sabio, cuyo corazón nada ha perdido de la frescura entre el polvo de las bibliotecas: Menéndez va á los manuscritos no á descubrir motivos para la vanidad del bibliógrafo, sino á resucitar hombres y edades; en todo códice hay para él un palimpsesto, cuyos caracteres borrados renueva él con los reactivos de una imaginación poderosa y de un juicio perspicaz y seguro. Tiene, como decía Valera, extraordinaria facilidad y felicidad para descubrir monumentos; es sagaz y es afortunado en esta tarea, que no es de ratones cuando los eruditos no son topos.

Antes de comenzar su obra magna, la *Historia de la literatura española*, que tomará en el reinado de los Reyes Católicos, donde la dejó Amador de los Ríos, sin perjuicio de volver á los siglos anteriores, si la vida le dura bastante; antes digo, de emprender semejante empeño formidable, por vía de Introduc-

ción; escribe Menéndez su *Historia de las ideas estéticas en España*.

El último tomo publicado es el III—volumen primero—que comprende parte del siglo XVIII y comienza por una Introducción que es maravilloso resumen de la Filosofía Estética, según fué en Europa en el pasado siglo. No creo que se haya escrito en castellano acerca de esta materia con la originalidad y fuerza de Menéndez, trabajo alguno. Con relación al mismo tiempo, y refiriéndose á veces á algunos de los escritores de que habla Marcelino, ha publicado ha poco el señor Castelar excelentes, luminosísimos estudios, pero tratando no de estética sino de ideas religiosas, y también con criterio propio, juzgando á los extranjeros por su cuenta. Como estas dos obras no aparecen aquí generalmente: hasta para juzgar á los extraños solemos copiar á los extraños. Aquí se ha insultado mucho á Voltaire, por ejemplo, traduciendo los odios de sus enemigos personales; aun hoy, hombres tan serios como el señor Cánovas han insultado á Zola sin leerlo, vertiendo al español la bilis de los críticos á quien Zola hubiera despreciado. Pero esos estudios de primera mano, independientes de verdad, como el que ha hecho Marcelino de hombres como el P. Andre, Diderot, Voltai-

re, Baumgarten, Winkelmann, Lessing y Kant en cuanto estéticos, merecen doble aplauso, por esta condición rara de la originalidad y por su valor intrínseco.

Si, dígase alto, para que lo oigan todos; Menéndez Pelayo comprende y siente lo moderno con la misma perspicacia y grandeza que la antigüedad y la Edad Media; su espíritu es digno hermano de los grandes críticos y de los grandes historiadores modernos, él sabe hacer lo que hacen los Sainte-Beuve y los Planche, y resucita tiempos como los resucitan los Mommsen y los Duncker, los Taine y los Thierry, los Macaulay y los Thaylor.

Es posible que le quede á Marcelino algo del Tostado y del Brocense, pero es seguro que en la visión del arte arqueológico, de la historia plástica, llega cerca de Flaubert, el que vió en sueños á Cartago y la catástrofe heroica de las Termópilas. A pesar de todo, los periódicos no han hablado de este trabajo asombroso de nuestro gran crítico... Otra cosa será que el día de mañana muchos escritores al minuto se den aires de sabios, copiando atropelladamente el caudal de datos perfectamente escogidos, que reunió el profesor de la Central con tan copiosos sudores.

Porque Menéndez lee todo, absolutamente todo lo que dice haber leído. ¡Es esto más

pasmoso que toda su erudición y todo su talento! A Marcelino no se atrevería Quintana á decirle, como al P. Sarmiento, si mal no recuerdo, que no había leído todo el *Bernardo*. Actualmente el huésped del hotel de las Cuatro Naciones está leyendo una por una todas, absolutamente todas las comedias de Lope de Vega.

Y á este hombre le queda tiempo para comer todos los días fuera de casa.

¿Cómo puede ser esto? ¿Cuándo lee tanto Marcelino? Que estudia mientras come, ya lo sabemos; pero esto no basta. El problema no tiene solución si no admitimos también que lee mientras duerme.

Sí, lee mientras duerme, así como tantos y tantos lectores, y algunos críticos, duermen mientras leen.

III

Castelar.—El suspiro del moro, tomo I.

Otro gran trabajador, que tiene grandes simpatías por el que atrás dejamos. Bien me conoció en la cara D. Emilio el placer que me causaba cuando en variada conversación, después de despellejar á muchos que merecen ser unos San Bartolomé, me decía:

—El que vale muchísimo, pero muchísimo, es su amigo de V., Marcelino. Hace usted bien en ponerle en los cuernos de la luna. Yo le conozco ahora mejor; le trato más y me tiene encantado, etc., etc.

Habrán almas tristes que no comprendan la alegría de un hombre honrado, amante de los espíritus nobles, cuando oye á un grande hombre elogiar con entusiasmo á otro talento privilegiado; pero yo tengo por un manjar digno de los dioses este placer de ir de alma grande en alma grande, como de oasis en oasis en este desierto de espíritus berroqueños, verificando corrientes de admiración y cariño, hilos eléctricos de ese mundo invisible, único digno de que por él se ame la vida. Sí, desierto y oasis; esas son las palabras. Podrá parecer aristocrática la teoría, pero yo creo en ella; en materias de intelecto son aún pocos, muy pocos los que valen, y á esos hay que quererlos mucho. En Madrid hay muchos centenares de almas que se creen escogidas, que hablan con mucha formalidad de arte, de gusto, de ideas, de talento, de *esprit...* pero lo cierto es que todo eso es arena; los oasis están desparramados. Allí en el barrio de Salamanca veo uno... aquí en la plaza de Colón otro... en la de las Cortes otro, en la calle del Prado otro, en la de la Princesa otro... y otros

pocos por aquí y allí., y por el medio ¡cuántas breñas! ¡qué de esparto! ¡cuánta sequedad y qué de espejismos de la vanagloria!... Querer y admirar á los pocos hombres que de veras valen, y alegrarse de que ellos mutuamente se quieran, y procurarlo, es algo digno de un corazón perfectamente sano.

Castelar trabaja en un tercer piso. Menéndez Pelayo, como no tiene casa puesta en Madrid, ha dejado en Santander su biblioteca, que ya asciende á 8.000 volúmenes, y en su *celda* de las Cuatro Naciones sólo vemos los libros que necesita para el año presente. Castelar, vecino de Madrid, con casa abierta, tiene su biblioteca en el tercer piso de su casa. En el piso segundo todo es arte, comodidad, elegancia; en el piso tercero no hay más que libros: dos salas grandes llenas de ellos; los hay arrimados á la pared en estantes sencillos, los hay sobre las mesas, los hay por el suelo. Castelar escribe en una mesa cualquiera, y escribe anegándose en tinta; una cuartilla suya parece un mar de betún. En rigor, este hombre que fué Jefe del Estado, todavía es un periodista; dígalo la prensa extranjera, esparcida sobre la alfombra; *Le Temps*, con un agujero en el medio, *abierto de piernas* sobre un diván; *Le Gaulois* hecho una pelota con que juega un gato rollizo. Castelar lee

todo lo que hace falta para poder estar al corriente de la política de Europa y América; vive de eso, de escribir revistas europeas, de hacer grandes síntesis de historia contemporánea en periodos admirables. Hay dos Castelares: el que ve todo el mundo, uno, y el que ve el observador que tiene ocasión de tratarle de cerca, otro. El primero es el más grande, el inmortal; pero éste tiene ciertos defectos que no tiene el segundo. El Castelar de todos es el mágico prodigioso de la palabra, la máquina eléctrica, el que arranca vtores y lágrimas de entusiasmo á sus enemigos religiosos y políticos, y casi casi á los que le envidian; pero ese Castelar se pierde en el espacio, olvida la tierra por el cielo, y cantando á una estrella, tropieza con un adoquín. El otro Castelar es un señor que suele traer por casa un gorrito negro que tiene algo de turco; un señor que quita y pone y limpia muy á menudo los quevedos, rie á carcajadas, cierra un ojo nerviosamente para observar al interlocutor, y habla mucho, muchísimo, con el arte maravilloso de no molestar al oyente y de no decir jamás una palabra más de las que quiere decir. Castelar, éste, el del gorro, es un hombre hábil, de la única clase de hombres hábiles verdaderos; á saber, de la clase de los que no parecen hábiles. Este Castelar

no mira á las estrellas, sino lo que tiene delante, sean hombres, sean adoquines. Cuando son hombres, á Castelar le brillan los ojos y le brilla la palabra; encontrarse con un semejante, no es para todos los días; su espíritu se abre á las expansiones de la inteligencia, del buen gusto; goza con que le entiendan á medias palabras; es á veces hasta incorrección para acabar pronto, con una incorrección graciosísima y picante en quien como él, en cuanto quiere, sabe hablar como el libro mejor escrito. Castelar, enfrente de una inteligencia, es todo ingenio, ingenuidad, que tiene que traducirse en desprecio de los tontos y de los malos; y es todo gracia picaresca, manantial de anécdotas ricas en ciencia experimental y en chiste, verdadero *esprit*, moneda que en Madrid escasea, pese á la gracia andaluza.

Si Castelar se encuentra enfrente del adoquín antes supuesto, ya es otra cosa: hay en su rostro un mohín despectivo de que el mismo D. Emilio no se da cuenta. Sería adular á la humanidad decir que un hombre que trata á medio mundo, nunca recibe en su casa adoquines. Si, los recibe; pero el mohín de marras les hace la justicia que el amo de la casa, por cortesía, no puede hacer.

Los que dicen que Castelar no es un hom-

bre práctico, ni saben lo que es práctica ni lo que es Castelar.

Si este hombre escribiese y publicase sus memorias, y pudiese escribirlas con toda sinceridad, diciendo todo lo que sabe y todo lo que piensa, caerían muchos idolillos, se descubrirían muchas máculas; sabe Castelar *cuentos* verdaderos, que acabarían con un hombre, le llenarían de ridículo por lo menos, si se hiciesen públicos. Pero la posición política obliga al gran orador á callar mucho de lo que sabe. Hay muchos que no sospechan que Castelar, el *canario*, el *organillo*, el orador del *Cosmos*, como sus enemigos dicen, es un gran satírico. En suma: Castelar como hombre *práctico* vale más que todos los que le tachan de visionario.

Y como *visionario*, vale lo que sabe el mundo entero.

A pesar de lo cual, la llamada crítica en España no siempre habla de los libros que Castelar publica y que Europa y América leen y admiran.

Como aquí la crítica corriente no sabe más que condenar y ensalzar con *clichés* borrosos de puro usados, las obras literarias del autor de *Los recuerdos de Italia* no suelen merecer á nuestros revisteros célebres más que el silencio ó elogios insustanciales, repetidos hasta la

saciedad, que no tienen calor, que no suponen ideas, que no revelan un entusiasmo original y conscio, sino el deseo de seguir la corriente, salir del paso, cumplir con el genio sin gastar el pensamiento en comprenderlo y admirarlo con motivo. Y sin embargo, la verdadera critica no tiene por misión exclusiva la censura amarga, el análisis cruel que destruye y aniquila, sino que además de esto, las pocas veces que se encuentra con algo admirable, debe emplear sus argumentos, su especial elocuencia en *desdoblar* las bellezas, en presentarlas á la atención vulgar para que ésta se fije, aprenda á ver y acabe por comprender y gozar de lo bello.

En Francia, en Inglaterra, en Alemania, así es la critica. Si por llegar á tan gran altura como está Castelar, un escritor ha de verse olvidado de la critica, triste privilegio el del genio. Ante todo, no hay nada indiscutible; y aunque lo hubiera, lo indiscutible todavía puede ser admirado. Y para admirar bien hay que hablar mucho. Goethe es indiscutible para Alemania, y con la critica que sus obras han hecho producir hay para llenar bibliotecas.

Del último libro de nuestro primer orador, *El suspiro del moro*, no ha dicho casi nada la prensa de Madrid. Yo sólo recuerdo un

artículo entusiástico y bien sentido del escritor que firma *Orlando* en la *Revista de España*.

Verdad es que *El suspiro del moro* ha de tener dos tomos y no se ha publicado todavía más que uno, pero en éste ya se puede admirar el arte de magia con que el autor sabe resucitar los tiempos, hombres y cosas, prestando á las almas y á la materia todo el calor, color, luz y vida que tuvieron.

Castelar profesa la teoría, y no en vano, de que la más interesante novela no alcanza á serlo más que la historia, y ésta idea se explica en quien sabe, como él, leer las páginas de la historia con ojos de artista. Este pensamiento de Castelar es análogo al del ilustre autor de *Salammbó*, quien en sus cartas á Jorge Sand y en otros documentos, y en sus conversaciones con sus amigos, una vez y otra insistía en la superioridad del arte arqueológico. El autor de la mejor de las novelas burguesas, *Madame Bovary*, tenía odio á los asuntos burgueses, y si todavía escribió dos libros de este orden tan importantes como la *Educación sentimental* y *Bouvard et Pecuchet* fué casi casi contra su propio gusto, que prefería los grandes cuadros históricos, estudiados con gran exactitud de pormenor, con gran fuerza de fantasía y con poderosa intui-

ción del tiempo muerto. Así, el poeta sublime de *La tentación de San Antonio* y de *Salammbô* y *Herodias* preparaba otra gran resurrección artística; nada menos que un libro de arqueología poética, cuyo asunto fuera la famosa hazaña de las Termópilas. Castelar, por otro camino, ha llegado, en esto de la arqueología artística, á resultados semejantes á los de Flaubert. Tampoco el autor español quiere los asuntos de prosaica actualidad para sus obras de arte; no es, ni acaso sabría ser, novelista de observación contemporánea, como no se elevase á los más grandes intereses sociales; pero es artista como pocos, poeta épico en prosa, novelista ó como queráis llamarle cuando traza síntesis luminosas de épocas determinadas ó de todo un ciclo de civilización; y aun más artista cuando reviste las ideas con las formas materiales con que pasan por el mundo, y sabe pintar como nadie pasiones, caracteres, costumbres, trajes, edificios, naturaleza, movimientos y sonidos, cuanto cabe que pinte la pluma á su modo. Los que hemos sido discípulos de Castelar recordamos aquellas descripciones y narraciones en que entraban todas las grandezas de la historia de España y aun de Europa entera como si se tratase de una visita á un Museo; la cátedra de Castelar era eso: una pinoteca

de cuadros históricos. Pero como además de artista es pensador y político, las narraciones y descripciones de Castelar iban impregnadas de ciencia; cada personaje trazado era una idea; todo tenía allí el simbolismo de una intención filosófica profunda.

No pinta nuestro gran escritor por pintar, sino por hacer ver mejor las ideas y su ropaje.

El suspiro del moro es obra de este género; para ser novela no le falta más que un argumento continuo; pero tiene otra cualidad más importante: es una evocación del momento más glorioso, el culminante de nuestra historia de pueblo cristiano. Los campos de Andalucía tal como son, vistos y comprendidos; la vida de aquella época exactamente copiada en parte y en parte adivinada, tal como era en castillos, valles, ciudades y campos; los héroes del tiempo, las relaciones con los pueblos enemigos, la política de los reyes, las trazas de ambas cortes, todo sale en este libro con la misma luz que pudo haber tenido cuando nuestro mismo sol alumbraba aquella vida de que sólo quedan ecos tristes en las crónicas. *El suspiro del moro* es el cuadro de Pradilla de *La rendición de Granada* más la fuerza de realidad y la profundidad de ideas que añaden al arte plástico, el arte literario y la filosofía de la historia.

Un solo ejemplo de la eficacia de tantas facultades trabajando para conseguir una obra por el estilo: el modo de ser la vida en las tierras fronterizas, la clase de peligros y alicientes de la existencia en aquellos campos y castillos que había que disputar todos los días al moro, es materia que trata aquí nuestro autor con una novedad y una fuerza de color que hace ver más y mejor que nunca este aspecto singular é interesante de nuestra Reconquista. Si, es cierto, la historia más del arte son una segunda vida de hombres y tiempos.

Análisis más detenido de *El suspiro del moro* será más oportuno cuando el libro esté completo.

IV

Campoamor. — Los amores de una santa.

— Está D. Ramon?

— No, señor.

— Bueno, pues déle V. esta tarjeta...

Si el que esto dice y hace cree que Campoamor desea verle, debe bajar la escalera lentamente seguro de que antes de llegar al portal oirá la voz del criado que dice desde arriba:

— Chis, chis... caballero, caballero...

Y sube uno modestamente, y entra en el gabinete de D. Ramón sin aires de triunfo, sin mirar con socarronería al pobre ayuda de cámara, que no puede conocer en la cara de los desconocidos cuándo está D. Ramón en casa y cuándo no.

Si Campoamor no tomara estas precauciones, su casa no sería casa, sería un vivero de poetastros. Y eso que ahora los más le han dejado escribir pequeños poemas á él solo, y se han pasado con armas y ripios á la poesía correcta y descriptiva de Núñez de Arce.

Campoamor no tiene despacho propiamente dicho. A lo menos yo no sé lo conozco. Recibe en el gabinete contiguo á su alcoba, y unas veces recibe con un traje ancho, de tela ligera, que le da cierta semejanza lejana, muy lejana, con una odalisca; y otras veces recibe en mangas de camisa, con un brazo extendido, esperando que el criado se lo introduzca en la manga de la levita; y así, sin darse cuenta de su postura, discute con Platón, insulta á Aristóteles, desprecia al divino Herrera ó hace la apología de cualquier poetastro á quien en el fondo de su alma desprecia de todas veras. Campoamor debe de escribir de pie, arrimado á un armario, ó sentado en una butaca y con el papel sobre las rodillas.

No le conozco mesa de escritorio. Lee mucho y escribe poco.

Un poema de este poeta nace entre oscuridades, como envuelto en neblina de ideas confusas, y poco á poco se va aclarando; la niebla se rasga aquí y allá, y las ideas muestran sus formas concretas en figura de versos sensibles, expresivos: las más veces perfecta traducción del pensamiento. Si Campoamor os lee un poema cuando lo tiene todavía entre andamios, oiréis á ratos palabras claras, precisas; pero de pronto el autor deja de pronunciar y tararea los versos que todavía no tiene hechos y que están medio creados en su fantasía... Aquellos intervalos de música se llenarán de fijo con palabras; pero por ahora no son más que murmullos rítmicos. Después vuelven las palabras á llenar los endecasílabos y los eptasílabos.

Campoamor es muy mediano crítico de sus propias obras. *Los buenos y los sabios* no le parece tan admirable como *La lira rota* y *Los amores de la luna*.

Es un micrófono para las censuras. Un mosquito literario que le ande sobre sus versos allá en las islas Canarias, por ejemplo, lo siente él como si le pasara un regimiento de artillería con todos sus pertrechos sobre el espinazo.

Discute muy serio con el gacetillero de cualquier periódico, y no descansa hasta que le convence ó le da un empleo.

Así es que le tratan con una familiaridad irritante los más inferiores aprendices de literato cursi.

La tranquilidad de Campoamor depende del más despreciable revistero. Cuando se tiene un temperamento opuesto á semejante susceptibilidad, esta condición extraña del gran poeta es lo que más sorprende entre las muchas cosas sorprendentes de D. Ramón.

Una de las maneras que tiene de burlarse del prójimo, consiste en hacerse el tonto. Sus paradojas son muchas veces sondas que arroja en los espíritus para conocer su fondo.

No hay nada más gracioso que oír discutir á Campoamor y á Núñez de Arce. Este simpático vallisoletano acaso no ha hablado en broma en su vida; el poeta de Vega probablemente no habrá dicho nunca nada con toda formalidad. A Campoamor le importa poco que lo que dice sea verdad ó error, con tal que sea hermoso, que demuestre originalidad é ingenio; Núñez de Arce lo toma todo con una seriedad digna del papel sellado; podría firmar siempre lo que dice y aunque lo oyera el mundo entero podría no decir otra cosa: sacrifica siempre la forma al

fondo; le importa poco no ser gracioso, ni aun original, con tal de decir algo bueno ó verdadero. Repito que me refiero á la conversación.

Campoamor lleva muy á mal que haya tan poco *esprit* en la conversación de nuestros literatos. Á lo mejor se separa de un corro porque nadie dice cosas de ingenio. Él mismo, que es muy gracioso, no llega en la conversación, ni con mucho, á la intención, fuerza y donaire de los chistes, agudezas y *salidas* de sus escritos.

Las pocas veces que se consigue, á fuerza de arte, hablar con Campoamor á solas de cosas serias é importantes con alguna seriedad, sin chisporroteos de ingenio, se nota en su rostro una transformación hermosa, que tiene algo como una reminiscencia de la juventud; aquellos ojos que no hacen más que abrirse mucho cuando se trata de soltar hipótesis y antítesis en público, se hacen más transparentes, dulces y profundos, y con una suavidad americana habla el poeta de religión, del amor, del ideal llanamente, como el humorista más recalitrante tiene que hablar al fin y al cabo alguna vez en su vida, si quiere entenderse con Dios y consigo mismo. La conversación de Campoamor en estos fugaces momentos edifica; edifica más que cien dis-

ursos á lo Pedro el ermitaño, de Alejandro Pidal, por ejemplo.

En los poemas de D. Ramón hay también pasajes que no son más que sentimiento, idealidad y devoción verdadera, sensible, laconica... En *Los Amores de una santa* hay una carta, la IV, que llega á la sublimidad por la pasión y la ternura. Por supuesto, para el que lo entienda.

Este último poema, parte del cual ha leído en el Círculo Mercantil, es, por la carta citada sobre todo, uno de los mejores. No se debe al asunto, ni se debe á la gracia y á la malicia tan abundantes en él, ni siquiera á la magistral psicología de aquella Florentina, digna de un Balzac y de un Estendhal juntos, sino á la fuerza con que se sabe expresar directamente la pasión de un amor puro, idealista, noble, intenso. Obsérvese que en nuestras literaturas modernas ya conocidas, pocas veces se atreve el artista á pintar el amor sin más alicientes estéticos que los de su propia esencia, el amor sin acompañamiento de circunstancias poéticas ó de contrastes picantes; un Romeo que no hace más que enamorarse y decirlo, y una Julieta que se contenta con amar y amar, necesitan un Shakespeare para ser las creaciones más hermosas y más interesantes de la dramática moderna. Hay una

novela reciente, *Cruel enigma*, del muy delicado y profundo P. Bourget, en que también el autor se atreve á limitar el interés, el *patos* de su obra al amor que no hace más que querer mucho. Algo de esto hay en la carta admirable en que la monja cuenta cómo vió la última vez á su amante. Allí está la poesía sola, sin los adornos del ingenio campoamorino, sin aquellas antítesis y aquellas sentencias que tanto valen, pero que no siempre convienen; allí está el amor amando, dando un adiós de sublime ternura al ser que ama, adiós de las entrañas, exclamación de tan intensa poesía, que quien no lllore al leer aquel último verso no es digno de leer al Campoamor de los momentos de abandono, sensible, poético, apasionado y... esta es la palabra: religioso.

Una crítica ordenada de todo el poema titulado *Los amores de una santa*, será más oportuna cuando el autor publique tan excelente obra.

Núñez de Arce. — Maruja.

No hay en Madrid literato que tome el arte más en serio que Núñez de Arce. Á pesar de haber sido el único poeta lírico que llegó á mi-

nistro desde hace mucho tiempo, se ve claramente que la política es para él lo secundario. Preside reuniones del partido por compromiso, pero en cuanto puede escapar de estas ocupaciones en prosa, sin pensar ni siquiera en un distrito cuanto más en una embajada, pasa el día y gran parte de la noche entre literatos.

La cuestión del naturalismo le ha preocupado mucho, y hasta ha llegado al extremo de leer algunas obras de Zola; caso extraño entre los enemigos españoles del *pontífice* de Meudan. Cánovas no ha hecho otro tanto.

La sinceridad con que Núñez de Arce discute es seductora, y su espíritu de concordia y su latitudinarismo encantan á cualquier espíritu bueno.

El autor de *La Visión de Fray Martín* piensa mucho en las cosas celestiales; y así, á poco que á ello se preste el carácter de su interlocutor le veréis tratando las más altas materias metafísicas, siempre desde un punto de vista sentimental, que acaso acaso es el más propio de estos asuntos suprasensibles.

En medio de tanto materialismo más ó menos inconsciente, entre la batalla de los positivistas ordinarios, que encuentran muy natural y hasta muy divertido que no haya más mundo que el de aquí, como dice Don

novela reciente, *Cruel enigma*, del muy delicado y profundo P. Bourget, en que también el autor se atreve á limitar el interés, el *patos* de su obra al amor que no hace más que querer mucho. Algo de esto hay en la carta admirable en que la monja cuenta cómo vió la última vez á su amante. Allí está la poesía sola, sin los adornos del ingenio campoamorino, sin aquellas antítesis y aquellas sentencias que tanto valen, pero que no siempre convienen; allí está el amor amando, dando un adiós de sublime ternura al ser que ama, adiós de las entrañas, exclamación de tan intensa poesía, que quien no lllore al leer aquel último verso no es digno de leer al Campoamor de los momentos de abandono, sensible, poético, apasionado y... esta es la palabra: religioso.

Una crítica ordenada de todo el poema titulado *Los amores de una santa*, será más oportuna cuando el autor publique tan excelente obra.

Núñez de Arce. — Maruja.

No hay en Madrid literato que tome el arte más en serio que Núñez de Arce. Á pesar de haber sido el único poeta lírico que llegó á mi-

nistro desde hace mucho tiempo, se ve claramente que la política es para él lo secundario. Preside reuniones del partido por compromiso, pero en cuanto puede escapar de estas ocupaciones en prosa, sin pensar ni siquiera en un distrito cuanto más en una embajada, pasa el día y gran parte de la noche entre literatos.

La cuestión del naturalismo le ha preocupado mucho, y hasta ha llegado al extremo de leer algunas obras de Zola; caso extraño entre los enemigos españoles del *pontífice* de Meudan. Cánovas no ha hecho otro tanto.

La sinceridad con que Núñez de Arce discute es seductora, y su espíritu de concordia y su latitudinarismo encantan á cualquier espíritu bueno.

El autor de *La Visión de Fray Martín* piensa mucho en las cosas celestiales; y así, á poco que á ello se preste el carácter de su interlocutor le veréis tratando las más altas materias metafísicas, siempre desde un punto de vista sentimental, que acaso acaso es el más propio de estos asuntos suprasensibles.

En medio de tanto materialismo más ó menos inconsciente, entre la batalla de los positivistas ordinarios, que encuentran muy natural y hasta muy divertido que no haya más mundo que el de aquí, como dice Don

Juan Tenorio, y que no vivamos sino para comer, dormir, darnos tono, *hacer* el amor y salir diputados; entre tanta pequeñez satisfecha de si misma, olvidada de la historia y del porvenir, consuela ver acá y allá hombres como Núñez de Arce que anhelan una vida real para el espíritu, que dudan como el primero, que temen que la vida sea una broma negra, pero que desean otra cosa, que piden al mundo grandeza de alma, valor para la lucha, una idealidad que fortifique.

Núñez de Arce sería pesimista si la vida no fuese una batalla y el hombre de ingenio un capitán que tiene que animar á los soldados. El movimiento de la literatura francesa que claramente se inclina á un pesimismo cada vez más franco, asusta á Núñez de Arce, que no quiere que España se contamine. Yo admiro la generosa intención y los esfuerzos del poeta castellano, y aunque opino que las barreras artificiales sirven de poco y ni siquiera son provechosas, porque sólo consiguen retrasar el progreso de las ideas, comprendo que á espíritus de cierta índole les seduzca el pensamiento de salvar una generación ó dos del sacrificio á que están llamadas, por medio de piadosas y hermosas ficciones... De todas suertes, y sea lo que quiera del pesimismo y de la metafísica, es lo cierto que el poeta del

Idilio es un alma grande, un artista que *práctica*, un soñador, si se quiere, que sueña donde otros cazan distritos.

No faltará quien se asombre de ver esta pintura de Núñez de Arce, y algún demagogo ó envidioso (palabras sinónimas muchas veces) me dirá que ese soñador se ha asegurado una renta de treinta mil reales, y hasta ha tenido pleitos. Lo que ha hecho Núñez de Arce es asegurar el pan del cuerpo (nada más que el pan) para poder consagrarse completamente á ganar el pan del alma. Si fuera tan prosáico como algunos suponen, no se apresuraria á contentarse con el pan nuestro, sino que procuraria untarlo con manteca, como dice Campoamor.

Y ahora entremos en casa del autor de *Marruja*. Estamos en un segundo piso de la calle del Prado.

El despacho de Núñez de Arce es un despacho con todas las generales de la ley. La mesa es grande, fuerte, de madera oscura y bien labrada; todo es orden y elegancia austera en esta respetable estancia donde las musas invisibles tienen un templo. Una estatua que representa á Lutero y su tentación y otros varios objetos de arte, algunos libros, no muchos, entonan el cuadro y hacen del despacho una especie de museo no muy repleto. No

hay aquí esa invasión del *bibelot* hoy ya vulgar de puro generalizada; ni tampoco la falta absoluta de adornos que caracterizaba la vivienda de Flaubert, cuyo odio á los cachivaches confieso que me es muy simpático.

En una silla larga, forrada con gusto, se sienta el poeta y yo á su lado. Lutero y la aparición nos miran y atienden; el orden de los muebles, la suavidad y armonía de los colores, hasta los ruidos apagados de la calle parecen un silencio respetuoso de un auditorio inteligente.

Se trata del diablo con el nombre más poético de los muchos que tiene: «Luzbel».

Pero de Luzbel no puede hablarse todavía; es obra que esta en el taller, una estatua cubierta; la crítica no tiene derecho á juzgarla.

Sólo hablaré de un fragmento: El poeta se revuelve contra la desesperación, que está pintada en un cuadro de románticos colores, de dibujo á lo Doré, donde hay sepulturas de monjes, ceniza humana y efectos de luna, y como personaje principal el mismo demonio; éste se alegra de la vanidad de todo, del fin de muerte que aguarda á cuanto vive, y el poeta se revela, y con una fuerza descriptiva con que tal vez ningún artista trató hasta el día la cosmogonía moderna, se atreve á de-

fender la esperanza del cielo contra todas las teorías deterministas y evolutivas que se empeñan en reducir al hombre á su mezquina existencia terrena. La grandeza de lo humano, venga de donde venga, del barro ó del animal, la canta Núñez de Arce en ese fragmento con tan concisa y enérgica expresión, con arranque tan poético y nuevo en la forma, que desde luego me atrevo á decir que hay pocos versos de poeta alguno castellano que puedan igualarse con éstos, por la elocuencia y la corrección á lo menos.

Á juzgar por lo que yo conozco del *Luzbel*, este poema va á ser uno de los mejores, si no el mejor de Núñez de Arce. Verdad es que en este asunto está él en el terreno que mejor domina.

Maruja es otra cosa: aquí la sencillez del asunto y la vulgaridad inexcusable del diálogo y de cierta parte de la narración, en vez de facilitar el trabajo se oponen al género de composición del poeta. Vence casi siempre, pero vence con esfuerzo, que si no se ve casi nunca en los versos, se adivina entre líneas.

Sin ser *Maruja* de lo mejor de Núñez de Arce no deja de ser excelente, y los que en público ó entre amigos lo han negado son caballeros, dígase pronto, que no ven lo delicado, que no entienden de ternura y que

acostumbrados á perfumes fuertes, picantes, les niegan el olor á las violetas.

Lo mejor de *Maruja* es la sorpresa que nos da la caridad interrumpiendo un drama de celos, ó de recelos mejor dicho. El que no coja esta nota delicadísima, muy artísticamente colocada, tiene derecho, desde el punto de vista de su sordera sentimental, á negar el interés y la novedad de este poema. El efecto de esta composición sencilla no puede sentirlo bien el que no tenga un gusto fino, educado, y al mismo tiempo sano, bastante fuerte para no haberse dejado corromper por las *quintiesencias* de la literatura *decadentista* que se cultiva fuera de España y aquí leemos.

El vulgo dice de *Maruja* que el asunto es vulgar. Digámoslo en pedante: exotéricamente tiene razón el vulgo. Mirando las cosas con ojos de míope, se puede decir más: que es una composición de circunstancias, un poema escrito para las víctimas de los terremotos...

Cuando leí por primera vez gran parte de *Maruja*, á pedazos, en los periódicos, me gustaron más los pormenores que el conjunto: cuando después leí todo el poema con recogimiento, preparado con ese ayuno de trivialidades y pensamientos vulgares que para casos tales conviene, sentí con fuerza la emoción dulce, edificante, de una poesía noble y

profunda, emoción con que el autor contó sin duda, á juzgar por el modo de componer su *idilio de caridad*.

Y entonces lo que más me agradó fué el conjunto, la composición y la idea. Eso que el vulgo llama vulgaridad, es aquí sencillez muy poética. Pero en esto no conviene insistir mucho: *qui potest capere capiat*.

Después de esto, lo mejor son las descripciones y la narración de *Maruja*. El diálogo me parece tirante; poco natural á pesar de los esfuerzos de naturalidad del poeta. La grandilocuencia de Núñez de Arce, su metro de acero, no se avienen con la conversación vulgar que es preciso que use quien es vulgo. La misma majestad del endecasílabo, las trasposiciones, la nobleza (como se dice) de las palabras, la familiaridad poco *familiar* de giros y conceptos dan un no sé qué de falsedad, de inoportunidad por lo menos al diálogo, que quita efecto y realidad á parte del poema.

Tal vez el autor me dijera «Pero, hombre, si justamente he procurado poner en boca de cada cual palabras propias de su educación, de su situación...»

—Bien, sí, señor; respondería yo, con ese gesto que se hace cuando está uno seguro de tener razón y de no poder explicarse si no se le entiende á medias palabras; sí, señor, se

ve que V. procura la naturalidad... pero el estilo, el lenguaje, hasta la rima y el ritmo, según V. los maneja, se oponen á que esa familiaridad y naturalidad resulten en el diálogo tratándose de un jardinero, de una niña del campo... En fin, D. Gaspar, algo ha de ser lo peor; y para mí es eso.

En la *Pesca* venció mejor estas dificultades Núñez de Arce, aunque no siempre. El asunto era semejante, para este efecto; pero el diálogo no está tomado tan de frente, y además, las situaciones y hasta los personajes podían avenirse mejor al lenguaje que se les atribuye.

Si yo me atreviese á dar consejos al ilustre poeta, le diría que escribiendo él como escribe, debe huir de acercarse á la forma novelesca, sobre todo cuando se trata de personajes ordinarios. No debe copiar textualmente sus palabras en diálogo directo, ni indirecto, ni menos añadir el comentario de lo dicho y la descripción del gesto, movimientos, etcétera, etc., del personaje, como hacen los novelistas. Ningún poeta debe volver á la novela en verso, y Núñez de Arce menos que nadie.

Un ejemplo: no está bien por varias razones, nada de esto:

—¿Sientes placer en asustarme?— Exclama de su infundado miedo aún no repuesta, y con fingida cólera la dama.
—¡Vaya un gusto!— Perdona si indiscreto he querido— su esposo le contesta— sorprender tu secreto.— ¡Mi secreto!
¿Le tengo acaso para tí?— Responde la joven más calmada.— Mentiría si dijese que no— replica el Conde— y llevo siempre la verdad por guía.

Esta forma de diálogo en verso fatiga al cabo al lector, y debe de fatigar antes al poeta.

Cuando el poeta habla por su propia cuenta, cuando narra, describe ó reflexiona, ó compadece, este lenguaje más noble que familiar, más correcto que gracioso y flexible sienta perfectamente á la materia y es natural; pues no es otra cosa que el estilo propio de Núñez de Arce.

La descripción de la *huerta* de los Condes de Vitoria, que da principio al poema, es magistral y modelo en su género, aunque no tenga todo el *color local* que algunos desearían. Es la descripción de una quinta elegante en país hermoso, no precisamente de una *huerta* como las que se verán, por ejemplo, en la sierra de Córdoba; pero á pesar de esto, puede decirse que es admirable. Se pinta el pormenor casi á lo *naturalista* con pocas palabras, pero con fuerza tal, que los objetos sal-

tan á los ojos. Y á pesar de esta realidad y relieve, el lenguaje siempre es correcto, la frase flúida y poética, el ritmo intachable. Bien se puede decir aquí: ¡magnífico, D. Gaspar! Otras muchas partes de la composición son también muy notables: la narración y descripción que se refieren á la desgracia de Maruja, á la catástrofe que la dejó huérfana, recuerdan al poeta dantesco de la selva oscura, por un lado, y por otro al sentimental y tierno del idilio. Y aquí tiene el poeta el buen acierto de no poner directamente en boca de una niña palabras que serian en ella inverosímiles.

Pero de todas maneras, lo repito, lo mejor de este poema es el perfume delicado de su sencillez y ternura, su poesía íntima que para muchos ha pasado como si no existiera, y el arte con que está colocada aquella que me atreveré á llamar *cesura* de la idea, donde las querellas de los esposos se interrumpen para que el *egoísmo* pase á ser *altruísmo*, para que el amor que anhela nuevo objeto, lo encuentre en la santa caridad, inspiración eterna.

Y habiendo sido así, como á Y. de los ríos, á un
el y alavico es un punto de vista que se ve
admirable en la obra de D. Gaspar.
VI
D. Gaspar, en su obra, ha conseguido
que el lector se sienta como si estuviera
en la obra.

Mucho tiempo hacía que, por circunstancias de mi vida, no hablaba ya al público de las comedias y dramas que se estrenaban, ni de los actores encargados de ponerlas en escena.

Ya en los últimos años en que tuve semejante oficio, me dedicaba á él con cierto disgusto, porque no era de mi agrado la forma de crítica teatral que la moda, ó por lo menos los directores de periódicos, exigían. A las doce ó á la una terminaba el espectáculo, y á las ocho ó las nueve de la mañana había de estar la *crítica* en letras de molde en manos del suscriptor. Tamaña manera de entender el *sagrado ministerio* era demasiado depresiva para el *augusto sacerdocio*. Siguiendo así las cosas, como en efecto siguen, mejor fuera que se encargara de la crítica de teatros la *Agencia Favra*, ó casi casi la estación central de teléfonos.

Apenas quedan críticos que se conformen con escribir esas revistas de teatros improvisadas, y aun esos lo hacen de mala gana; de modo que poco á poco va pasando tan impor-

tante materia á manos de los noticieros ó de los amigos de la redacción, que por tal de ir al teatro de balde, no tienen inconveniente en ser críticos por horas. El *impresionismo* en la crítica ha sido una plaga más entre las muchas que han caído sobre nuestra pobre literatura. Con esta situación de la crítica teatral coincide la inapetencia del público, que cada día se apasiona menos, ó mejor dicho, ya no se apasiona por dramas ni comedias.

Tres años de ausencia me han permitido apreciar este *decadentismo* dramático de manera muy sensible. No soy de los que aborrecen el teatro por seguir la moda, ni tampoco de los que sueñan con un *teatro naturalista*, y tampoco me agrada meterme en hondas filosofías para explicar por qué la escena española se va arruinando. Ello es que llegué á Madrid, fui de teatro en teatro y todos eran desiertos, menos los de espectáculos al por menor, especie de tiendas asilos del arte, donde por unos cuantos perros chicos se ve un sainete, que á veces tiene gracia y las más desvergüenza. En los teatros grandes no había público, ni actores, ni comedias; no podía haber menos.

Lo que falta es dinero, dicen los empresarios; el público se retrae porque no tiene una peseta; y no es posible negar que los empre-

sarios tienen razón en gran parte. Durante mi estancia en Madrid, algunas obras se representaron, traducidas ó no, que esto no hace al caso, dignas de verse, y algunos actores se lucieron de veras en ellas (porque esto de que nuestros cómicos son malos, si es verdad en general, no se puede decir con justicia sin hacer algunas salvedades), y el público, sin embargo, se llamó andana y no quiso ver aquello. Indudablemente hay muy poco dinero.

Este aforismo de los empresarios no tiene nada de paradójico: tratándose de España, no hay temeridad nunca en decir que no hay un cuarto.

Pero también es cierto, señores empresarios, que la mayor parte de los cómicos de que ustedes disponen son detestables. Apreciables actores que yo había visto por esas provincias haciendo segundos papeles y á veces el *entremés*, me los encontré ahora mano á mano con Vico, la Tubau, Manio, etc., etc., es decir, en primera fila y en la Corte. ¡*C'est trop!*

Con *intérpretes* así, no hay filosofía que valga para explicar la decadencia teatral. Es imposible que una persona que apenas servía antes para figurar un *embozado primero* en Teruel ó en Segovia, sirva para *no descomponer*

el cuadro en un estreno de Echegaray ó de Sellés, ó en una traducción de Dumas ó Sardou. ¡Vaya si lo descomponen! Y eso que algunos han aprendido á imitar á los franceses, á los italianos y hasta á los portugueses, y ya saben volverse de espaldas al público que es una bendición, y hasta decir los versos con una voz tan natural y tan poco *lirica*, que no hay quien les entienda lo que dicen. Teatro vi donde todos, ó casi todos los actores parecía que hablaban en gallego; por lo menos el acento era lo mismo que el de Montero Ríos. La culpa de esto la tenía el director de la compañía, que creía muy *chic*, muy *becarre*, un tonillo que él estimaba afrancesado, y era como el que se usa en Lugo. Con esto y lo otro de hablar en voz muy baja, comiéndose las palabras y tardando mucho en contestarse unos á otros, como quien imita la realidad ó como quien no sabe el papel, resultaba que el respetable público apenas se enteraba de aquellas cosas tan naturales que estaban sucediendo en la escena.

Pero había más. Como casi siempre, se trataba de una traducción de Dumas ó de Sardou, y como casi todas estas traducciones se parecen á la isla de Santo Domingo en tiempo de Iriarte y al loro que trajo de allá una señora, lo poco y maló que llegaba á nuestros

oídos era un galicismo como una casa ó una muletilla del traductor, que éste había adoptado para sustituir ciertos rasgos de *esprit* francés que, según él, no tenían traducción directa. *Fulano, que es el mejor de los padres. Mengano, que es el más infame de los tíos. Yo, que soy el más despechado de los hombres. Tú, que eres el más detestable de los cómicos...* Todo se volvía comparativos de este género, circunloquios de este jaez.

Désele á D. Luis de Larra la mejor comedia de Augier ó de Sardou, y él hará con ella una pepitoria donde no quede nada del original más que el francés... De modo que no toda la culpa de la decadencia la tiene la falta de dinero, señores empresarios.

¿Y autores? ¿Tenemos ó no tenemos autores? Preciso nos será confesar que hay pocos buenos. No faltó quien dijera, hace ya tiempo, que algunos eminentes dramaturgos se abstendían de dar obras al teatro, porque el público había perdido el gusto y la crítica no sabía apreciar el mérito de las comedias que tenían ellos en casa.

Injusticia notoria, porque el público, que muchas veces aplaude lo malo, también sabe entusiasmarse con lo bueno, y nadie primero que él adivinó el ingenio de Echegaray, y se lo premió con aplausos. Y en cuanto á la

crítica, esperando está á que esas eminencias de otros tiempos vuelvan á darnos portentos de su pluma para admirarlos y ponerlos en los mismísimos cuernos de Diana, la de numerosas aventuras.

No hay motivo para que se abstengan de publicar sus obras Alarcón en la librería y Tamayo en el teatro, por ejemplo, pues ambos pueden estar seguros de que siendo, como sería, digno de aplausos lo que nos diesen, no se los escatimaríamos, como en otras ocasiones se les ha probado.

Si Tamayo hiciese otro *Drama nuevo*, el éxito no sería menos halagüeño que lo fué el de su obra maestra, sin perjuicio de que se le dijera la verdad también respecto de los lunares que hubiese en su obra.

No hay justicia en decir que á Echegaray se le perdona todo, y á Tamayo ó cualquier otro poeta que no fuese liberal no se le perdonaría nada. Á Tamayo se le ha perdonado ya en ese mismo drama que he citado el pecado de colocar la acción en Londres, en el teatro donde trabajaba Shakespeare, y basar el argumento en los amores adúlteros de una cómica y de un cómico, que, representando Romeo y Julieta, se declararon su amor sin poder remediarlo. Y es el caso, y demasiado lo sabrá el Sr. Tamayo que en tiempo de Sha-

kespeare no salían las mujeres á las tablas, y las Julietas, Cordelias y Desdémonas eran muchachos disfrazados de hembras.

Y si no se me creyera á mí, bajo mi palabra, ahí están los historiadores de Shakespeare, que no me dejarían mentir; v. gr., el autor de un excelente artículo publicado no hará un año en la *Revista de Ambos Mundos*, con motivo de la teoría peregrina que atribuye á Bacon las obras de Shakespeare, nombre que era un seudónimo del canciller, según los mantenedores de tal paradoja.

Si Echegaray hubiera convertido en una Alicia sentimental y casquivana á un púber tan masculino como su padre, ¡qué de cosas le hubiera dicho el Sr. Cañete, pongo por crítico!

Si se pregunta á Sellés por qué no escribe, contesta con una sencillez clásica que no tiene una compañía de quien pueda fiarse. Sí, tiene razón: se necesita el valor de un Echegaray para entregar á un teatro, tal como andan ahora, una obra que exija algo más que un solo actor bueno.

Echegaray, entregando al *Español* su último drama *De mala raza*, ha dado una prueba de evangélica humildad. No hay hombre más optimista que D. José en materia de cómicos; ha tomado cariño á los del oficio, y

todos le parecen, si no buenos, medianos, y no francamente malos, como son la mayor parte. Pues bien, á pesar de este criterio benévolo y de color de rosa, antes de estrenarse su última obra declaraba el ilustre poeta con cierta languidez, doblando la cabeza un poco, que *aquello* era una degollación del sistema Herodes. Cuando Echegaray declaraba que le iban á destrozar el drama, ¿cómo se lo destrozarían! En efecto, vino el estreno, y Vico estuvo mejor que nunca, tal vez, y mostró recursos del mejor género, que ofrecían gran novedad, y sobre todo, la más exacta y patética realidad; pero el público no pudo ni enterarse siquiera de lo que decían la mayor parte de los personajes, y en cuanto el gran actor salía de la escena había murmullos, porque el respetable senado no quería quedarse *á solas* con los demás cómicos.

En estas condiciones no es posible que un autor luche con los numerosos enemigos que le ha creado su mérito. Cada vez que el público se impacientaba, parecía que tenía la culpa Echegaray, siendo así que el público se impacientaba porque no oía, y porque los actores malos no salían de la escena y Vico tardaba en volver.

Prescindiré yo ahora de todas estas tristes circunstancias, y del partido que de ellas qui-

sieron sacar los envidiosos, más ó menos disfrazados de amigos, que Echegaray tiene; voy á decir algo del drama, sin acordarme ya de los actores, á no ser de Vico.

De mala raza, como otras obras anteriores del mismo autor, comienza anunciando una obra *tendenciosa*, mejor aún, de tesis francamente sustentada, y después entra en las más altas regiones del drama puramente patético, y sobre todo, realmente humano; por desgracia, una composición defectuosa y contraria además á las leyes de la perspectiva teatral, según hoy se entiende, hace que en parte se malogre concepción tan hermosa y tan magistralmente expresada en aquellas últimas escenas del acto segundo, que son de lo mejor que ha escrito Echegaray, y sobre todo, acaso lo más natural, lo más cercano á la verdad bella, lo más interesante por la fuerza y la exactitud con que se hace hablar á las pasiones. Todo lo que digo aquí se lo he dicho al autor de palabra, y como Echegaray es tal vez el artista menos vanidoso de España y el más enamorado del arte, se veía (hermoso espectáculo) que hablaba el gran poeta de su drama como si fuera de otro, y así reconocía los defectos, me ayudaba á señalar los puntos vulnerables de la composición, y sólo cuando se tocaba en aquellas grandiosas escenas que el

público aplaudía con frenesí, callaba por modestia.

Siempre ha sido defecto de Echegaray hacer hablar demasiado á los personajes secundarios; y á veces aglomera muchas partes de por medio sobre la escena. El primer acto de este drama tiene ambos inconvenientes: hablan allí sin cesar (y sin que el público los oyera la noche del estreno) cinco ó seis parientes del protagonista, y en una escena interminable sientan la tesis de que *de raza le viene al galgo...* y la otra que dice *de tal palo, tal astilla*, y casi casi otra que no se puede copiar por respeto al público, y en que figuran una madre, una hija y una manta. Todo eso estaría bien, si no fuese tan largo. Hasta que entra Vico en escena el interés no se presenta. Pero entonces sí; la pasión fuerte y noble, decidida á triunfar porque se siente legítima, habla allí con el vigor hermoso y fresco, casi candoroso con que sabe Echegaray representar estos caracteres de una bondad sencilla y robusta, algo arrogantes, hasta orgullosos, que todo lo sufren mejor que las palabras, que luchan por contener los arranques de un pundonor algo irascible, y que en suma, demuestran ser en poesía descendientes directos de aquellos héroes de los romances y de la comedia de Lope y Calderón, á pesar de las alte-

raciones y cambios naturales del tiempo. Como por un eco se ve reflejado el carácter de Carlos (Vico) en su padre, cuando éste, desoyendo á los consejeros mal intencionados y de torpe malicia, consiente al fin en que su hijo tome por esposa á aquella Adelina, víctima de tantas sospechas ayudadas por las teorías darwinistas, cómicamente representadas por un sabio, especie de D. Hermógenes evolucionista. Bien pintado está el pedante, aunque habla más de lo justo, y hermosa es la escena con que este primer acto acaba.

Comienza el segundo y vuelven los papeles secundarios á tomar demasiadas cartas en el asunto; y como nadie ha visto todavía este drama bien representado, lo que se puede decir es que aquellas primeras escenas del segundo acto también fatigan y tampoco las oyó bien el público el día del estreno. Y aquí noto que faltó á lo ofrecido respecto á no hablar más de los actores... pero no es posible olvidar lo mal que lo hacían.

Es el caso, que el autor tiene que explicar la legitimidad con que el padre de Carlos tiene por segura la deshonra de su hijo, y como no hay tal deshonra, pues el hombre que él vió saltar por un balcón, no iba en busca de su nuera, sino de su mujer, casi se necesitan planos para hacer verosímil la ceguera del

buen anciano. Y como esta clase de documentos (los planos) no se sacan á escena, lo que hace Echegaray es explicar todos los pormenores del suceso que trae tan preocupada á toda la familia. El público en masa es más sentimental que inteligente; los racionios complicados, las argumentaciones largas no las entiende, y añadiendo á esto que á los actores no se les oía, resulta que en la noche del estreno casi nadie supo á ciencia cierta por qué es verosímil que un hombre que está en su cuarto con su mujer y sabe que otro hombre salta por el balcón del cuarto de otra señora se engañe, sin embargo, al creer de su hijo la deshonra que es suya.

A todo esto, Vico estaba ausente y en aquella casa no hay paz, ni cómicos verdaderos, hasta que él vuelve. Y, lo mismo que en el primer acto, en cuanto él entra, entra el interés, el drama resucita, la pasión se mueve, habla, palidece, gesticula... y de una en otra llega á la escena más hermosa que hace muchos años se vió en nuestro teatro.

Mejor dicho, son dos escenas grandes que valen por un drama: la del padre y el hijo que tienen que averiguar de quién es una deshonra; la del marido y la mujer que en juicio sumarísimo han de ver una causa de muerte, la de la mujer.

¡Qué cosa tan extraña es el teatro español actual! Entre la inopia general, entre la ineptitud ambiente, entre errores sin cuento, algunos de los cuales son del genio mismo, de pronto aparece como un relámpago toda esta grandeza, en que, por feliz conjunción, un cómico que, por intuiciones maravillosas, es capaz de llegar á lo sublime de la verdad patética, está al servicio del más poderoso ingenio, que sin antecedentes de este orden produce la más real belleza dramática, y habla en la escena como se hablará de fijo en el terrible caso que presenta, cuando las perfidias del mundo obliguen á dos amantes esposos á semejantes coloquios que huelen á cadáver, diálogos que en el amor no sabe si tendrá que acabar en verdugo. ¡Las cosas que Carlos le dice á su mujer! ¡Qué indagatoria! Por signos aparentes no se puede conocer la inocencia: todo aquello que la mujer honesta dice, podía decirlo la mujer adúltera, tal vez mejor: el marido quiere ver, quiere ver el rostro, los ojos sobre todo, y los brazos que se interponen suplicando le estorban, y los aparta, y se los ciñe á su mujer á la espalda, como con un hierro de presidio: le estorban también las protestas, los juramentos, las deprecaciones; quiere la verdad, nada más que la verdad; y eso es lo único que no pueden presentarle,

aunque esté allí, porque á él le falta la certeza... Yo lo confieso: recuerdo pocos momentos de los mejores dramas modernos tan grandes como este. Si el segundo acto hubiese sido el último *De mala raza* sería uno de los mayores triunfos de Echegaray.

Yo lo dije á quien quiso oírlo, al autor inclusive: ahora, para que esto vaya más arriba... hace falta un milagro.

El milagro no se hizo. El acto tercero es otra cosa; es otro drama, el drama de otro conflicto; pero la pasión más fuerte, el interés más grande termina con la convicción que adquiere Carlos de la inocencia de su esposa.

Profunda psicología, bella, tierna, dulcemente expresada en los ayes de aquella especie de Ifigenia del amor, en las tristes y naturales vacilaciones del esposo, satisfecho como tal, atormentado como hijo por la deshonra que espera á su padre: una lucha de gran interés, frases de sublime verdad y amargas censuras del pícaro mundo llenas de horror patético, todo esto hay y aún más en el tercer acto. Pero como nada llega á la intensidad patética del final del segundo, preciso es declarar que en parte se debe á la composición que el éxito no haya sido tan bueno como se esperaba. Además hay otros defectos, de segundo orden, pero que acaso contribuyeron más que todos

á la frialdad relativa con que algunos recibieron el final del drama. Siguen hablando demasiado los personajes de poca importancia, la maldad de aquellos seres viles, que sin saber por qué tanto aborrecen á la víctima de sus calumnias y sospechas, es demasiado antipática, *está recargada*, si vale hablar así, y recuerda análogo defecto de personajes parecidos del *Gran Galeoto*.

El odio con que persigue á su nuera el padre de Carlos también llega á ser repulsivo, sobre todo por el afán con que la asedia y maltrata con insultos incesantes. Con esto y su ceguera para la propia deshonra, que llega á ser un tanto inverosímil, á pesar de las explicaciones que preceden, se torna este personaje, que ya debiera ser el más interesante del drama, en una figura repugnante en parte y que estorba mucho para el efecto escénico. Y en rigor la acción en este acto es más *suya* que de su hijo. — La escena en que andan ciertas cartas de mano en mano son de escasa fuerza, fácilmente sustituibles con otras de más eficacia y efecto; y por último, el mismo final carece del relieve y vigor, de la austera grandeza á que nos tiene acostumbrados este poeta, tan gran maestro en eso de terminar sus dramas con plasticidad asombrosa, inolvidable.

No se dirá que he escatimado las censuras; estoy seguro de que he extremado el rigor; pues bien, con eso y todo, el último drama de Echegaray es uno de los que prueban con más fuerza la grandeza de su ingenio. Después de situaciones y diálogos como aquellos que dejó tan ensalzados, creo á Echegaray capaz hasta de dar con esa mosca blanca que se llama el teatro contemporáneo, casi casi naturalista.

Con muchos arranques como ese, pudiera llegar á la verdad y observación de Augier, á su naturalidad y sencillez, más la fuerza patética de Dumas. Creo que siempre le faltaría el *savoir faire* de Sardou, que en mi opinión es bastante inferior á los otros dos.

VII

El teatro de la Princesa era nuevo para mí. Es el más hermoso de la capital... y el que está más lejos. Un poco más lejos cada noche. ¿Más lejos de que? ¿Más lejos de quién? podrá preguntar el propietario. Tiene razón; me he dejado arrebatar del lirismo que, como ya se sabe, es esencialmente subjetivo. Quería yo decir lejos de la *Cervecería Escocesa*, que es donde yo tomo café y donde murmuro.

Pero en fin, andando, andando mucho, ó pagando un coche, al cabo se llega á la Princesa. La compañía del teatro de la Princesa, cuando yo la vi, era media naranja. Se andaba en arreglos para juntarla con la otra media... que estaba en el teatro de Ceferino Palencia, ese Teispis que quiere dos ruedas para que ande su carro y no las encuentra. Entre *María* (suple Tubau) y Mario tenemos la naranja entera... aunque yo me permito creer que todavía le faltan algunos pedazos. Y puede ser que le sobren otros. En fin, Palencia acabará por ser un gran empresario como empezó por ser un buen poeta cómico.

La Princesa tuvo éste año el acierto de estrenar obras originales. Por lo menos de una me acuerdo yo. Se llamaba *El archimillonario*, y era una comedia en tres actos y en prosa, si mal no recuerdo. Cojo los textos, los autores que de esto tratan, y en efecto, según Fernanflor, mi distinguido compañero en la *Ilustración Ibérica*, es cosa segura, segura, que *El archimillonario* estaba en prosa, y si vive todavía en prosa seguirá estando. De lo que yo no hago memoria es de lo demás que Fernanflor dice de la prosa de esa comedia, á saber: que ha sido elogiada por su corrección, propiedad y parsimonia.

Puede ser; pero yo no recuerdo eso. Lo de

la corrección y propiedad es difícil cogerlo al oído. En cuanto á lo de la parsimonia, desde luego lo concedo. Pero en cambio ignoro lo que pueda adelantar una prosa con tener parsimonia; y es más, ignoro, otro sí, cómo la puede tener. Porque parsimonia significa frugalidad y moderación en los gastos, y esto más le conviene á Camacho que á la prosa de las comedias. También significa parsimonia tanto como circunspección, templanza, pero tampoco eso tiene nada que ver. En fin, no importa: siempre será un hecho que está en prosa *El archimillonario*.

Sigue diciendo Fernanflor (al cual he acudido, entre otros motivos para acordarme cómo se llamaban los personajes) dice Fernanflor que el público discutió la comedia ¿y por qué? hombre, porque... quiso, parece lo natural contestar. Pues no, señor; verán ustedes por qué: «porque tiene grande novedad, que rompe con los patrones hechos.» De esto de los patrones puedo yo decir algo porque me acuerdo; en efecto, verán ustedes:

El duque de Toledo (á quien nunca debe perdonarle el autor de la comedia aquella manera de ser duque á lo lacayo) el duque de Toledo tiene dos hijas: la menor no recuerdo cómo se llama, porque tampoco lo dice Fernanflor, pero tiene estas señas: se quiere ca-

sar, y como la dejen se casa; para lo cual ya tiene un novio dispuesto, y hasta avisado el padrino de la boda, que es nada menos que el Presidente del Consejo de ministros. Aquí es donde empieza á romper patrones hechos el poeta; porque eso de hacer venir un Presidente, un Cánovas, como quien dice, para firmar unos desposorios y un indulto y luego marcharse y no volver, es cosa nueva y digna del *ministerio relámpago*. En efecto, pocos serían los españoles, poetas ó cesantes, que dejasen escapar á un Presidente del Consejo de ministros, una vez traído por los cabellos.

Tan importante como el padrino Presidente, es, á su modo, uno de los testigos que se llama Félix Signey y tiene más millones que pesa ¡y cuidado si pesa! Como no hay dicha completa en el mundo, Signey es hospiciano. Aquí no me dirá Fernanflor que se rompen patrones, porque hospicianos interesantes han salido muchos á las tablas desde Antony acá, y aun mucho antes.

Además de inclusero Signey es de oficio escéptico. Es un Protágoras adinerado. Solo que lo dice á tontas y á locas, venga ó no á cuento, y hasta á las señoritas. «¡Pero hombre qué feliz será V. con tanto dinero y ese corazón de oro, que todo es dinero!» le dice, pongo por caso, cualquiera. Y contesta Signey:

«Quite V. allá, hombre; si no fuera este pica-ro escepticismo... que no me deja descansar un momento! Por supuesto que Signey no dice estas mismas palabras, ni el otro las otras; usan la prosa correcta y con parsimonia de que se habló antes; pero ello es que en sustancia resulta lo mismo; esto es: que Signey se queja del escepticismo como si fuera el reuma, ó el baile de San Vito.

Otra novedad de esta comedia, siempre según Fernanfior, es que no es imitación de las obras dramáticas famosas del día. En efecto, en esto hay grande novedad, y es asimismo indiscutible que *El archimillonario* no se parece á ninguna obra famosa que haya llegado á mis noticias.

Otra novedad consiste en que «ni uno solo de los conflictos que se van presentando se resuelve de una manera prevista». Estoy conforme también. Allí todo sucede como nadie podía esperar. Van ustedes á ver: Signey se encuentra con el Presidente del Consejo de ministros, y á los cinco minutos ya se ha firmado un *recibito* en que el Archimillonario salva la Hacienda Pública cubriendo un empréstito de trescientos mil millones, ó cosa así. ¿Quién podía prever esto? No sería Camacho. Y ¿por qué entrega tanto dinero Signey al Gobierno, estando como debe de estar

seguro de que no volverá á ver un cuarto?

Pues esto es más imprevisto, si cabe. La niña, la que se va á casar, oye que hay abajo una señora que pide el indulto de su marido, que es un militar que se ha sublevado (mal hecho); el Cánovas del cotarro jura y perjura que no hay perdón que valga, que es preciso hacer un escarmiento, que el país necesita... en fin, que no hay indulto, y no cansar. (Tampoco es esta la prosa de la comedia, por supuesto). ¿Qué no? Pues ya no se casa la niña... y se echa á llorar la novia, y el novio poco menos, y nada, el Presidente no se ablanda. Pero ello hay que firmar los esponsales, ó lo que sea, y además terminar el acto. Entonces Signey se acerca al Ministro y le dice: el indulto por el empréstito. El Ministro acepta; se firma el papelito de marras, que parece el de una multa por verter aguas menores fuera de su sitio, y... comienza otro conflicto; pero éste más fácil de prever. Se trata de la otra hija soltera del duque, Clarita, que andaba por allí gimiendo y llorando, y ahora resulta que tiene un chico, vamos un hijo, en Paris, y que le ha perdido y que no hay quien dé con él. No crean ustedes que vamos á salir con que el hijo de Clara es Signey, porque era hospiciano. Esto se le ocurrió á un espectador, vecino mío, muy

amigo de que todas las peripecias acaben en anagnórisis. Y decía él, guiñando el ojo:— ¿Qué apostamos que esté incluso es el hijo de la chica?— Pero hombre, si le dobla la edad á ella!— Eso no importa, porque alguna licencia poética se ha de conceder á los autores. Yo en política soy conservador; pero en el teatro, ancha Castilla. Además, ahí está Catalina, que le atribuyó á Masanielo un hijo que tenía más años que su padre...

No acertó mi vecino; Signey no es hijo de Clara; quiere ser su protector, quiere buscarle el chico, ó poco ha de poder. Y, ó yo entendí mal, ó aquí tenemos la tesis del drama, el nudo y todo lo que ustedes quieran. «Para buscar chicos perdidos, no hay como los archimillonarios, sobre todo después que se inventó el teléfono y el fonógrafo y demás maravillas Edisson».

Por si me equivoco, á mi ilustrado colega Fernanflor me atengo. Y dice así: «Los personajes que juzga (este juzga debe de ser errata; será juzgan, porque el sujeto suplido es espectadores) importantes en el primer acto, descienden pronto de su categoría; los protagonistas (?) adquieren rápidamente prodigiosas figuras (supongo que una cada uno nada más) y cuando el público juzga (ya van dos juicios, pero este será en segunda instancia)

que el autor prepara una felicidad dudosa, se encuentra cómo parten por distintos caminos! (¿quién parte? Yo lo explicaré después) para recordarse eternamente en la tristeza.»

Este párrafo necesita algunas aclaraciones para los que no hayan visto la comedia. Lo de descender de categoría los personajes debe de ser porque, como Fernanflor es amigo particular del poeta, habrá tenido noticias reservadas que le permitan creer en la caída del Gabinete presidido por el Sr. Mario. Sin duda el poder moderador tomó á mal que se le propusiera el indulto de marras ya por eso. «No siendo así no me explico eso de descender de su categoría; yo veo que en la comedia ninguno desciende de su categoría; el novio es el único que desciende ó cae de su burro, y se llama á engaño y viene á decir, que como no escondan bien al hijo de su futura cuñada él no se casa con nadie. A todo esto, la niña que ha de contraer justas nupcias, no sabe por qué no se llevan las cosas adelante. Si alguna vez procura enterarse de algo, su padre, el Sr. Duque de Toledo, le contesta con tono imperioso y lleno de misterio:— ¡Niña, vete al invernadero!— De ser académico hubiera dicho: ¡niña, vete á la estufa ó invernáculo!»

En cuanto á lo de aquella felicidad dudosa que pareció que se prepara y no se prepara tal,

se refiere á que al Archimillonario se le ocurre por un momento que tal vez sería feliz casándose con Clara, la madre del niño perdido y hallado en el teléfono; en efecto, el público cree, ó no cree (*porque in dubiis libertas*) que se van á casar... y... no señor, *parten* por distintos caminos para recordarse eternamente en la tristeza. ¿Y por qué no se casan? Porque al Archimillonario al ir á declararse se le ocurre acordarse de su enfermedad crónica. ¡Si no fuera este escepticismo que ha de acabar conmigo! dice él, aunque es claro que con mucha más elegancia y parsimonia que le digo yo. Y por el pícaro escepticismo no se casa. Los que no recuerdo si contraen por fin matrimonio, son los otros dos, los que se iban á casar en el primer acto. Fernanflor nada dice sobre el particular, y como yo no me fio de mi memoria, dejo este punto sin aclarar.

Lo que dice Fernanflor es: «¡que realmente todos los millones de la tierra no pueden compensar el sentir odio contra una madre! Ya lo creo, como que ese odio no se debe sentir por mala que haya sido una madre. Para hacernos más interesante á Signey, Fernanflor nos dice que está herido «en las fibras más sublimes de su alma».

Aquí, con hartito disgusto de mi corazón, me separo del ex-lunático. No, no admito, no

puedo admitir eso de la mayor ó menor sublimidad de las fibras del alma: ó Fernanflor no sabe lo que es sublimidad, ó no sabe lo que son fibras.

Y no sólo tengo que contradecir al acreditado revistero del *Liberal*, sino á otro personaje de mucho más alta categoría. Vean ustedes por qué. Dice Fernanflor:

«Con razón decía el ilustre Tamayo, después de haber visto la obra: — ¡Novo y Colson ha descubierto uno de esos criaderos de diamantes que los autores dramáticos descubren cada veinte años!»

Como no hay que pensar en que un académico tan sabio diga una cosa por otra, resulta que, según Tamayo, los autores dramáticos descubren un criadero de diamantes cada veinte años.

Yo juro que Marcos Zapata, autor dramático, y bueno, hace más de veinte años, no ha descubierto todavía ningún criadero de piedras preciosas.

Lo que hay es que el argumento del *Archimillonario* está lleno de billetes de banco... pero á cobrar en la cueva de Montesinos.

Como ni Fernanflor ni yo queremos exagerar, no negaremos que *El archimillonario* tiene algunos defectos; los tiene.

Allá van, según Fernanflor; porque yo, la

verdad, tampoco me acuerdo bien de los defectos; solo puedo asegurar, así en conjunto, que los había; es más, que no había otra cosa apenas.

Copio: «Tiene esta obra un grave defecto; (este defecto va á resultar con tres personas como la Santísima Trinidad): no están completamente desarrollados los caracteres, las situaciones, ni los efectos.» ¡Ahí es nada!— Pero fíjense ustedes en la suavidad con que pone Fernanflor al servicio de la benevolencia las matemáticas y la teoría de las hipóstasis. Dice que hay un grave defecto, y después salimos con que, primero, no están desarrollados los caracteres, y esto es ya un defecto por sí solo, ó mejor, tantos defectos como caracteres no estén desarrollados; segundo, no están desarrolladas las situaciones (digo lo mismo); y tercero, no están desarrollados los efectos.

¿Y cómo se explica, Fernanflor, que una comedia de tan escaso desarrollo haya roto tantos patrones hechos?— Para romper patrones y descoser la ropa, parece más á propósito la criatura muy robusta y desarrollada; pero á un ser raquitico como ese que Fernanflor nos pinta, cualquier ropa debe de venirle ancha.

«Esta obra, sigue diciendo Fernanflor, de-

muestra en su autor condiciones excepcionales.» Eso no lo niego yo.

Y también estoy conforme con esto: «Hay también alguna inverosimilitud de bulto.»

Lo que niego, ahora que me acuerdo, es que todos los efectos estén *poco desarrollados*, como dice el crítico. No lo dirá por el efecto del final del segundo acto. Aquellas dos monjas que se presentan allí, por el foro, podrán no venir á cuento; pero en punto á desarrollo, no dejan nada que desear.

Por cierto que un poeta dramático (que tampoco ha encontrado ningún criadero de diamantes) me decía al presentarse las monjitas:

— ¡No me negará V. que esto es un golpe teatral!

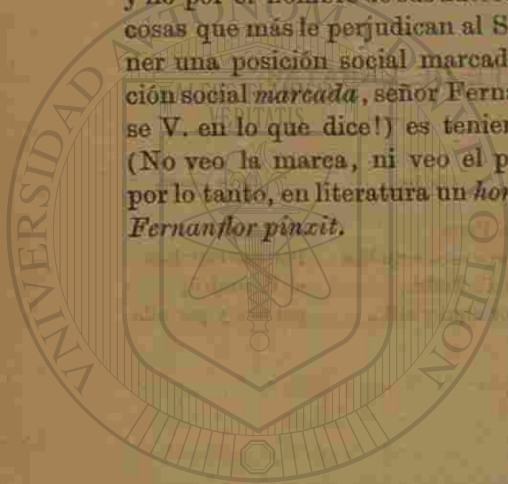
— No, señor, no niego; son dos golpes, si usted quiere; uno por cada monja.

Una de las cosas que prueba el *Archimillonario*, según Fernanflor, otra vez, es... *sanidad de sentimiento*. Vaya por la sanidad; de modo que por eso y por tratarse de un *archimillonario*, casi se puede decir que esa comedia prueba... *salud y pesetas*.

Y ahora voy á terminar este capítulo, que ya es hora; y voy á terminar con unas palabras del apóstol; de Fernanflor quiero decir:

«¿Qué necesita el Sr. Novo y Colson? (el

autor de esta comedia se llama así). Lo que hoy falta en la escena, en el público y en los periodistas. Juzgar las obras por ellas mismas y no por el nombre de sus autores. Una de las cosas que más le perjudican al Sr. Novo es tener una posición social marcada, (una posición social *marcada*, señor Fernanflor!... ¡fíjese V. en lo que dice!) es teniente de navío. (No veo la marca, ni veo el perjuicio). Es, por lo tanto, en literatura un *hombre al agua*.
Fernanflor pinxit.



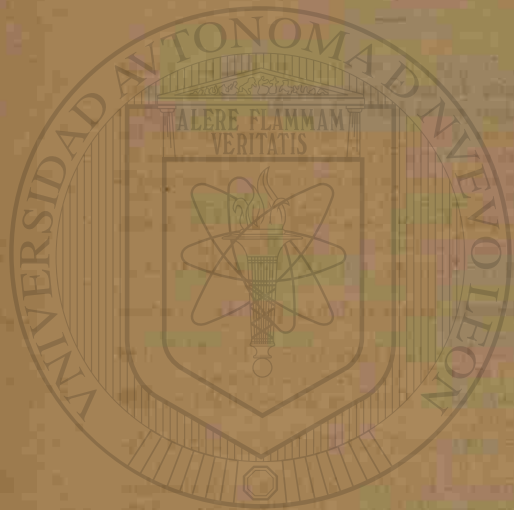
FE DE ERRATAS

Página.	Línea.	Se lee.	Debe leerse.
24	8	de Pana	de Pansa
28	26	Pero esos estudios	Por eso estudios
	29	el P. Andre,	el P. André,
32	1	por aquí y allí...	por acá y por allá

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTA

He recibido, después de escrito este folleto, varias obras, de algunas de las cuales hablaré con la extensión que merezcan en el folleto próximo, ó en alguno de los que le sigan. Por hoy no hago más que dar las gracias á los autores respectivos y decir que se trata de los señores y de los libros que á continuación enumero:

Riverita.— Novela en dos tomos, por Armando Palacio. (Para los pedidos de esta obra, dirigirse á don Victoriano Suárez, Jacometrezo, 72, Madrid.)

El Taciturno.— Novela, por D. Eduardo Gómez Sigura.

Vilaniu.— Novela (en catalán), por D. Narciso Oller.

Dos Amores.— Novela (París), por D. Leopoldo García-Ramón. (Madrid, Victoriano Suárez.)

El Patio Andaluz.— Cuadros de costumbres, por D. Salvador Rueda.

Humoradas.— (Versos), por D. José Martínez Medina.

Llibret de versos.— Por Teodor Llorente (Valencia).

Poesías de Heine.— *Libro de los Cantares*.— Traducción directa, por D. Teodoro Llorente.

La Pena de Muerte.— (Drama), por D. Pedro de la Cuesta.

El Año Pasado.— (Crítica), por D. José Ixart. (Barcelona).

De todas las obras que reciba el autor de estos folletos se dará cuenta en ellos; pero solo se promete una sencilla noticia, no un examen que se reserva para los libros que, por un concepto ó por otro, le merezcan en opinión del que esto escribe.



FOLLETOS LITERARIOS

II

CÁNOVAS Y SU TIEMPO

(PRIMERA PARTE)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FOLLETOS LITERARIOS

II

CÁNOVAS Y SU TIEMPO

(PRIMERA PARTE)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

El derecho y la moralidad.
Programa de economía.

Solos de Clarín (3.^a edición).
La Literatura en 1881 (en colaboración), 3.^a edición.
La Regenta (novela), dos tomos.
... Sermón Perdido (2.^a edición).
Pipá (novelas cortas).

EN PUBLICACIÓN

Folletos literarios. I Un viaje á Madrid (publicado).
II Cánovas y su tiempo (Primera parte).

EN PREPARACIÓN

Una medianía (novela).
Esperaindeo (novela).
Nueva campaña, 1886 (crítica).

FOLLETOS LITERARIOS

II

CÁNOVAS Y SU TIEMPO

(PRIMERA PARTE)

POR CLARÍN

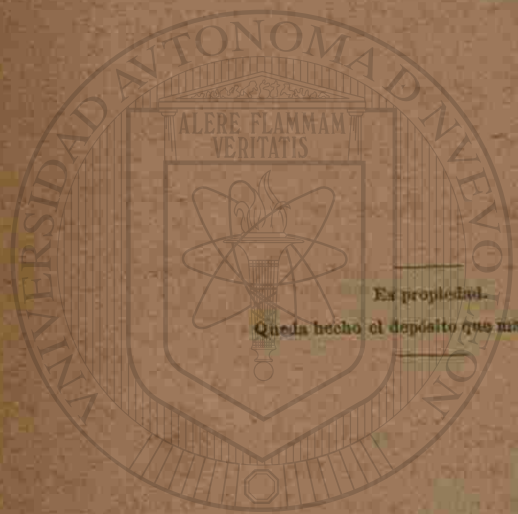
(LEOPOLDO ALAS)

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.

1887



Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de Enrique Rubifos, plaza de la Paja, 7 bis.



I

CÁNOVAS TRANSEUNTE

Mientras yo relato el cuento
de cómo vos conocí—

(N. SERBA.)

No recuerdo si corrían los últimos días de Abril ó los floridos de Mayo, ni del año podré decir sino que era uno de los cinco primeros de la restauración de Alfonso XII.

Sobre la calle de Alcalá volaban nubecillas tenues como una espuma de las olas de azul de allá arriba. Madrid alegre, salía á paseo y se parecía un poco al Madrid que soñó Musset, con sus marquesas á *l'œil luttin*, sus toros... embolados, sus serenatas, sus *escaleras azules* y demás adornos imaginarios. Cuando Madrid toma cierto aire andaluz en los días de sol y de corrida, parece lo que no es, y el que ha vivido

allí algunos años se abandona á cierta ternura *patriótica*, puramente *madrileña*, que no se explica bien, pero que se siente con intensidad. Eran las tres ó las cuatro de la tarde; atravesaba el que esto escribe la calle, yendo de Fornos al Suizo, y en la ancha acera, debajo de los balcones de *La Gran Peña*, vió de cerca, por primera vez en la vida, á D. Antonio Cánovas del Castillo; el cual, olvidado al parecer de cuanto le rodeaba, ponía el alma entera en su ínfima plática con una de las mujeres más hermosas que podían pasearse por la corte. Aunque la comparación esté muy manoseada, parecía una virgen de las más bellas del Museo, que había saltado de su cuadro y había salido á tomar el sol por las calles alegres de la villa. Era rubia, más bien alta que baja, muy esbelta, de cabeza pequeña y modelada á lo divino; cabeza en que el oro tomaba un reflejo de aureola. Era una mujer de *ambiente espiritual*; y tanto, que metido en su zona D. Antonio, que se acercaba bastante, también tomaba sus tintes ideales, y á pesar del bigote de blanco socio y de púas tiesas, y á pesar de los ojos que bifurcan, y á pesar del mal torneado *torso*, y del pantalón prosaico, muy holgado y con rodilleras, no *desentona* el grupo por completo, ni mucho menos pasaba á la categoría de chillón contraste.

Como la dama no sé quién era, y en todo

caso el ser amado no deshonra, y como el señor Cánovas es libre y puede contraer justas nupcias, y por tanto, usar de todos los derechos que para el ejercicio de ese son necesarios, no habrá indiscreción en decir que á mí se me figuró ver en los ojos del expresidente del Consejo de Ministros algo muy semejante al amor, si no era el amor mismo. Y tal como la bien avenida pareja de palomas se esponja al sol, ó bañando las erizadas plumas en las gotas de lluvia fresca y sutil, y en tanto el macho arrastra la cola, caracolea y sacude ondulante el cuello hinchado, de donde salen suaves murmullos de pasión perezosa, así Cánovas y la virgen del Museo se esponjaban al sol de la calle de Alcalá, ella, coqueta á la inglesa, él, galán como el más pintado de Lope.

Como el palomo del símil, D. Antonio llegó al extremo de girar en redor de su desconocida (es decir, de *mi* desconocida), no sin tomarla antes una mano, como quien hace que se despierte y se queda. No sacudía aquella mano, según la moda grosera de entonces, sino que entre las dos suyas la sustentaba con disimuladas caricias... Y la conversación seguía en tanto animada, pienso que espiritual, pues lo era la sonrisa en ambos. No había allí escándalo ni con cien leguas, que esto tiene el saber hacer las cosas; ningún transeunte paraba la atención en el

grupo, ni mucho menos los del grupo en los transeúntes. Sólo yo era allí atento espectador, sin cuidarme de disimular mi curiosidad, pues ni la dama ni el galán veían cosa que no fuera ellos mismos. Llegó el momento de separarse; don Antonio habló al oído de su amiga, hubo un apretón de manos, *callado*, serio, sentimental por lo fuerte; y prolongando el roce de los guantes con la carne al separarse los dedos, al fin se fué cada cual por su lado, sin volver ninguno la cabeza. El rostro de la hermosa cambió de expresión en seguida, en cuanto dió ella el primer paso calle abajo; la sonrisa ideal había desaparecido; en aquellos ojos y en aquella frente sólo se vió la seriedad prosaica, hasta donde puede ser prosaica una divinidad, de la reflexión fría y atenta. La virgen del Museo se convirtió como por encanto en la *Musa de la aritmética*. A lo menos tal me pareció. Pero no pude seguirla, porque el personaje principal para mí era el otro, Cánovas, que tomó por la calle de Sevilla. El seguía sonriendo á sus imágenes, llevaba la cabeza erguida, miraba al cielo, y de puro distraído no contestaba á los saludos exagerados de tal cual transeúnte que le reconocía. Algunos, después de pasar á su lado, se volvían para admirar no sé si al grande hombre ó al gran Presidente del Consejo.

Al llegar á la Carrera de San Jerónimo, torció

á la derecha, camino de la Puerta del Sol. Era su andar como el de azotacalles distraído que no sabe á dónde va, ni le importa ir á un lado ó á otro. A los pocos pasos atravesó la calle y se detuvo ante el escaparate de la que es hoy librería de Fè, y que entonces era, si mal no me acuerdo, de Durán todavía.

Con la atención codiciosa de una dama que registra detrás de los cristales las joyas acostadas en muelle cama de terciopelo, Cánovas, torciendo un poco la cabeza, gesto de míope, leía los rótulos de los libros nuevos, y tal vez olvidaba un punto las dulces emociones que desde el Suizo venía saboreando. Después que leyó todos los letreros que quiso, dió un paso hacia la puerta de la librería, echó mano al picaporte..., pero lo soltó en seguida, cambió de idea, y siguió andando. Iba como antes, sonriendo; pero su sonrisa era ya más complicada.

No cabía duda; el presidente saboreaba con deleite la vida aquella tarde: me preció de observador mediano, y aquella mirada vaga y alegre, aquel andar ondulante y otros signos que se ven y no se describen, me revelaban el pensamiento del grande hombre, es decir, del gran Ministro.

Cánovas tiene bastante imaginación para gozar de esa perspectiva espiritual en que hay como una síntesis de los placeres, de la alegría,

de los bienes que nos han tocado en suerte. Suele provocar este delicioso espectáculo del panorama de nuestra dicha la feliz conjunción de algunos fenómenos halagüeños que, como en la obra de arte, en la novela, en el drama, se juntan á veces en la vida de tal forma, que se hacen transparentes, significativos y sugestivos á la par; y convertidos en símbolos, y sugiriendo mil ideas de color de rosa, nos llevan al éxtasis egoísta, tal vez el más intenso, que nos tiene amarrados por horas ó por días al engaño de ver el mundo como hecho para nosotros, bueno, suave, risueño, preparado por Dios como el escenario de un drama para el interesante espectáculo de nuestra feliz existencia.

Canovas, sin duda, se contemplaba con deleite aquella tarde en que se daba asueto, y á pié, como cualquiera, recorría las calles, y ora tropezaba con el amor, ora con el arte, con la poesía; es decir, con sus aficiones más intensas, según él, aunque en esto haya ilusión probablemente.

También, para mí, el paseo de Canovas tenía algo de simbólico, en el sentido más alto en que el símbolo significa tal vez la forma más pura y esencial de las cosas.

Era aquella una escapatoria del hombre de Estado, del sér oficial, abstracto según la ley, que representa, como un maniquí, personifica-

ciones acaso falsas aun en idea; era la escapatoria del jefe de un Gobierno, que se reconocía hombre en un rato de buen humor.

No todos los jefes de gobierno son capaces de ser hombres además. Por supuesto, dando al *homo* un valor que no alcanzan la mayor parte de los que, por ser bimanos é implumes, ya quieren entrar en tan rara y elevada categoría. Haced á Romeró Robledo presidente del Consejo, y será incapaz de ser ya otra cosa en su vida.

Canovas sí; Canovas es algo más que un político, es decir, más que un artefacto de palo con juego en las manos, en los pies, en el espinozazo y en la lengua; Canovas es además un hombre. Aunque llegara el tiempo fabuloso en que se encargaran de la cosa pública las personas, las verdaderas personas exclusivamente, Canovas podría continuar siendo político.

Pues bien, aquella tarde sacaba á paseo al *hombre* que lleva dentro del uniforme de ministro, y á los pocos pasos encontraba á la *mujer*, sanción de todo mérito, único premio cierto de toda ambición grande.

No se haría la ilusión D. Antonio de que le querían por su cara bonita, como se dice familiarmente; pero no padecería su amor propio aunque le quisieran por su grandeza, por el brillo de su posición y por la gracia de su talento,

de su donosura mundana. Ser amado por lo mismo porque se sirve para modelo de un pintor, podrá ser halagüeño; pero la mujer también sabe apreciar otras bellezas, especialmente la mujer más digna de ser amada, la que piensa y siente con originalidad y delicadeza, un tanto desprendida de los groseros instintos, superior en parte á la tendencia animal del sexo.

Légitimamente podía D. Antonio ir satisfecho de sí mismo, como un *D. Juan espiritual*, por lo menos... Además, la dicha no se analiza tanto. Todas las cosas, descomponiéndolas demasiado, se reducen á átomos insípidos, incoloros é inodoros. El átomo es una cosa que, de puro insustancial, quizá no existe. D. Antonio no tenía para qué valerse de esa química psicológica que han inventado los taciturnos, los misántropes, buscando la fórmula probable del amor que inspiraba. En parte se le quería por poeta, en parte por hombre rico, en parte por hombre influente, en gran parte por caballero cumplido, en otra no menor por galán de ameno trato, de conversación chispeante, por perfecto hombre de mundo, que es además hombre de Estado, por orador del Parlamento, por autor del prólogo á *Los dramáticos contemporáneos* de Novo y Colson... ¡Sabe Dios! ¡Se le podría querer por tantas cosas!... El hecho era que se le amaba.

No: no tenía cara de analizar en aquellos momentos el ilustre transeunte.

Primero la mujer... después las letras...

II

INTERMEZZO LÍRICO

Pero antes de meterme en honduras, quiero hacer algunas advertencias que importan á mi crédito de hombre serio, sincero, cabalmente honrado y libre de toda pasión vil y pequeña.

Por estas advertencias debí haber empezado; pero el natural deseo de halagar el gusto dominante, que no puede ver las introducciones, me hizo tal vez prescindir hasta de mi fama para comenzar hablando cuanto antes de mi hombre, ó, mejor diré, del hombre de su siglo.

Además, tan acostumbrados nos tiene Cánovas á hablar casi exclusivamente de su persona importantísima, hasta en los momentos en que más prisa corre hablar de cualquier otro, que acaso yo, por equivocación, habiéndome propuesto empezar tratando de mi mismo, la tomé con D. Antonio, como él hubiera hecho de fijo en situación análoga.

Entre el capítulo anterior y ésta han mediado algunos días; los más de ellos, por motivos que

no importan á mis lectores, los he dedicado yo (1) á meditaciones filosóficas y lecturas graves. Después de estar pensando en si el mundo es esto ó lo otro, en si *esto* acabará como el rosario de la aurora, ó por enfriamiento, como el teatro español, ¡quién se acuerda de querer mal al señor Cánovas!

Yo nunca le he querido mal ni bien, de ninguna manera; me encuentro con que muchos de mis contemporáneos y conciudadanos, la mayor parte con sueldo, le admiran, á veces le adoran, y resulta al cabo que es un hombre *encombrant* en francés, y en español insoporable.

Pero esto no me autoriza á mí para pretender burlarme del Sr. Cánovas como cualquier mequetrefe. Podré ser vulgar, superficial, insignificante en mis escritos, pero hoy no quiero serlo á sabiendas, y sé y siento que la materia que he escogido para este folleto literario ofrece el peligro de la vulgaridad más odiosa: la murmuración frívola, vanamente injusta, la maledicencia ridículamente pedantesca. *Vade retro!*

¿Por qué engañarme á mí mismo? Si mi espíritu no está ahora para bromas ligeras, no debo dejar que la pluma resbale por la corriente de los lugares comunes de la ironía. ¡Cuántas

(1) Entiéndase, cuando digo yo, que hablo de mí, y no de Cánovas. *Auch'io, non'io.*

veces, por cumplir un compromiso, por entregar á tiempo la obra del jornalero acabada, me sorprendo en la ingrata faena de hacerme inferior á mí mismo, de escribir peor que sé, de decir lo que sé que no vale nada, que no importa, que solo sirve para llenar un hueco y justificar un salario!... Mas ahora no ha de ser así; acabo de leer no sé qué de Schopenhauer, de ese Schopenhauer que ya fastidia á los revisteros de Paris, que tal vez no le han leído; y de tristeza en tristeza, de ternura en ternura, de pudor en pudor, he venido á parar en un estado de ánimo ante el cual Cánovas vale tanto como cualquiera; y en su calidad de hombre, despojado de todos sus paramentos, reales ó imaginarios, merece más que respeto, amor, el amor que se deben los hermanos, aunque resulte cierto que no todos venimos del mismo padre.

Por todo lo cual, y por otros muchos motivos no menos dignos de ser puestos en verso por lo que tienen de líricos, protesto contra la maliciosa suposición de que «este trabajo» pretenda molestar al Sr. Cánovas ó á sus admiradores. Aquí no hay apasionamiento: voy á hablar del autor de *La Campana de Huesca*, ó de *Vellilla*, ó lo que sea, tal como es, ó á mí me parece por lo menos; y voy á hablar de él comparándole con su tiempo, que es lo que corresponde, pues en los siglos pasados no se sabía de Cánovas

vas, diga lo que quiera *La Época*, ó á lo sumo se sabría de él que estaba haciendo mucha falta; sería un deseo vago, una aspiración al *no sé qué* de las generaciones ya muertas. Bueno, ahora resulta que *ese no sé qué* era Cánovas; pero nuestros antepasados no podían adivinarlo. De lo que podemos estar seguros todos es de que, una vez nacido, ya hay Cánovas para rato. Comienzo, pues, á tratar de él y de algunas de sus obras como Spinoza quería: *sub specie aeternitatis*.

Y, por supuesto, sin despojarme de este aire melancólico y filosófico, que nos hace medir todas las cosas por un rásero, y exclamar con Carlos V en el *Ernani* de Verdi: *perdono á tutti*.

III

CÁNOVAS POETA

Aquí es donde yo, si tuviera mala intención, podría cargar la mano. Pero decidido á proceder con la nobleza á que dejo hecha referencia, prescindiré de todo, ó de casi todo lo que pudiera ser desfavorable al Sr. Cánovas, y me limitaré á considerar su vida poética sólo en cuanto nos sirva de documento, como hoy se dice, para el estudio psicológico de nuestro personaje. Porque debo advertir que es un estudio psicológi-

co principalmente lo que estoy haciendo, aunque hasta ahora no se haya conocido.

Si Cánovas se hubiera contentado con ser poeta allá en sus mocedades, hablar hoy de sus versos hubiese sido una impertinencia. Muchos hombres que después han figurado como lumbreras en la Administración, llegando á cobrar sueldos episcopales, han comenzado por ahí, por la poesía, generalmente la erótica y la heroica; de veinte consejeros de Estado ó magistrados del Supremo, diez por lo menos han comenzado su carrera escribiendo odas patrióticas y poniendo en relación al Moneayo con el mes de las flores, por razón de lo que llamaban antiguas retóricas el *similiter desinens* y el *similiter cadens*. El furor pímpleo y aquellos arrestos pindáricos de la desordenada fantasía eran un modo inconsciente y disfrazado de anhelar los más altos puestos que puede ofrecer una burocracia bien servida.

Con un poco de experiencia en el arte espinoso de la crítica al pormenor, se puede adivinar en la más fantástica y aun vaga poesía, si toñas aquellas

aguas corrientes, puras, cristalinas
de Castalia irán á desembocar en una oficina.
Yo conozco muchos jefes de negociado, ó cosa así, que hace apenas diez años estaban empeña-

dos en restaurar el teatro de Lope y de Tirso, ó la égloga de *Garcí-Lasso*. ¡Qué Lasso ni qué Garcí! Todo aquello era una secreta comezón de nómina.

Pues bien; en los versos antiguos de Cánovas se ve eso mismo; aquel suspirar por todo, aquel adorar al universo en una mujer (creo que llamada Elisa ó Luisa, de esto no estoy seguro) ⁽¹⁾, y aquel respeto á las creencias de nuestros mayores, en medio de tanto arrebató lírico, parecían anuncio seguro de la brillante carrera política y administrativa de nuestro AUTOR (como escribe Sedano, el del Parnaso Español). En no sé qué libro viejo, tal vez una colección de alguna Revista trasnochada, vi, ya hace años, versos de Cánovas, versos auténticos. Recuerdo que la impresión era mala; el papel, delgado y amarillento, daba a aquel romanticismo manido un aspecto repugnante. Pues á pesar de tan desfavorable catadura, yo adivinaba al leer aquello—verdad es que adivinar *a posteriori* es fácil—el porvenir glorioso y lucrativo que aguardaba al poeta. Daba gana de gritarle: *Macte animo, generose puer!* ¡Sus y á ellos! deja á esa melindrosa y empréndela con los expedientes; agárrate á un periódico, después á un ministro,

(1) Para aclarar este punto, así como si el tío de D. Antonio escribe con B ó con V, consúltese á otros autores: al Sr. Cánovas mismo, por ejemplo.

más tarde á una bandera política, en seguida á una poltrona... medra, sube, crece... y olvida á la Elisa de tus pecados, y esos otros tormentos de que hablas, que son puro flato; ya llegará el día en que todas las Elisás de este mundo se mueran por tus pedazos y sus consecuencias; y en que esa desdeñosa, esa Marcela relamida cifre todo su orgullo, como la *Federica Brion* de Goethe, en haber sido amada, si no por el Gran Pagano de Weimar, por el Gran Cobrador de Málaga.

En suma, aquellos versos de Cánovas no eran mejores ni peores que los que habrán escrito en igual caso Retes, Rodríguez Rubí, Catalina, Casa Valencia, Casa Sedano, y tantos y tantos otros ilustrados oficinistas y hombres políticos que han escrito ó deben de haber escrito versos.

Sin embargo, advertiré que ya en aquellos primeros ensayos se nota la tendencia que más tarde ha de caracterizar poderosamente el estilo de Cánovas; ya allí se nota, digo, el prurito de decir las cosas de modo que el diablo que las entienda. Más adelante alambicó su *manera* nuestro Autor, hasta tal punto, que lo corriente en él ya no fué ser oscuro, sino decir lo contrario de lo que se había propuesto.

De todas suertes, de la primera época poética de Cánovas, de los años de aprendizaje, como si dijéramos, no hay para qué hablar; todos aque-

llos delitos han prescrito, le han sido perdonados, porque ha ascendido mucho, y el sacarlos á plaza es digna hazaña de algún gacetillero despechado á quien D. Antonio no haya querido dar un destino.

Creí yo largo tiempo que no había más versos de mi *Autor* que aquéllos, los antiguos; y ¡cuál fué mi sorpresa cuando supe que el Sr. Cánovas insistía en que él tenía algo allí (donde lo tenía Cherier), y algo que debía brotar, no en forma de vegetación cutánea, sino en forma métrica, más ó menos decimal.

Esto era ya poca formalidad. ¿Hace versos Sagasta? ¿Los hace López Domínguez? ¿Los hacía Posada Herrera? ¿Los hicieron Mon, Arrazola, Negrete? No, no los hicieron.

Mucho tiempo estuve creyendo que las poesías *canocísticas* que sacaba á relucir, para sacudirles el polvo, Venancio Gonzalez, ó sea un saludísimo escritor carlista, eran invenciones del crítico ó antiguallas de que D. Antonio renegaría. No, no era así. Los versos eran recientes, acababan de salir del horno; de modo que el mal genio de Cánovas todavía podía explicarse por aquello de la naturaleza irascible de los poetas, por el manoseado *genus irritabile vatium*.

¡Quién había de decir que cuando D. Antonio vociferaba su constitución interna, como si la estuviera pariendo con dolores, allá en el banco

azul, y daba puñetazos á diestro y siniestro, y perdía el hilo, y echaba espuma por la boca, había que ver en él al *mantés*, al profeta, al vate inspirado, en sus horas de calentura!

Pero ¿qué clase de versos salían de aquellas irritaciones?... ¡Horror causa recordarlo! Los versos peores que se han escrito en España en todo el siglo.

Sí, es preciso decirlo muy bajo: los versos de Cánovas son hoy peores que ayer, mañana peores que hoy.

El Sr. Cánovas, en muchos de sus escritos, ha dejado y sigue dejando á la posteridad periodos y más periodos de tamaña sintaxis, que ni con la mejor buena fe del mundo se pueden entender, ni aun ayudada la buena fe con mucha perspicacia. Pues bien; si en prosa es Cánovas á menudo laberíntico, en el verso se crece y cultiva un *dieciseisismo*, como él diría (que otros barbarismos ha dicho), un gongorismo de su invención, que consiste en no poner un solo vocablo en su sitio y hacer que las palabras quieran significar lo que no pueden. Añádase á esto un arte exquisito para llenar de flato los versos mediante hiatos sin cuento, y la habilidad de convertir en granito los endecasílabos, haciendo brotar en ellos, por milagro de la musa, una vegetación tropical de cacofonías, y se tendrá una idea de lo que es la *manera* moderna de este

demonio de *parnasiano* español, que á lo mejor es el que manda en todos los españoles que no somos *parnasianos*.

Por lo que respecta al fondo, el Sr. Cánovas, en poesía, es un cubo de las Danaides, como diría el difunto D. Pedro Mata. El Sr. Cánovas no tiene fondo poético.

Y esto es ya más serio. Si, el Sr. Cánovas es el hombre más prosaico del mundo. Ha ido á la poesía, como á todo, por vanidad. Leyendo sus versos, lo primero que se advierte es el fuelle del orgullo. Versifica con soplete. Él cree que ha llenado hojas y más hojas con delirios poéticos, con pensamientos, confesiones del alma, sueños de la fantasía... y nunca ha podido más que hincharse con aire de vanidad, pompas de jabón... de cocina. Su alma da de sí lo que tiene: un viento desencadenado de satisfacción interior, como diría la Ordenanza. El espíritu de este poeta es el *simoun* del orgullo, soplando eternamente sobre la aridez sentimental de las entrañas.

Sin saber de pronto por qué, muchas veces, al leer *poesías* de Cánovas, me he acordado de Otero y de Oliva, que murieron en garrote.

Cánovas *ripiá* la vida como los versos. El *ripió* es, á su modo, una falsedad. Es lo opaco pasando plaza de transparente; es la piedra haciendo veces de pensamiento, la nada dándose

aires de Creador. *Ripiar* la vida es llenar el alma de cascajo para hacerse hombre de peso; es llegar á cierta estatura añadiéndose un suplemento de cal y canto; es ser un lisiado y convertirse en un hombre completo de palo. Cánovas, á pesar de su egoísmo, está lleno de *cuorpos extraños*. El estilo es el hombre; pero cuando el hombre es un *barro cocido*, el estilo es *terroso*.

Todo esto es importante para mi asunto, porque he llegado ahora al quicio de este folleto, tratando, como de paso, esta cuestión de las entrañas poéticas del cantor de Luisa ó de Elisa.

Difícilmente se podría idear ironía más triste que el empeño de Cánovas de ser poeta. Es el peñasco que hace alarde de resistir el empuje de las olas y tiene la pretensión de criar en su ruda superficie las flores más delicadas.

En prólogos, en brindis, siempre que ha tenido que hablar en público de alguien que no fuera él, ha sabido aprovechar la ocasión para olvidarse del otro y contarnos algo de lo que al jefe de los conservadores le pasa por dentro ó le ha pasado por fuera. Nunca habla ni escribe D. Antonio, que no nos diga que es presidente de cien cosas, ó que hizo tal ó cual maravilla política; y si no esto, si olvida sus grandezas terrenales, vuelve con nostalgia los ojos al limbo de los recuerdos y de las ilusiones muertas; y maldiciendo su suerte, aunque sin la espon-

taneidad de D. Felipe Ducazal, se queja del *hado, fatum, ananke*, en griego, que le condena á tener que salvar al país un día sí y otro no, y que no le permite consagrarse, con todo el ardor que le pide el cuerpo, á sus aficiones favoritas, al servicio de las Musas en uno ú otro ramo del furor pimpleo.

Así como D. Quijote decía que, si se lo permitieran sus caballerías, capaz sería de hacer, no sólo versos, sino jaulas y palillos de dientes, D. Antonio, que también sabe hacer jaulas y hasta criar pájaros (que á lo mejor le sacan los ojos); D. Antonio viene á indicar que él sería un Dante ó un Homero si no le llamasen á cada momento para salvar la nación. No hay más remedio, pues, que tomarle en serio lo de la poesía.

Su alma, á lo menos lo más recóndito y exquisito de ella, está en sus versos. Sea.

Pero yo entrego al brazo secular de Venancio González la poesía canovística por lo que toca á la retórica y á la poética, y para estudiar su alma de poeta, no tengo más remedio que remitirme á los capítulos en que trato de Cánovas en prosa. Y entonces iremos viendo cómo *ripia* la vida, cuáles son los grandes *ripios* de la prosa de su existencia, digna de ser estudiada por una comisión de la Academia de Ciencias morales y políticas. ¡Ay, sí! El espíritu de Cánovas

es tan árido como el concepto del Estado de Colmeiro, ¡qué tiene que ver! ó las lucubraciones de D. José Barzanallana acerca del impuesto indirecto sobre los consumos.

Entremos en ese espartal por cualquier lado.

IV

CÁNOVAS... «LATENTE PENSANTE»

El *latente pensante* es un libro del señor Conde ó Marqués de Seoane, del cual hay traducciones en chino (no del Marqués, por supuesto), en alemán y en otra porción de idiomas. Yo no he leído el *latente* ese, como el lector supondrá, ni sé lo que es á punto fijo; pero creo, por conjeturas filológicas nada difíciles, que se trata en la *Pentanomía pantanómica del latente pensante* (título del libro de Seoane), de algún pensamiento oculto. Pues bien; yo voy á aplicar al estudio de la filosofía del Sr. Cánovas, si no el sistema de Seoane, el nombre del sistema.

¿Qué es Cánovas en cuanto *latente pensante*? Éste es el problema.

De Cánovas se puede decir lo que Gibbon decía de Leibnitz, al compararle con uno de esos grandes conquistadores que ambicionan un dominio universal. Leibnitz escribía lo mismo so-

taneidad de D. Felipe Ducazal, se queja del *hado, fatum, ananke*, en griego, que le condena á tener que salvar al país un día sí y otro no, y que no le permite consagrarse, con todo el ardor que le pide el cuerpo, á sus aficiones favoritas, al servicio de las Musas en uno ú otro ramo del furor pimpleo.

Así como D. Quijote decía que, si se lo permitieran sus caballerías, capaz sería de hacer, no sólo versos, sino jaulas y palillos de dientes, D. Antonio, que también sabe hacer jaulas y hasta criar pájaros (que á lo mejor le sacan los ojos); D. Antonio viene á indicar que él sería un Dante ó un Homero si no le llamasen á cada momento para salvar la nación. No hay más remedio, pues, que tomarle en serio lo de la poesía.

Su alma, á lo menos lo más recóndito y exquisito de ella, está en sus versos. Sea.

Pero yo entrego al brazo secular de Venancio González la poesía canovística por lo que toca á la retórica y á la poética, y para estudiar su alma de poeta, no tengo más remedio que remitirme á los capítulos en que trato de Cánovas en prosa. Y entonces iremos viendo cómo *ripia* la vida, cuáles son los grandes ripsos de la prosa de su existencia, digna de ser estudiada por una comisión de la Academia de Ciencias morales y políticas. ¡Ay, sí! El espíritu de Cánovas

es tan árido como el concepto del Estado de Colmeiro, ¡qué tiene que ver! ó las lucubraciones de D. José Barzanallana acerca del impuesto indirecto sobre los consumos.

Entremos en ese espartal por cualquier lado.

IV

CÁNOVAS... «LATENTE PENSANTE»

El *latente pensante* es un libro del señor Conde ó Marqués de Seoane, del cual hay traducciones en chino (no del Marqués, por supuesto), en alemán y en otra porción de idiomas. Yo no he leído el *latente* ese, como el lector supondrá, ni sé lo que es á punto fijo; pero creo, por conjeturas filológicas nada difíciles, que se trata en la *Pentanomía pantanómica del latente pensante* (título del libro de Seoane), de algún pensamiento oculto. Pues bien; yo voy á aplicar al estudio de la filosofía del Sr. Cánovas, si no el sistema de Seoane, el nombre del sistema.

¿Qué es Cánovas en cuanto *latente pensante*? Éste es el problema.

De Cánovas se puede decir lo que Gibbon decía de Leibnitz, al compararle con uno de esos grandes conquistadores que ambicionan un dominio universal. Leibnitz escribía lo mismo so-

bre cálculo infinitesimal, que un código para los diplomáticos. Pues Cánovas entiende también de todo, y si no vuela como el sacre, ni corre como el galgo, es capaz lo mismo de ponerle un prólogo á lord Byron que de escribir el programa del Manzanares ó de presidir un Congreso africano, describiendo las regiones del Congo, á guisa de *Estrabón* moderno (y no se crea que hay un equívoco arcaico en eso de Estrabón, pues sería de mal gusto semejante juego de palabras). Cánovas sirve para todo... pero por temporadas; es decir, que en invierno es paraguas y en verano quitasol. Cuando le hacen Presidente del Ateneo, se acuerda de que es filósofo, y saca á relucir el *latente pensante*. Una de las aficiones verdaderas de Cánovas, no de las que él se imagina tener y no tiene, es la bibliografía. Es bibliógrafo con algunas de las ventajas del oficio y todas las desventajas de la manía. Si se trata de historia de la literatura, piensa que lo principal es tener él en casa libros que no haya visto nadie ni por el forro. Cánovas, en esto de libros viejos y de crítica, tiene salidas como las de Carulla en Teología; y va de cuento. Discutiase hace bastantes años en el Ateneo si Cristo era Dios, y de una en otra, es decir, del Padre Sánchez en Carulla, se vino á parar á lo que era ó no era el catolicismo puro, sin mezcla. «La verdadera doctrina sobre este

punto concreto (no recuerdo cuál), gritaba el padre Sánchez, es ésta: el Papa infalible lo acaba de declarar así en su Encíclica tal, en el Breve cual.» Y el padre Sánchez vomitaba latin muy satisfecho y se sentaba poco menos que envuelto en luz increada. Pero... ¡tate, tate, folloncicos! Del lado opuesto surgía la figura (que ya he olvidado, y lo siento) de Carulla, el cual debe de haber envejecido mucho con eso de la Biblia en verso; y el exzuavo, con una sonrisa entre burlona y benévola, seguro de sí mismo y del Vaticano, exclamaba, palabra arriba ó abajo: «La doctrina que el señor Sánchez sostiene, no es á estas horas la verdadera doctrina ortodoxa; mal puede saber el señor padre Sánchez cual es la última declaración pontificia, cuando en carta que Su Santidad se digna escribirme con fecha de anteayer, me dice lo siguiente, y carta canta.» Y de los bolsillos de los pantalones sacaba Carulla un papel arrugado, que debía de ser breve ó cosa así; y leía y dejaba bizco al preopinante.

Algo por el estilo hace Cánovas. Piensa él que los libros que tiene en casa son la última palabra acerca de la ciencia respectiva. No cabe negar, porque lo afirman los inteligentes, que posee libros raros, y que tiene muchos. ¡Buen provecho le hagan! Semejante mérito ya me guardaré yo de negárselo, y estoy dispuesto á

reconocerle todo el tamaño que quiera en cuanto biblioteca, y si se quiere comparar con la de Alejandria, que se compare. Pero los libros no basta tenerlos. El ricachón aquel de Iriarte era más discreto con su biblioteca pintada, que muchos *prenderos* bibliófilos que no ven en el libro más que el forro. Es preciso leer. Y no basta eso tampoco. Hay que entender lo que se lee, y leer á tiempo y con roden. Pues Cánovas no lee así. Lo declara él mismo. Es pensador y filósofo en sus ratos de ocio, según confesión que nos hace en la Introducción de sus *Problemas contemporáneos* (según se verá más despacio). De aquí proceden lamentables equivocaciones. Por ejemplo: Cánovas cree que son raros todos sus libros, y así como está seguro de que no hay más ejemplar que uno que tiene él bajo have, y que no enseña á nadie, de tal ó cual epístola de Zabaleta ó de un Sánchez ó Fernández, más ó menos benedictinos ó franciscanos, cree estarlo también de que la *última palabra* de la ciencia moderna la tiene él en la Revista que ha leído la noche anterior ó en el libro todavía intonso que le acaba de mandar el librero. Cánovas piensa que los escritores hacen hoy ediciones de un solo ejemplar, ó á un solo ejemplar, como diría algún clásico nuevo, para regalárselas á él y para que los demás no se enteren. Así habla y escribe Cánovas de las teorías

nuevas, ya filosóficas, ya políticas, como si no las conociera nadie más que él. Confunde esto con las cartas eruditas de D. Serafín Estévanez y con los libros viejos de nuestra literatura, que el señor Cánovas saca á relucir, vengan ó no vengan á cuento, como se verá más adelante.

Demás de esto, como él diría, por esa afición idolátrica á los libros, por ese fetiquismo de la encuadernación, Cánovas viene á coincidir con los estudiantillos aplicados, que creen que la ciencia de la verdad más pura viene siempre por el correo, y que el último libro es el mejor, y el que los corrige y eclipsa todos. Si; Cánovas, á pesar de ser tan reaccionario, es de esos espíritus pobres que tienen la superstición del último libro. Como no piensa con originalidad, como no está preocupado de veras y *motu proprio* con los grandes *problemas*, como él dice, de la vida, como es pensador de azar (palabras casi suyas), como es filósofo de parada, de revista oficial y de uniforme, toma el asunto que le da el vaivén de la vulgaridad pensante, se apodera del lugar común del día, de los tópicos de la plaza pública, y lee discursos y más discursos, dignos de cualquier secretario de sección del Ateneo ó de la Academia de Jurisprudencia.

Cánovas no tiene bastante vigor intelectual para pensar en las ideas mismas, no pasa de

pensar en las letras de molde en que suele aparecer algo de las ideas. Aquella falta de sinceridad y de íntima convicción que se nota en las obras de Cánovas, nace en parte de la sequedad de su espíritu, como ya dije, de su prurito de *ripiar* la vida; pero nace también en parte de ese mezquino fetiquismo en que se adora la imprenta por la imprenta.

Como no es fácil á pluma inexperta como la mía explicar todas las reconditeces de este análisis psicológico, reconditeces en cuya clara y minuciosa exposición estaría la prueba más evidente de su profunda verdad, déjome por ahora de tanteos de descripción difícilísima, y voy á ser menos oscuro refiriéndome á los textos del mismo Sr. Cánovas.

Cánovas, en cuanto filósofo, está representado principalmente por su obra titulada *Problemas contemporáneos* (1).

No consta que en parte alguna haya sido más filósofo que allí. Se trata de la colección de los discursos con que inauguró los cursos del Ateneo, las muchas veces que fué presidente de aquella sociedad científica. ¿Sabe alguno de mejor ni más filosofía de Cánovas?

Pues de ésta dice él mismo: «Estos volúmenes no encierran sino estudios, por lo común en

(1) Dos tomos: 1884.

forma de discursos, casi siempre escritos fortuitamente...»

Ya lo oyó el lector: Cánovas escribe ó habla casi siempre fortuitamente cuando se trata de los problemas contemporáneos, de las cuestiones más arduas, de las doctrinas filosóficas y de los varios fenómenos sociales, como dice él mismo.

Y ¿qué es escribir fortuitamente? Véase el Diccionario, de que es colaborador Cánovas mismo: «*Fortuitamente*. = Casualmente, sin prevención, sin premeditación.»

Es decir, que Cánovas habla de filosofía por casualidad, como *el otro* tocaba la flauta.

Sin premeditación. Esto debe agradecersele, y es bueno que lo diga. No hay premeditación en los discursos científicos de Cánovas; menos mal.

Pero aclaremos más el concepto. ¿Qué es casualmente?

Dice el Diccionario: «*Casualmente*.—Por casualidad, *impensadamente*.»

Bueno: otro dato. Cánovas escribe de filosofía *impensadamente*, sin pensar lo que escribe. También esto algún día puede ser circunstancia atenuante, si no se trata de un vicio habitual. ®

Pero aclaremos más el concepto todavía.

¿Qué es casualidad?

El Diccionario: «*Casualidad*. = Combinación

de circunstancias que no se pueden prever ni evitar, y cuyas causas se ignoran.»

Luego tenemos que Cánovas ha escrito sus discursos científicos fortuitamente; es decir, sin poder preverlo ni evitarlo, y por causas que se ignoran.

No sabía por qué los escribía. No se puede saber menos.

Y lo peor no es que diga esto, sino que lo pruebe. No necesitaba insistir en afirmar que son sus trabajos filosóficos «fruto no bien maduro de las inquietas horas consagradas al estudio de las doctrinas filosóficas.» Harto se ve después que sus estudios científicos están verdes, y que hace mal en consagrar a la meditación horas inquietas.

El autor se disculpa teniendo en cuenta la necesidad que hay de hacer que pasen a la posteridad, por vía de documentos biográficos, sus ideas (1), porque la posteridad (todo lo subrayado está copiado al pie de la letra) tiene la obligación de oír con atención a los que influyen notablemente en los destinos de sus conciudadanos y de inquirir los motivos porque obraran.

Y aún mayor que esta obligación de los venideros es la que tienen los hombres influyentes de hacer públicos sus pensamientos. ¿Por qué? «Porque no hay derecho para intervenir en las

(1). Véase la introducción citada, p. VIII.

cosas de los demás hombres sin deliberadas y formales doctrinas.»

Vamos, vamos, Sr. Cánovas, que ahora se me contradice usted. Y si no se contradice, es que no ha cumplido con su obligación de grande hombre. Para intervenir en las cosas de los demás hay que tener doctrinas deliberadas y formales, y por esto usted expone las suyas. Pero las suyas, según lo antes copiado, son casi siempre *fortuitas, casuales, poco maduras, etc., etc.* ¡Vaya una formalidad!

A seguida se alaba el Sr. Cánovas de que él siempre ha pensado lo mismo desde que comenzó a publicar sus ideas en corta edad, sin tener que hacer *ninguna modificación, absolutamente ninguna*, en sus opiniones religiosas, filosóficas ó sociológicas.

Tal creo; Cánovas, a pesar de leer muchas revistas y algunos libros, es hoy el mismo que publicaba, siendo *estudiantil autor*, la *Historia de la decadencia* (no dice la decadencia de qué, porque supone que todos lo sabemos y no pensamos en otra cosa). Amigo, esa es la ventaja de pasar la vida en un ripio perpetuo. No dudo que el Sr. Cánovas, pensando siempre lo mismo y no modificando absolutamente en nada sus pensamientos religiosos, filosóficos y políticos, se habrá ahorrado muchos dolores de cabeza; pero eso lo consigue el que puede, no el que quiere.

Los hombres de esta indole nacen, no se hacen. ¡Lástima grande para el Sr. Cánovas que esta su manera de ser, ya que no por la fuerza intelectual y grandeza de espíritu, no se distinga á lo menos por lo raro! No, no se distingue. Lo general es eso. Ruiz Gómez, Jove y Hevia, Torreno y otros filósofos que no quiero nombrar, son así también, tan inquehrantables, y tan... ¿por qué no decirlo? tan *inmuebles* como el señor Cánovas, que es un *fundo* filosófico, un pensador de la clase de raíces... *quod solo tenetur*. El Sr. Cánovas acaso no ha pensado bien en lo corriente que es esa perseverancia en materias metafísicas; algo más difícililla suele ser la constancia política. No cambiar de Dios ni de sistema filosófico, y aun *sociológico*, es fácil para gente como el Sr. Cánovas y Ruiz Gómez (1); lo peliagudo para esta clase de personas consiste en no cambiar de partido. No se puede negar que aun en política Cánovas es consecuente y ortodoxo como él solo, desde que en su partido no manda nadie más que él. Pero dejemos esto, que nos aparta de la pura región de las ideas del Sr. Cánovas, y volvamos á la gracia que le encuentra él á eso de haber pensado siempre lo mismo.

Cuando Moreno Nieto declamaba en el Ateneo en aquellos inolvidables discursos que daban á la filosofía una fuerza dramática que no le viene

(1) Sólo comparo á estos señores en cuanto metafísicos.

mal y que tan pocos filósofos consiguen, multitud de personas formales, de la derecha y de la izquierda, conservadores y aun retrógrados, individualistas liberales y hasta socialistas de poco pelo (la formalidad y la seriedad sistemáticas no son patrimonio de un partido, ni siquiera de la especie humana); digo que al oír á Moreno Nieto las personas más metódicamente formales é incapaces de cambiar de opinión aunque los aspen, salían de la sala de sesiones sonriendo con lástima y compadeciendo al *pobre* D. José, que no sabía á qué carta quedarse, y que no hacía más que poner á servicio de la sinceridad del pensamiento un corazón todo amor, caridad verdadera, un cerebro iluminado por el amor mismo, y una visión artística y evangélica de las ideas, que indicaba muy poca formalidad. *No se podía contar con él para nada.* ¿Qué hombre era aquel que no vestía ni de azul ni de colorado, que no era de por vida y sujeto por alguna póliza, ó ultramontano, ó liberal, ó cristiano A, ó católico B, ó deísta C, ó panteísta H..., en fin, algo de lo que eran aquellos señores tan serios y tan invariables?

El Sr. Cánovas no presenciaba jamás estas escenas, ni oía nunca los discursos de D. José; porque ¿qué iba á enseñarle á él aquel pobre señor que ni siquiera había sido ministro? No, no lo había sido ni lo sería mientras Cánovas man-

dase. De modo que si D. Antonio no podía ayudar á sus compañeros en seriedad y consecuencia filosófica á murmurar y compadecer á Moreno Nieto, de lejos implícitamente les daba la razón, absteniéndose sistemáticamente de convertir en ministro de Fomento al orador ilustre; porque para fomentarnos servían Toreno, D. Fermín Lasala y otros *Tales...* de Mileto, ó de Gangas de Tineo; pero no servía el bueno de D. José, que... ¿por qué no decirlo, verdad, señor Cánovas? que *adoleció, como filósofo, del ligero modo de ser contemporáneo* (1).

Esta frase de Cánovas, que ya analizaremos después, porque tiene mucha miga y muy poca gramática, no obedece sólo al natural antagonismo entre un pensador *inmuable* como Cánovas, y un hombre de corazón y de discurso fuerte y sutil como Moreno, que no se aferra de por vida á ideas profesadas en la edad en que el juicio propio vale menos; no sólo á esta oposición y antipatía natural y desinteresada se deben las duras palabras que he copiado. Al Sr. Cánovas el que se la hace se la paga, y en esto de ser rencoroso es todavía más constante que en creer en un Dios todo misericordia, y tan separado del universo como D. Antonio de sus humildes súbditos. Moreno Nieto había dicho mil veces, en el seno de la confianza, que Cánovas era un *semi-*

(1) Cánovas: *Problemas contemporáneos*.—Índice del tomo II.

sabio, que había leído muchos libritos franceses de esos que sirven para propagar la ciencia entre los burgueses ilustrados; pero que no era un pensador serio y profundo, ni un verdadero hombre de ciencia en materias filosóficas. Esto lo decía Moreno Nieto sin mala intención, ingenuamente, sin querer mal á Cánovas, únicamente porque era verdad. Porque podría Cánovas envidiarle algo á Moreno Nieto; pero Moreno Nieto no podía envidiarle nada á Cánovas. En la vida de Moreno Nieto no había un *solo ripio*; era un hombre *de verdad* por todos lados. En cambio Cánovas... dadle golpecitos en la cabeza (salva venia) en la *protuberancia* filosófica, y veréis cómo suena á *Revista de Ambos Mundos*, y á traducciones económicas de Büchner y Moleschott, con otras parecidas hojarascas.

Cánovas supo lo que de él decía Moreno Nieto, y se la guardó; ¿para cuándo? Como dijo el poeta:

*Mejor los contarás después de muertos.

Y en efecto, murió D. José entre bendiciones de todo un pueblo inspirado por intuiciones del amor y de la gran justicia plebeya, y entre las frases compasivas de los filósofos más ó menos administrativos y raíces de inquebrantables convicciones; y Cánovas le cantó ese responso del *ligero modo de ser contemporáneo*.

¡Venciste, malagueño!

Ahora, veamos eso del *modo ligero*. La frase, que se encuentra en la pág. 516 del tomo II de los *Problemas Contemporáneos*, es así: «Que adoleció (M. Nieto), como filósofo y como sociólogo, del ligero modo de ser contemporáneo.»

Antes de penetrar en la intención, estudiemos la frase.

A primera vista, parece que fué M. Nieto contemporáneo de un modo ligero, como si dijéramos, que no fué bastante contemporáneo.

Pero este disparate no es el de la interpretación más probable.

Mirándolo mejor, parece que Cánovas quiere decir que D. José, como filósofo y sociólogo, adoleció del *ligero modo de ser* que es propio de nuestro tiempo.

Es decir, que ahora lo corriente es *ser* de un modo más ligero que antes. *Nego suppositum!* Porque ahí está Cánovas, que, con ser quien es, es contemporáneo, y, sin embargo, no adolece de un ligero modo de ser, sino que es de un modo de ser tan pesado como pudiera serlo el hombre terciario, si lo hubo, que es el menos contemporáneo que cabe imaginarse.

Y aparte de esto, D. Antonio, ¿qué quiere decir el *ligero modo de ser*? ¿Es que ahora somos *menos* que eran nuestros antepasados? Para comprender toda la profundidad del disparate de

D. Antonio, se necesita haber estudiado metafísica; ligero modo de ser, es decir, ser menos esencia, ser menos ser... ¡el absurdo absoluto!

Pero ¡ah! que lo que quiere decir Cánovas no es nada de eso; su propósito es devolverle al difunto la píldora y llamarle semisabio y superficial. Y que conteste el muerto.

Veamos el texto, para mayor claridad. Abro el citado tomo II por la pág. 318, y leo... Aquí una advertencia que quiero que sirva para mis digresiones de más abajo. Siguiendo a Cánovas en su texto para analizar sus ideas, es casi imposible prescindir de estos episodios gramaticales que retrasan el trabajo y embrollan el asunto. Escribe Cánovas tan mal á menudo— ¡testigos Dios y Antonio Valbuena! — que es imposible pasar por alto *la forma* para llegar al fondo. Ejemplo, esto que ahora veo. En el párrafo que debía yo citar para convencer á ustedes de que la intención que atribuyo á Cánovas es la que tiene, me encuentro con unos hombres que tienen *cerebros*, así, en plural. Bien, dejémosles en paz y oigamos á Cánovas. Habla éste de los hombres que por no emplear en cada una de sus obras todo el tiempo que su índole peculiar pide, «crean *únicamente* cosas que valen menos de lo que ellos *por sí* valen. Siempre, añade, se ha visto esto en el mundo *en realidad* (y va de ripios: ¡sí creará que está

hablando en verso?); pero nuestra época de controversias diarias, de *espontáneos* discursos, y *mucho más que de libros*, de *artículos de periódicos y revistas* (ahí te duele) *apenas* conoce otros hombres que los de este linaje, *asi dentro como fuera de España*. Y... «y de este modo de ser contemporáneo, no cabe duda que adoleció en gran parte Moreno Nieto.»

Moreno Nieto, Sr. Cánovas, le llamaba á usted semisabio, pero no ligero, porque sabía que era usted más pesado que los derechos individuales de Sagasta. Y sobre todo, sabía que si usted era así, hay por el mundo, en España y aún más fuera de ella, sabios verdaderos, que han estudiado tanto como el que más haya estudiado en otras épocas. ¿Conque era ese el *ligero modo de ser contemporáneo*? ¿Conque es así la ciencia de ahora? Esto no necesita refutación. Claro que hay eruditos á la violeta, Cánovas lo puede saber; pero justamente muchos se quejan del excesivo *especialismo* de la ciencia contemporánea. D. Antonio se figura que monsieur Valvert (Cherbuliez), su amigo, redactor de la *Recue des Deux Mondes*, es el tipo del sabio contemporáneo. No es tonto Cherbuliez, ni mucho menos, ni un ignorante; pero *hay más, D. Antonio, hay más!*

¿Se le figura al biógrafo de Estévanez Calderón que todo lo que ha trabajado el siglo en

Ciencias naturales, en Derecho, en Historia y Filología no supone muchos sabios verdaderos, tan constantes y laboriosos como hacen falta para llevar á término feliz obras cual las de Claudio Bernard, Renan, Strauss, Littré, Spencer, Wundt, Mommsen, Ranke, Max Müller, Max Dunker, Curtius, Grote, Thylor, Savigny, Ihering, Gervinus y... la mayor parte de los autores notables en todas las ciencias citadas y otras muchas? Que las obras de Cherbuliez y de Cánovas no son más que trabajos de revista, ya lo sé yo...; pero lo repito:

Antón, en el mundo hay más.

De esto es de lo que no puede convencerse nuestro ilustre malagueño: de que haya una región de la ciencia adonde él no alcanza ni levantando los puños en actitud de desafiar al cielo.

Lo más antipático que hay en las filosofías de Cánovas, después de la sequedad de espíritu que revelan y de los alardes de convicción, que trascienden á falsedad oficial y académica, lo más antipático después de esto es la constante alusión, ora explícita, ora implícita, á sus grandezas terrenales. Siempre nos está diciendo Cánovas, ya en el texto, ya entre líneas: ¡Ojo! que quien os habla es el autor de la Restauración española, el tutor y curador de la política rei-

nante, el árbitro andaluz de vuestros destinos; fijaos en la gracia de que yo, que no debía tener tiempo ni para rascarme, me digne consagrar algunos ratos perdidos á resolver, de una vez para siempre, los grandes problemas que en vano estudian pléyades de sabios que en su vida han sido presidentes del Consejo de Ministros.

Ya veremos en otro capítulo que D. Antonio lleva esta vanidad á sus escritos puramente literarios, y que en ellos todavía insiste más en el contraste interesante que hay en ser él tan grande hombre y tan lleno de responsabilidades y en saber, sin embargo, menudencias de la vida artística actual, de esas que suelen parecer interesantísimas á los adolescentes enamorados con fe viva de la literatura de última hora. Ya veremos, digo, á D. Antonio discutiendo con los *parnasianos* y citando á Richepin y á los gacetilleros del *Figaro*; ni más ni menos que Dios, sin desatender al cumplimento de las leyes de Keplero y otras en la

fábrica de la inmensa arquitectura,

que dijo el poeta, cuida también de los pajarillos del aire y de los mismísimos microbios.

A Cánovas lo que le importa más es probar que él está en todo, que él es *omnium rerum causa immanes, non vero transiens*, como Espi-

noza, equivocando los personajes, decía de Dios. ¡Oh, si Cánovas escribiera sus confesiones! ¡Quién sabe, quién sabe si allí nos describiría cómo una noche, en el cacumen del orgullo y de su gloria, pensó que el mundo pudo haberse hecho de otra manera, de un modo más conservador! ¡Quién sabe si á Cánovas, que es en religión antropofomista, se le ocurrió alguna vez tener envidia á Dios, como positivamente se la tuvo á Moreno Nieto y se la tiene á Castelar y á Menéndez Pelayo!

«La ventaja que me lleva Dios, le dirá Cánovas á *La Epoca* en el seno de la confianza, es haber venido antes. Cuando yo nací, el mundo ya estaba creado: ¿qué iba yo á hacerle? Únicamente cambiarlo.»

Y en eso se ocupa.

Y como yo no digo las cosas á humo de pajas, allá van textos que lo prueban.

No hace mucho tiempo que D. Antonio, ese demiurgo, ese metátronus, decía delante de un público casi dormido, y, si mal no recuerdo, en presencia de un rey, poco después difunto... pero dejemos que hable el mismo filósofo. Así resume él las ideas que expuso en la ocasión á que me refiero:

«Necesidad de hacer alto de vez en cuando en el importantísimo, pero *poco fecundo* examen de los *primeros principios*, para estudiar otros con-

ceptos de más inmediato y universal (!!) interés...»

Despachemos, en dos plumadas la cuestión gramatical, que viene á estorbarnos, como casi siempre que se copian textos *canovísticos*.

Dice Cánovas: «para estudiar otros conceptos;» y eso prueba que para él los *primeros principios* son conceptos también. De modo que la primera causa, Dios, lo Indivisible, la Fuerza, lo que sea, es un *concepto* para Cánovas. Ó Cánovas no sabe lo que se quiere decir cuando se habla de primeros principios, ó no sabe lo que significa concepto. Ó no sabe ni uno ni otro.

Además, ¿dónde habrá cosa más *universal* que los primeros principios? Hablando con la mayor formalidad posible, ¿no comprende Cánovas y no lo comprende casi *La Epoca*, que eso es un disparate? ¿Que no pueden estudiarse *conceptos* más *universales* que los primeros principios? Pero dejemos la letra y vamos al espíritu.

«Necesidad de hacer alto de vez en cuando en el importantísimo, pero poco fecundo examen de los primeros principios...»

Es decir, señores, no hablemos tanto de Su Divina Majestad (para Cánovas, según él declara, el principio primero es Dios, Dios Padre, Dios Trino y Uno), y estudiemos otras cosas más universales y más inmediatas... por ejemplo:

Cánovas y sus gestas, que son tan inmediatos conceptos y tan universales.

Si; Cánovas quiere decir eso: «hablemos menos de Dios y un poco más de mí y de mi familia.»

Y en efecto, mientras consagra á la materia metafísica y teológica cuatro ó cinco cuartillas escritas en *horas inquietas*, dedica dos tomos como dos quintales á D. Serafin Estévanez Calderón, que tuvo la gloria, no de nacer tío de Cánovas, pero de llegar á serlo.

Y si *La Epoca*, el *presbiteros Joannes* de Cánovas, quiere que dejemos estas regiones mitológicas y estudiemos el parrafito copiado, como si su autor no fuera más que un simple mortal incapaz de rivalidades divinas, vamos allá.

Cánovas opina, ¡qué digo opina! asegura que es necesario hacer alto de vez en cuando en el examen de los primeros principios.

Prescindiendo de si lo que se puede hacer con los primeros principios es examinarlos, ó algo menos, se ve que para nuestro autor hay épocas en que debe darse de mano á la metafísica y á la teología. ¡El privilegio en todo! ¡Por qué? ¡Por qué ha de ser necesario que la ciencia deje de estudiar los más altos asuntos en algunas épocas? ¡Qué menos tienen unas épocas que otras? Qué creyente, ni siquiera filósofo, es Cánovas,

que piensa que la ciencia de un tiempo determinado puede prescindir de abarcar el problema científico en su armónica totalidad, para admitir como buenas ideas anteriores (¿cuáles?), en lo más importante, y concretarse á ser original y propiamente conscia, ó como usted quiera decirlo, en especulaciones inferiores de asuntos más inmediatos (!!).

¡Más inmediatos! Sr. Cánovas (y esto es un paréntesis) para el que cree en lo transcendental, ¿hay nada más inmediato que lo que es fundamento de todo? En todo sér, ¿hay algo que le sea más inmediato que el sér mismo? Y ese sér, ¿de quién lo tiene sino es del Sér Sumo, de Dios? ¿O es que usted no cree en estas metafísicas?

Más inmediatos... y más universales, añadía el Sr. Cánovas. Aquí ya no se trata de gramáticas, sino de ideas. Al decir más universales, da á entender Cánovas que él en estas cuestiones de primeros principios, es decir, de filosofía primera, entra con la imaginación y no con la razón; sólo así comprende que por medio de un antropomorfismo, ó un fetiquismo acaso, grosero y primitivo, se figure los primeros principios, la causa del mundo, como más lejanos y *menos universales* (este disparate *menos universales* es consecuencia necesaria del disparate del texto, que dice *más universales*); *menos universales* que lo finito, contingente, temporal y de

apariencia engañosa tal vez, que constituye todo lo creado.—De lo que dice Cánovas, á decir que los *dioses están lejos*, no hay más que un paso, mejor no hay ninguno, y poco le falta para dar por bueno *quod sine summo scelere dare nequit*, según Grocio, *non esse Deum* (esto nó) *aut non curari ab eo negotia humana* (esto sí).

Y volviendo á lo principal. ¿Qué filosofía de la historia es esa, y qué historia de la filosofía, y qué concepto del sistema de la ciencia y de todas las ideas de lógica, según los cuales puede Cánovas suponer que hay épocas en que el sér racional necesita prescindir de fundar su ciencia en lo fundamental, sea para declararlo asequible ó no, de tratar, en suma, los primeros problemas, sea para negar, afirmar ó dudar?

Y á todas estas preguntas retóricas podría contestarme á mí cualquiera, con esta otra:

¿Y quién le manda á usted ponerse tan serio y discutir con el Sr. Cánovas materias que exigen tanta sinceridad, tanto interés, tanto olvido de vanidades y libros raros, y cruces, y presidencias, y Estévanez y Calderón?

Es verdad. Perdóneseme esta *fuga* metafísica. ¿Me he puesto serio? Pues no lo volveré á hacer.

Sobre todo, consideremos que en el texto que he comentado tan detenidamente, acaso Cánovas no quiso decir nada de lo que dijo, conse-

cuenta en ello con ese estilo que se está formando poco á poco, cuyo carácter principal consiste en no decir nunca lo que se quería decir.

Anhelo salir de este capítulo: una voz me grita que es inútil hablar de Cánovas y de la filosofía á un tiempo. Una convicción íntima, fortísima, me hace ver que nuestro sabio andaluz es un espíritu limitado, de relumbrón, bueno para ser admirado por el vulgo de levita, ese vulgo lleno de preocupaciones como el vulgo de chaqueta; y además frío y seco, débil de voluntad, perezoso de entendimiento y útil sólo para admirar y seguir á la medianía que se pone de puntillas y habla hueco y se hace obedecer por la flaqueza de la ignorancia.

Nada más fácil, teniendo un poco de sinceridad dentro del cuerpo y siendo algo nervioso, que pasar, con motivo de Cánovas, á las declamaciones, á las palabras gordas y al cabo á ponerse serio y tocar asuntos trágicos, ideas profundamente tristes.

Cánovas y la filosofía no tienen nada que ver entre sí, decía: es verdad, en algún aspecto; pero ¿cuánto podría decirse de la filosofía de Cánovas; esto es, de lo que supone Cánovas, influyendo en la España actual, como influye, siendo lo admirado y respetado y temido que es por muchos! ¡Qué estado de voluntad y de inteligencia revela en el país este fenómeno innegable!

Por ahí, por ahí se iría á la tristeza, á los recuerdos melancólicos, á las reflexiones pesimistas. *Non se ne parle piu.*

Sólo diré sobre este punto, que con este folleto sé que me pongo en ridículo á los ojos de muchos, los cuales me creerán poco menos que un loco, porque siendo yo un pobre gacetillero, me atrevo á tratar de este modo al *grande hombre*. Ya lo sé, señores, ya lo sé; pero con ese juicio de ustedes ya contaba desde el principio. Y sin embargo, publico el folleto y no retiro ni una palabra.

Lo que no haré será seguir á D. Antonio en sus lucubraciones una por una. Esto sería darle la razón á él que pretende revolver tierra y cielo en pocas páginas, escritas en horas inquietas, para dar esplendor á fiestas oficiales, para lucir un uniforme ó una dinastía.

Mi propósito no puede ser aquí rebatir las doctrinas canovísticas, ni siquiera examinarlas para ir viendo una por una las ideas, buenas ó malas en sí, transformadas en vulgaridades, ó en caprichos, ó en imposiciones sentimentales; todo esto sería obra muy larga. Además, á mi asunto no corresponde ver si hay Dios, ni cómo es, ni si existe la libertad, ni lo que se debe entender por Estado y Nación, con tantos y tantos problemas graves como Cánovas maneja. Qué dese por él traer á colación tan difíciles y complicadas y hondas materias científicas en lugar

res profanos, ó en tiempo inoportuno y sin preparación suficiente ni espacio bastante. El índice de los *Problemas contemporáneos* hasta para hacer ver las pretensiones de *Pandectas* que tienen los discursos canovísticos. Parece que se dijo á sí propio: «Digamos lo que es el Universo... y demás, de una vez para siempre.»

Vea el pio lector: Indica, tomo I, discurso primero del Ateneo: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española.—Las transformaciones europeas en 1870.—Cuestión de Roma *bajo su aspecto universal*.—La guerra franco-prusiana.—Epilogo.—Discurso segundo del Ateneo.—El pesimismo y el optimismo.—Concepto de la Teodicea popular.—El Estado *en sí mismo* y en sus relaciones con los derechos individuales y *corporativos*.—De las formas políticas en general, etc., etc.—Discurso tercero del Ateneo.—El problema religioso (*¿en sí mismo?*) y sus relaciones con el político.—El problema religioso y la economía política.—La economía, el socialismo y el cristianismo.—Errores de las escuelas modernas *en orden* al concepto de Humanidad y de Estado.—Ineficacia de las soluciones propuestas hasta ahora para los problemas sociales.—El cristianismo y el problema social.—El materialismo y el socialismo científico. (No crean ustedes que los *socialistas científicos* son los Wagner, los Brentano, etc.; no; eran Büch-

ner, Molleschott... y Leroux y Proudhon...) Y Cánovas escribía esto al acabarse el año 1872! (1)—La moral independiente.—El cristianismo como fundamento del orden social.—Lo sobrenatural y el ateísmo.—*Importancia de los problemas contemporáneos* y método aplicable á su estudio. (Basta este epigrafe para juzgar á un erudito á la violeta.)—Discurso cuarto del Ateneo. (Hagan ustedes el favor de sentarse, que esto va largo y todavía no hemos recorrido todo el Universo.)—La libertad y el progreso en el mundo moderno.—El concepto de libertad en las escuelas modernas.—El determinismo y la libertad humana.—La libertad humana y sus manifestaciones.—La idea de progreso en los sistemas de Spencer y Hæckel y el cristianismo... (Voy á suprimir algo, porque si no, no acabaremos nunca).—La filosofía de Kant y el escepticismo y determinismo actuales...—Los Arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—Tomo II: Discurso en el Ateneo.—Estado actual de la investigación filosófica (1883).—La nacionalidad y la raza.—El concepto de nación en la Historia.—El concepto de nación *totalmente contemplado en sí mismo* y sin distinguirlo del de patria.—Tendencias comunes hoy á todas las naciones civilizadas.—Historia de las cosas y hombres del Ateneo.—La sociología moderna y el socialismo.—Los

nuevos conceptos de la sustancia y de la fuerza.—Las leyes del progreso.—Moreno Nieto.—Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Sebastián Elcano.—Congreso geográfico.—El libre cambio... y ¡pu! nada más.

No; nada más, aunque parezca mentira.

Todo eso sabe el Sr. Cánovas; imposible seguirle en tantos conceptos en *si mismos* y en sus relaciones y en todas esas tatalidades modernas y antiguas, y demás anagnórisis, catástrofes y epanadiplosis. Ha creado usted el mundo, D. Antonio, corriente; ¡pero descansenos al séptimo día!

Así como D. Leandro nos hizo conocer á su D. Hermógenes, opositor á cátedras, sin dejarle exponer sus teorías, y sólo con unos cuantos esdrújulos griegos, así D. Antonio se nos retrata en ese índice.

Por lo demás, yo he penetrado en aquel laberinto de *synthesis* y *grandes puntos de vista*, como diría *La Epoca*, y he salido de allí también bastante *synthético*, por lo cual puedo decir sin engaño y en pocas palabras lo que sigue:

Cánovas ha leído de prisa y mal lo moderno, y no conoce ni por el forro lo modernísimo. Cánovas *no tiene una sola idea original*, aunque en la expresión de las ajenas suele ser originalísimo, hasta el punto de no saber él mismo, ni nadie, lo que dice.

Jamás discurre, y menos prueba; sólo declama.

En vez de razones, alega postulados de la voluntad. Y esto es lo más grave. Hagámosle la justicia, aunque le mortifique, de reconocer que en este punto no hace más que seguir á otros muchos que pretenden ser filósofos. Es muy corriente entre cierta clase de pensadores preferir á la verdad *verdadera*, la verdad *cómoda*, y nada más que aparente.

Para estos señores, un principio cierto, un hecho evidente, son algo peor que nada; son huéspedes inoportunos que vienen á turbar por lo pronto la paz de la conciencia ó la paz del mundo. Cánovas es de los que quieren demostrar la realidad de lo ideal con argumentos *ad terrorem*, pintando, mejor ó peor, las consecuencias de que el vulgo llegue á olvidarse de Dios. Hay algo peor que el *post hoc ergo propter hoc*, y es lo que pudiera formularse así: *oportet hoc, ergo propter hoc*. Es claro que cabe una filosofía en que la razón teleológica ó de la finalidad racional sea un argumento, y algo de esto hay, por ejemplo, en el optimismo de Leibnitz; pero aparte de que tal filosofía es hoy débil, en rigor inadmisibile, y sólo podrá volver á ser fuerte el día en que la evidencia alumbre con claridad divina todo lo metafísico; aparte de esto, no hay que ver en la filosofía de Cánovas cosa seme-

jante, sino el utilitarismo imponiéndose como prueba racional. No es él solo, repito, quien discurre así. Hoy, por ejemplo, es muy común combatir el pesimismo por sus frutos amargos. La realidad no debe ser el dolor... porque lastima. ¡Vaya un argumento! Pues en *síntesis*, como él diría, tal es el *sistema* de Cánovas. «Hay Dios, porque si no, los socialistas se nos meten en casa. —El hombre es libre, porque si no, no se explica la sociedad actual,» etc., etc. Estos no son argumentos. La única razón sólida de Cánovas contra el pesimismo, no se atreve D. Antonio a darla, por modestia. Dice así: «¿Cómo ha de ser malo un mundo donde nace un Cánovas, si bien uno solo, porque estas cosas no son para repetidas?»

Con semejante modo de discurrir y demostrar se desacreditan, hasta donde cabe, las ideas mejores. Así sucede muchas veces que, en lo esencial, está uno conforme con Cánovas. Es claro, ¡cuántas veces! Pero aquel aire de suficiencia, aquella falta de caridad, aquel tono de acrimonia y de pedantería, aquella argumentación imperativa, interesada, seca, llena de pasión pequeña, repugnan, hieren en lo más íntimo de lo humano, y nos hacen pasarnos al enemigo, o por lo menos defender á éste, que al fin es un hermano que piensa y siente. *Homo sacra res homini*, dijo hace muchos siglos Séneca; y en

nombre de este principio nos rebelamos contra el dogmatismo sin entrañas de esos Cánovas y demás *celotas* morales que creen defender á Dios aborreciendo á los ateos ó á los que se lo parecen.

Escritores como Cánovas son los peores enemigos del ideal, de lo santo, de lo divino. Predican el Evangelio á són de tambor, y lo publican como ley marcial. Si Cánovas hubiese habitado á orillas del lago Tiberiades con la pretension de enseñar la buena nueva á aquellos humildes pescadores, hubiera empezado por convertirlos en soldados de marina y armarlos en corso. Si Cánovas alguna vez llega á ser Redentor (que Dios no lo quiera) el crucificado es Pilatos.

Si Dios existe, Sr. Cánovas, tiene que ser el Dios bueno. Y el Dios bueno no admite esos discursos biliosos y escritos de prisa y corriendo.

Para seguir la causa de Dios, lo primero es la sinceridad. Y lo primero que la sinceridad exige, es saber lo que se trae entre manos. Y cuando lo que se trae entre manos son los *grandes problemas contemporáneos* (y antiguos también), hay que estudiar mucho, mucho, mucho, y sentir mucho, mucho, mucho...; y, créalo V. E., no queda tiempo para ser presidente del Consejo de Ministros, de la Academia de la Historia, del

Ateneo, de Africa, y, en suma, presidente hasta de los charcos, como lo es el presidente de los terremotos de Andalucía.

V

CÁNOVAS NOVELISTA

No recuerdo si en otro lugar de este folleto digo que no quiero hablar de Cánovas considerado como novelista. Pues si lo digo, me arrepiento, y hablo de *La Campana de Huesca*, aunque sea poco.

Y hablo, porque así como á San Pablo se le apareció Jesús en el camino de Damasco, á mí se me acaba de presentarse, sin saber yo de dónde viene, un certificado del correo, que dentro guarda un elegante tomo con portada á dos tintas, publicado en 1886 por el impresor de la Real Casa M. G. Hernández; y en este tomo se da á luz, por cuarta vez, la crónica del siglo xii que Cánovas escribió con el citado título de *La Campana de Huesca*. Semejante aparición es sin duda providencial, y suscitada para que yo vuelva sobre mi propósito y no deje en el tintero al Cánovas cronista ó novelista.

No he de insistir mucho, sin embargo, en esta clase de habilidades de mi héroe, porque siendo

mi principal objeto pintarlo tal como es hoy, poco me puede servir esta *campana* (ó copa boca abajo, que diría la Academia), que se fundió allá en las remotas mocedades de D. Antonio; hace treinta y cinco años, cuando yo no había venido al mundo.

Si de Cánovas poeta hablé largo y tendido, fué porque D. Antonio es en esta materia reinvidente; pero en cuanto novelista, tiene derecho á un eterno olvido, acompañado de un perdón generoso, puesto que no lo ha vuelto á hacer; no ha escrito más novelas en treinta y cinco años.

Sólo porque algunas pretensiones sobre el particular deja traslucir esto de publicar en 1886 nueva edición de su crónica, me resuelvo—amén del motivo sobrenatural de que ya dejó hecho mérito—á decir algo de esta novela histórica, que de seguro le parecerá á *La Epoca* una de las mejores de nuestro siglo...

¡Es el diablo este Sr. Cánovas! Siempre consecuente, como él dice. Si; hace treinta y cinco años imprimía *motu proprio* esos disparates tan suyos y que tanto carácter habían de dar á su estilo años adelante. Digo esto, porque cuando me disponía á comenzar la lectura de este precioso tomo por el principio, ó sea por el prólogo de *El Solitario*, el libro se me abre él solo por donde puede, y me encuentro con estas palabras en la pag. 357:

Ateneo, de Africa, y, en suma, presidente hasta de los charcos, como lo es el presidente de los terremotos de Andalucía.

V

CÁNOVAS NOVELISTA

No recuerdo si en otro lugar de este folleto digo que no quiero hablar de Cánovas considerado como novelista. Pues si lo digo, me arrepiento, y hablo de *La Campana de Huesca*, aunque sea poco.

Y hablo, porque así como á San Pablo se le apareció Jesús en el camino de Damasco, á mi se me acaba de presentar, sin saber yo de dónde viene, un certificado del correo, que dentro guarda un elegante tomo con portada á dos tintas, publicado en 1886 por el impresor de la Real Casa M. G. Hernández; y en este tomo se da á luz, por cuarta vez, la crónica del siglo xii que Cánovas escribió con el citado título de *La Campana de Huesca*. Semejante aparición es sin duda providencial, y suscitada para que yo vuelva sobre mi propósito y no deje en el tintero al Cánovas cronista ó novelista.

No he de insistir mucho, sin embargo, en esta clase de habilidades de mi héroe, porque siendo

mi principal objeto pintarlo tal como es hoy, poco me puede servir esta *campana* (ó copa boca abajo, que diría la Academia), que se fundió allá en las remotas mocedades de D. Antonio; hace treinta y cinco años, cuando yo no había venido al mundo.

Si de Cánovas poeta hablé largo y tendido, fué porque D. Antonio es en esta materia reincidente; pero en cuanto novelista, tiene derecho á un eterno olvido, acompañado de un perdón generoso, puesto que no lo ha vuelto á hacer; no ha escrito más novelas en treinta y cinco años.

Sólo porque algunas pretensiones sobre el particular deja traslucir esto de publicar en 1886 nueva edición de su crónica, me resuelvo—amén del motivo sobrenatural de que ya dejó hecho mérito—á decir algo de esta novela histórica, que de seguro le parecerá á *La Epoca* una de las mejores de nuestro siglo...

¡Es el diablo este Sr. Cánovas! Siempre consecuente, como él dice. Si; hace treinta y cinco años imprimía *motu proprio* esos disparates tan suyos y que tanto carácter habían de dar á su estilo años adelante. Digo esto, porque cuando me disponía á comenzar la lectura de este precioso tomo por el principio, ó sea por el prólogo de *El Solitario*, el libro se me abre él solo por donde puede, y me encuentro con estas palabras en la pag. 357:

«Castana, que no había adivinado el propósito del almogábar, dió un grito de espanto al sentir el golpe del dardo á pocas pulgadas de su rostro.»

Al lector se le habrá ocurrido, como á mí, presumir que el tal Castana está herido, puesto que sintió el golpe á pocas pulgadas del rostro. Mejor sería, dirá el lector, que Cánovas nos explicase dónde había sentido el golpe del dardo Castana; pero, en fin, puesto que él lo sintió y fué á pocas pulgadas del rostro, sería en el cuello, en el pecho, ó por ahí cerca. Pues no, señores; Castana sintió el golpe del dardo... «en la puerta de la ventana.»

¡Ahí me las den todas! diría el Sr. Castana, sin duda.

Abro por otro lado, y leo: «Echaba rayos de fuego por los ojos.» Echaba rayos, diría cualquiera; pero Cánovas necesita añadir de fuego, para no confundirse con el vulgo.

El Solitario, con el cual me sucede, dicho en puridad, lo que á cierto ilustre literato le pasaba con *Dante*, *El Solitario* comienza su prólogo hablando de *Gualtero Scott*.

Eso es, Gualtero... ó que nos devuelvan á Gibraltar.

Y después cita á Villemain, que es, según él, el más encumbrado de los literatos de Francia.

Debo advertir á ustedes ahora que si quieren

hablar bien, no han de decir novela picaresca, sino picaril, y á lo pastoral, si gustan, pueden llamarlo de sentimiento lastimoso.

Pero santa gloria haya *El Solitario*, y vamos con el sobrino. Del cual dice el tío que por la lección y estudio que ha hecho de su idioma nativo, será indudablemente leído y aun estudiado sabrosamente por cuantos sean amantes de las galas del castellano.

¡Cristo Padre! — Y añade *El Solitario*, á guisa de epifonema: «Este es el solo, pero el más subido premio que de sus vigillas puede esperar un hablista.»

No por molestar á un difunto, lo cual es imposible, sino para que se vea que á los hablistas no hay que imitarlos más que cuando hablan bien, me permito fijarme en el copiado parralillo. Si ese es el solo premio, no puede ser el más subido que puede esperar; si el hablista no puede esperar más que un premio, ese será el más y el menos subido; no cabe comparación cuando no hay más que un término. Lo que quiso decir *El Solitario* debe de ser, que aunque el hablista no puede esperar más que un solo premio, éste es más subido que otros premios que no puede esperar. Pero no lo dijo. Dejémosle definitivamente; bien; pero nótese que este hablista que tanto bombo da á su sobrino, en cuanto hablista también, no siempre habla como Dios

manda. Y mi epifonema es éste: que no basta llamar Gualtero Scott á Walter Scott, para escribir siempre lo que se quiere. Y vamos ya al sobrino.

El cual, á la página siguiente del bombo de su tío, y la primera que él escribe, ya comienza á disparatar.

«Capítulo 1.º En que se habla á manera de prólogo con el lector.» Ya estamos mal. ¿Qué quiere decir eso? ¿Que el autor se presenta á manera de prólogo á hablar con el lector? ¿Es el prólogo el autor mismo? No, de fijo, no. ¡Pues, Señor, decirlo á derechas!

Y comienza *La Campana*: «A orillas de la Iruela hallé esta crónica: en una de aquellas huertas de *suelo verde* y *pobladas* de árboles frutales, *cuyas* bardas y setos...»

Cualquier gacetillero mal intencionado preguntaría si las bardas y setos son de los árboles ó de la huerta. Pero dejando esto como pecado venial, y aun lo del *suelo verde*, que es un modo canovístico de decir, y lo de *pobladas*, epíteto cursi y ramplón en este caso, prosaico y casi casi administrativo, dejando todo eso, vamos á lo que no puede pasar. Un hablista tan recomendado por su tío, el hablista de los hablistas, debe saber (no digo debe de saber, Sr. Cánovas, sino debe saber), que la Gramática de la Academia, donde tanta influencia tiene D. Antonio, no per-

mite que se diga *cuyas* bardas y setos; porque *cuyas* es femenino, y los setos son masculinos, y el masculino, en tales casos, es el que prevalece. No es esto decir que deba decirse *cuyos* bardas y setos; pero, amigo, decirlo como se debe, ya que se es un hablista de tanta lección y de tanto estudio.

Y dice Cánovas, á renglón seguido:

«Y en verdad que es triste crónica para hallada en un lugar tan apacible.» Lo que quiso dar á entender, ya se sabe; pero lo que dice es, que la crónica es triste para hallada en un lugar apacible; de modo que si el lugar no tuviera esta condición *pacífica*, ya no sería tan triste la crónica.

Renglón inmediato: «Harto se ve que allí debieron vivir doña Inés y D. Ramiro.»

Debieron vivir, está mal, D. Antonio, según la Gramática que han hecho sus protegidos de usted.

Debieron vivir, quiere decir que tuvieron obligación de vivir allí, y ese no es el pensamiento de usted. Cánovas quiso decir que cree que allí vivieron—por tales ó cuáles indicios;—es decir, en castellano, que allí debieron *de* vivir...

¿Lo oye usted, santo varón?

De modo que yo no puedo continuar este examen gramatical, para el que necesito una página de comentarios por cada palabra de la novela canovística...

Si abriendo al azar el libro se encuentra en el medio un gazapo; si comenzando por el principio se encuentran media docena en tres renglones, ¿no es de presumir que la cosa abunda? Sí; yo lo juro, abunda. ¿No me quieren ustedes creer? Pues sigamos.

Pág. 2, á los cuatro renglones después de lo copiado:

«Con el disfraz de miradores ó azoteas cuidadosamente blanqueadas.» ¡Vuelta la burra al trigo! Miradores ó azoteas blanqueadas, es un dislate; hay que poner el adjetivo en la terminación masculina. Por lo visto el Sr. Cánovas tiene por sistema el desobedecer á la gramática de su incumbencia. Prescindamos de que los miradores sean lo mismo que las azoteas.

«La puerta Desircata está *allí*, arrimada á un gótico convento de monjas. *Allí* está *también*...» ¡qué manera de pintar! parece que *también* está uno viéndolo *allí* todo eso.

¡Y así pintaba Cánovas en su florida juventud, llena... de ciencias morales y políticas! ¡Oh, el poeta de lo contencioso!

«Las bizantinas columnas de San Pedro dan sombra aún al peregrino y piadoso recogimiento al penitente.»

La sombra de las columnas se parece algo á la sombra del pino; pero, aparte de esto, yo creo (salva venia) que á esas columnas, bizantinas y

todo, les sería igual dar sombra al penitente ó dársela al peregrino; y que también la darán con mucho gusto al peregrino, que á su vez puede hacer penitencia, ese recogimiento piadoso que dan al penitente. Si bien es verdad que el recogimiento no es cosa que se dé; y caso de que se diera, no lo darían las columnas, que sirven para otra cosa.

Pero ¿habrá leído *El Solitario* la novela de su sobrino?

Yo no lo sé; pero lo que sí puedo asegurar es que yo... no pienso leerla. Doy por hecho que Cánovas, en esto de novelas históricas, es un Gualtero Scott, un Gustavo Freytag ó un Gustavo Flaubert. ¡Lástima que no sepa escribir!

Ha mirado aquí y allí descripciones, diálogos...

¡Válgame el señor San Pedro! No sería yo persona seria, ni siquiera leal, si insistiese en estudiar al jefe de los conservadores monárquicos en cuanto novelista.

Supongo que el mismo renegará hoy de su novela de *colegio*, de este cronicón donde no se ve más, por lo visto, que alardes de estilo rancio, de conocimientos históricos más ó menos fáciles de adquirir; y todos los defectos necesarios para demostrar que el autor no tiene ninguna de las cualidades que ha de reunir un artista.

Y si *La Época* ó cualquier otro heraldo dijere que hablo al sabor de la boca y sin fundamento, porque no he leído *La Campana*, doy por bueno que no la he leído, pues así lo he declarado modestamente más arriba, y repito que tengo por cierto que Cánovas es un novelista insigne, con una fantasía de oro y un estilo encantador...

Todo menos volver á *La Campana*.

En materia de *Campanas de Huesca*, he leído *Guerra sin cuartel*, de Ceferino Suárez Bravo, y á ella me atengo, y ya sé lo que es bueno. No me cogerán en otra. Déles la fama el premio solo, pero el más subido que merezcan, que yo no soy redentor, y á tanto precio como leer de cabo á rabo esos libros, no quiero convencer al mundo de lo poco poetas épicos que son estos trovadores trasnochados, cuyo eterno modelo será, pese á Cánovas, el barón de Campo Grande, D. Fulano Jove y Hevia, que en su tiempo, en pleno romanticismo, representaba charadas históricas en las tertulias de Oviedo, ora disfrazado de Mudarra, ora de Abderramán, ora de D. Gaiferos, tal vez de Melisendra.

Cánovas es también un soñador, ya lo sé, un soñador arqueológico... Pero mientras él sueña, los demás duermen.

Y ahora, si un crítico canovista quiere pulverizarme, ¿qué mejor ocasión que ésta? ¿Dónde

se habrá visto un Homeromatrix ó Canovasmatrix, que es igual, que ataca con furia un libro que no ha leído entero?

Y, sin embargo, miren ustedes, puede que tenga yo razón, hablando formalmente.

Tal vez *La Campana de Huesca* es cosa muy mala, háyala leído ó no *Clarín*, este misero pecador que no siempre se atreve á confesar en público sus pecados.

No terminaré este capítulo sin decir que Castana, y no Castaña, como pueden creer los maliciosos, no es una perra, sino una de las heroínas de la novela, si no me engaño. ¡Castana! ¡Castana! ¡Vaya un nombre! ¡Tanto valdría llamarla Bosch y Fustegueras!

Tampoco terminaré sin copiar este parrafito que leo por casualidad al ir á dejar el libro:

«Caballeros todos ellos, no hay que decirlo, valerosos en armas (?), ricos en hacienda, osados y ambiciosos á porfía, basta saber lo que eran para que se suponga.»

¿Conque basta saber lo que eran para que se suponga? Señor, en sabiéndolo, ya no hace falta suponerlo.

Pero ¡cal Cánovas no quiere decir eso; quiere decir: basta saber que eran todo eso para que

se suponga que eran... caballeros. Pero ¿qué idea tiene de las distancias el monstruo?

Mas tampoco quiero terminar (así dure esto mil años) sin copiar la situación culminante de la novela. Se trata de describir la horrorosa *Campana de Huesca*. Pues verán ustedes la descripción de Cánovas, y diganme si no se ha dejado atrás a Casado.

«La escasa luz de mediodía (no quiere decir que la luz de mediodía sea escasa, si bien es verdad que eso es lo que dice) que alumbraba aquella lóbrega habitación (subrayo las palabras que tienen más color; habitación! parece que se está viendo) puso delante de los ojos del rey y del conde un inesperado y horrorosísimo espectáculo. (Así se pinta, con superlativos regulares). Ambos (¡eterno!), rey y conde (sí, en eso estamos), prorrumpieron en una exclamación terrible, no bien lo alcanzaron sus ojos. (¿Quién es lo?) En derredor del garfio que colgaba del punto céntrico (¡ah decadentista!) de la bóveda, mirábanse cabezas recién cortadas, imitando en su colocación la figura de una campana.

«En lo interior de aquella extraña campana colgaba otra cabeza que hacia como de badajo, la cual reconocieron los presentes (que conmigo

firman) por del arzobispo Pedro de Luesia (álias badajo); las demás eran de Lizana, de Roldán, de Vidaura, de Gil de Atrosillo y del resto de los ricos-hombres rebeldes.»

¡Rayo de Dios! ¡Y eso se llama pintar con la pluma! ¿Quién no admira esa hermosa perspectiva del resto de los ricos-hombres rebeldes?

¿Y qué me dirán ustedes de las demás cabezas, que eran de Lizana, de Roldán, etc. etc.? ¿Y eran de ellos así, en montón, todas de todos, pro indiciso?

Pero dejémonos de repulgos de gramática, y vamos á soñar. Cierro los ojos y veo, como si estuvieran ante mí, notario de, etc.: una colocación, los presentes, una figura, un arzobispo á modo de badajo, un espectáculo, una habitación, Lizana, ambos, el punto céntrico... ¡Basta, basta! Tanta luz deslumbra.

Apaguemos.

VI

CÁNOVAS HISTORIADOR

Conviene comenzar este capítulo advirtiéndolo á los papanatas que no es lo mismo historiador que presidente de la Academia de la Historia. También Cheste preside la Academia de la Lengua y nó tiene lengua; quiero decir, que tiene

la lengua presa y habla un demonio de lemosín cutilatino, que recuerda aquella *atología* de los primeros cristianos. Pues volviendo á Cánovas, es preciso declarar que preside la Academia de la Historia, porque esto es un hecho; pero historiador, lo que se llama historiador, no lo es. ¿Qué historia ha escrito hasta la fecha? Una, que le han alabado mucho algunos periódicos liberales con el santo fin de echársela en cara, porque en ella ataca, según ellos, lo que hoy venera, y contribuye á desacreditar lo que hoy tiene por santo, por inviolable. Pero de ese trabajo histórico, que es la *Historia de la decadencia*, como Cánovas dice, casi, ó sin casi, reniega hoy el autor mismo.

Declara en varios pasajes de sus obras que la tal Historia hoy no la escribiría como la escribió; que no conocía entonces los trabajos (casi todos de extranjeros, por cierto y por desgracia), que han permitido juzgar al cabo con relativa claridad y con justicia los complejos negocios de aquellos reinados, que han sido como lugar de cita para los duelos en que las pasiones de los partidos han luchado más encarnizadamente en el terreno de la historia. Se alaba, sí, de no haber seguido ciegamente á los que acogían sin examen, y sólo por mala voluntad á los reyes de la casa de Austria, cuentos y supercherías ya tradicionales; pero, en suma, estima en poco su

crítica de aquel tiempo, y la disculpa, no sólo por la insuficiencia de los datos, sino por los pocos años del autor. En efecto; Cánovas era joven cuando escribió esa historia. Pero, así como fuera injusticia tomársela en cuenta para examinar las dotes de historiador que actualmente puede poseer, sería gracia excesiva el proclamarle émulo de los Prescott y de los Irving por la historia... que no ha escrito todavía.

Aquello de la Decadencia no hace cuenta, admitido: cúmplase en esto la voluntad del autor; pero lo que es la historia que está por escribir, no puede hacer cuenta tampoco.

De modo que, en rigor, no hay tal historiador.

Sin embargo, si la vida ocupadísima y azarosa que lleva Cánovas hubiera sido otra, y le hubiera permitido consagrarse con la asiduidad y constancia que toda clase de vocación especial y verdadera exige, á sus estudios literarios, don Antonio probablemente hubiera llegado á ser un mediano erudito en materia histórica, de pura crónica española, eso sí, pero al fin, trabajador útil y recomendable: una de esas figuras de segundo término, que, si no aparecen en los grandes cuadros sintéticos de una literatura (porque basta en éstos presentar al gran escritor que aprovechó y reunió los documentos recogidos por otros en obra de genio y propiamente artis-

tica), deben figurar con favorable censura en todo trabajo minucioso que tenga por objeto recordar, no sólo a los maestros que dirigieron el edificio de la historia, sino también a los inteligentes y laboriosos obreros que fueron colocando piedra sobre piedra.

La afición de Cánovas que se puede tomar más en serio (fuera de su afición principal, que es la de mandar en todos nosotros), es esta de la historia española; no entendiéndose que sea él capaz de elevarse a las regiones del filósofo de la historia, ni a la del artista historiador, sino considerándole en su natural terreno de hombre capaz de escudriñar pormenores y poner en juego cierta sagacidad de palaciego mezclado de erudito, que no cabe negarle, y bastante malicia y experiencia de las tristes intrigas cortesanas y políticas para poder sacar lecciones de lo presente y penetrar y saber inducir en lo pasado. De todas suertes, y aun reduciéndose a esta historia, que no puede llamarse de escalera abajo, porque precisamente su teatro natural son los salones, los gabinetes y hasta las alcobas, Cánovas, para darnos libros que fueran expresión de sus estudios, fruto de sus vigiliass, siempre tropezaría con el grave inconveniente de no saber escribir.—¡Hombre! diría Toreno, si por casualidad leyese esto. ¡Que Cánovas no sabe escribir! Pero este muchacho deslenguado, ¿por

quién nos toma?—Calma, Sr. Jove, calma, respondería yo (confundiendo a Queipo de Llano con Campo Grande); es claro que Cánovas sabe escribir, lo que se llama escribir, y mejor que usted, mucho mejor, es claro. Pero aquí no se trata de escribir como quiera, sino de escribir bien, y eso es lo que Cánovas no sabe. El historiador que hoy quiera ser leído por alguien más que por los eruditos, que van á chuparle el jugo; el historiador que quiera vivir en sus obras, y no en las notas de otros historiadores que sean mejores escritores que él, necesita ser artista, tener la visión de la realidad pasada y el arte de reproducir con la pluma esa visión, merced á cualidades que en gran parte son semejantes á las del gran novelista psicólogo y sociólogo, y en otra parte análogas á las del filósofo de la historia, que á su vez necesita muchas cualidades del artista, especialmente del poeta épico, en el lato sentido de estas palabras. El Sr. Cánovas tiene una de las imaginaciones más pobres y prosaicas que se han conocido; es bastante discreto para no embarcarse, por lo común, en esas naves de metáforas cursis que suelen naufragar casi siempre; pero si esta discreción (que no siempre le acude) le libra del ridículo, no puede ocultar la pobreza del color, la ausencia de toda fantasía plástica. Si el señor Cánovas se mete en tropos de once varas habla

del viento huracanado... de las circunstancias; si describe, lo hace como en la famosa escena de *La Campana de Huesca* que dejo copiada; no sabe narrar con sencillez, con ese lenguaje que hace que se olviden las palabras y sus sonoridades por la cosa misma, por el objeto de la narración; lucha, armado de adjetivos y pronombres demostrativos, contra las emboscadas que le tiende la anfibología, por culpa de su endiablado afán de hipébaton falso y de novedad culterana en palabrotas y giros; y, amigo, en estas condiciones, viendo al escritor sudar por conseguir expresar en castellano su pensamiento, sin lograrlo muchas veces, el lector no puede atender al fondo, no puede olvidar el barullo de las palabras; no parece que se lee, sino que se está oyendo leer, y entra en el alma y en el cuerpo la fatiga infalible de las lecturas públicas; pena el oyente por sí, por los efectos del narcótico musical, y pena por el lector, en quien supone mortal cansancio. Leyendo a Cánovas se está pensando sin querer en el Diccionario, en las partes indeclinables de la oración, en una porción de adverbios de modo y en el gran valor que pueden llegar a tener las conjunciones. Y después, si se cierra el libro, y se acuesta uno, y sueña, se ven flotar en la fantasía, no los personajes de la historia ni los parajes por donde han pasado, sino los pujos arcaicos y cas-

tizos de Cánovas, sus muletillas adverbiales, los *estos, aquellos, últimos, dichos, propios*, etc., á qué se agarra; conjunciones sueltas, y, en fin, una *Valpurgis* de palabras abstractas, un aularre de ripios en prosa, algo como la fiebre del hambre debe de ser en el delirio de un maestro de escuela; ensueños como el de un amigo mío, abogado y jurisconsulto, que soñó una vez, con gran remordimiento, ser autor del delito de estupro consumado en una virginal raíz cuadrada.—Y digo todo eso porque estos días, que tengo yo que manejar mucho los libros de Cánovas, sueño cosas así, y tengo náuseas al despertar; y todo lo atribuyo al estilo canovístico, que es una cosa *sui generis*, que debe de servir para hipnotizar, como el ponerle á uno el filo de una navaja barbera sobre las narices...

Quedamos en que Cánovas podría llegar á ser historiador, dadas tales y cuales condiciones; en que no lo es todavía, y en que de todas suertes no sería un historiador de primer orden, ni aun de segundo, sino de esos tan útiles como olvidados, que suministran documentos á los verdaderos artistas, hijos de Clio, los cuales son en rigor los verdaderos historiadores; porque, como dijo Cicerón perfectamente, si se entienden bien sus palabras: *Nihil est magis oratorium quam historia.*

VII

CÁNOVAS ORADOR

Diga lo que quiera el Sr. Cánovas, la oratoria más se parece á la arquitectura que á la escultura. Es, como aquella, arte bello-útil. Y así como hay edificios que son útiles, pero no son bellos, ó no tienen más belleza que la que se les atribuye abstractamente al pensar en que son útiles, hay oradores que pueden ser útiles (y aun unas hormiguitas para su casa), pero que no son bellos.

Si á un orador que es artista, que produce belleza hablando, se le puede comparar con una catedral gótica, ó con el Partenon, ó con una formidable fortaleza ciclópea, según los géneros; á un orador como Cánovas se le puede y casi se le debe comparar, no con las Pirámides de Egipto, como decía en broma Hermosilla hablando de similes disparatados, y como tal vez á D. Antonio le sabría bien; se le puede comparar, digo... con un gran almacén de harinas.

Que el Sr. Cánovas es orador, es indudable; que lo que dice nos suele importar mucho á

todos... porque á lo mejor nos va en ello la vida, ó por lo menos la tranquilidad y hasta el pan que ganamos con el sudor de nuestro rostro, también es evidente. Cuando D. Antonio vocifera desde el banco azul, por ejemplo, que va á ver cómo se las arregla para colgarnos á todos los que no pensamos como él, ¿quién se pára en pelillos retóricos, ni se detiene á considerar si Cánovas es ó no tan correcta como después aparece en el *Diario de Sesiones*? La oratoria de Cánovas no es cosa de *juego*, como él dice que es el arte; y cuando habla Cánovas, estamos todos con el agua al cuello. Y así como se ha dicho que en un naufragio los naufragos no son los que sienten bien el *sublime* (en cristiano lo sublime) del espectáculo, sino que de tal sublimidad sólo pueden disfrutar los que la ven desde lo seco, en tierra firme; y así como el soldado, envuelto en humo y en peligros inminentes, no aprecia el conjunto poético de la terrible batalla; los españoles, que siempre salimos con algo roto de los discursos *trascendentales* del gran conservador, no podemos contemplar tranquilamente ni disfrutar las bellezas de la elocuencia canovística. Esto por lo que toca á los españoles ilegales y sus afines; en cuanto á los canovistas, tampoco ven con la desinteresada contemplación del espectador en pura estética la arquitectónica grandeza de la oratoria del

amo; para éstos, para los conservadores, sirve la comparación apuntada: la del gran almacén de harinas. Así como la antigüedad clásica pintó a la elocuencia con una cadena de eslabones de oro saliendo de los labios, hoy se puede pintar la elocuencia oficial de Cánovas figurando al monstruo con una cadena de roscas de pan candeal pendiente de la boca. Sí; la oratoria de Cánovas es eso: el bollo y el coscorrón; y ni los del coscorrón ni los del bollo podemos juzgarle como orador artístico. Sin contar con que no lo es.

Pero me apresuro a reconocer dos condiciones de la oratoria de Cánovas, que la hacen simpática hasta cierto punto.

Cánovas sabe que tiene poca imaginación (como no sea para inventar teorías políticas) y no pretende cultivar el estilo asiático ni el florido, y llama al pan pan y al vino vino, y hace bien. Tiene bastante orgullo (aquí oportuno) para no querer segundos papeles, imitaciones cursis, y deja el arte divino de la elocuencia a los pocos, poquísimos privilegiados a quien Dios llamó por ese camino. El recaba su derecho de decir lo que quiere y de saber lo que dice; y como lo que dice suele ser importante, por ser él quien es, sus discursos tienen muchas veces interés de actualidad y grande. Además, él, como político de los que se usan, de ambición bien puesta, de pasión de partido, de energía de jefe,

de intriga parlamentaria hábil, vale, ya lo creo, y sus discursos reflejan este valor. Importan los discursos de este hombre por lo que tiene que decir, no por el modo de decirlo. Aun en la forma hay a veces calor, naturalidad, y no dejan de salirle de cuando en cuando de la trabajada mollera párrafos bien contruidos y hasta sonoros. Por lo general es incorrecto, sobre todo en la construcción; tiene los defectos que trae consigo la escasa fantasía; describe mal, con torpeza de lengua y vaguedad de dibujo; abusa sin conciencia de los *ripios* parlamentarios, de las fórmulas y muletillas corrientes; no teme la tautología, ni la repetición, ni la vana sinonimia (que no es lo mismo que la tautología), ni acierta con la precisión, ni aspira a la concisión; esa concisión que no es más que el premio de la imagen exacta, de la lógica clara, del pensamiento seguro, del dominio del idioma; concisión que es muy otra cosa que la pobreza y la frialdad, aunque muchos con ellas la confunden.

Otra cualidad buena, simpática, de la oratoria de nuestro hombre, es que se le ve trabajar, se le ve sudar el discurso. Cuando no se es el gran artista de la palabra, para el cual un discurso es la obra maestra que le hace inmortal; cuando se habla sin pretensiones de dejar a la historia de las letras patrias piezas oratorias que sirvan de modelo; cuando se habla sin pensar más que en

el motivo utilitario inmediato, es preferible que al orador se le vea ir formando conciencia de las ideas y de su adecuada expresión, según van pasando de los limbos oscuros del alma á la voz y al gesto. Un orador de papel continuo, que habla como por resorte, que es *facilísimo, abundantísimo*, es una maravilla digna de admiración, como las de los prestidigitadores; es un producto sorprendente de la mecánica más complicada y perfecta, digna obra de un Juanelo ó de un Edisson, según el motor...; pero no es un hombre. Cánovas no es así. Su palabra no es fácil, á veces se le rebela; pero dado el género de su oratoria, nada de eso le perjudica. Casi parecería mal que un hombre que está inventando en aquel momento modos de echarnos á todos á perder, de acuerdo con la última palabra de la ciencia, los inventase de corrido, sin necesidad de pararse á pensarlos un poco.

Para no ser un orador como Castelar, vale más hablar como Cánovas... salvando las incorrecciones señaladas y otras. — ¿Cánovas incorrecto? preguntarán los que le leen y no le oyen. Si, bastante incorrecto y á veces premioso; cualquiera que haya asistido al Congreso durante algún tiempo, podrá dar razón. Una cosa es el discurso de Cánovas escrito, y otra el mismo discurso cuando él lo está diciendo. Pero así y todo, no es lo peor de Cánovas su oratoria, y yo

le prefiero á esos ruiñeñoses desplumados, de jaula, que creen ser elocuentes porque se les ocurren muchas metáforas cursis y manoseadas, en poco tiempo.

Leídos, los discursos de Cánovas podrán enseñar la hilaza del sofisma, la arbitrariedad del carácter y del juicio; pero no son ridiculos, como los de esos tenores de zarzuela que suelen ocupar nuestra tribuna con párrafos de un lirismo fútil, trasnochado, que leído parece poesía de *La Moda Elegante*. Aquí se llama buenos oradores á muchos porque saben recitar, sin cortarse, prosa almibarada y relamida, insustancial y vulgar, que en letras de molde nadie resistiría.

No es este folleto lugar á propósito para penetrar más ni en los defectos ni en las cualidades recomendables de la oratoria de Cánovas; es orador *utilitario* ante todo, orador político y meramente político, y sin entrar en sus constituciones internas, y sus palos de ciego, y su romanticismo arqueológico-monárquico, no se puede examinar sus discursos, á no ser en una abstracción soporífera, vaga, insuficiente. Y lo que es de la política de Cánovas, yo no tengo que decir más que lo siguiente:

VIII

CÁNOVAS POLÍTICO

Otero.

Oliwa.

IX

CÁNOVAS PACIFICADOR

Cuando manda Sagasta, surgen los motines.
 Cuando manda Cánovas, surgen los regicidas.
 A Sagasta le silban las *Instituciones*.
 A Cánovas se las quieren matar; y ellas se le mueren.

X

CÁNOVAS PROLOGUISTA

Así como D. Hermógenes era de oficio y ante todo opositor á cátedras, Cánovas es por esencia y potencia autor de prólogos. Unos han nacido poetas, otros bizeos, otros oradores; Cánovas nació, y morirá, prologuista. Es un prologuista

lírico, *eminente* subjetivo y á la manera que Goethe se pinta á sí propio en sus obras, y cuando está hablando de Guillermo Meister, ó de Werther, ó de Tasso, en cierto modo habla de sí mismo, ni más ni menos que á sí propio se escucha el autor insigne de las Cartas de Jácome Ortiz, y, según entre nosotros D. Juan Fresco es vivo retrato de D. Juan Valera, digo que así, ó por el estilo, se manifiesta Cánovas en sus prólogos; es decir, en los prólogos de los libros ajenos.

De esta suerte va siempre ganando. Si él escribe un libro, le pone un prólogo su tío *El Solitario*, que alaba al sobrino; si se trata de libros ajenos, Cánovas les escribe el prólogo... alabando también al sobrino de su tío. Si; siempre gana él.

En España, este país de la *flera independencia*, que no consiente señores extranjeros, pero que se achica y hace un ovillo ante los tiranos nacionales; en España no se hace ya nada que sea ó pretenda ser *monumental* que no lleve un prólogo de Cánovas. He llegado á creer que si la Biblioteca de Recoletos tarda tanto en ser construída, es porque se está esperando á que Cánovas le escriba un prólogo.

No me extrañaría saber que en unas excavaciones allá en la China se había encontrado una hermosa edición *princeps* del *Chou-King*... con

VIII

CÁNOVAS POLÍTICO

Otero.

Oliwa.

IX

CÁNOVAS PACIFICADOR

Cuando manda Sagasta, surgen los motines.
 Cuando manda Cánovas, surgen los regicidas.
 A Sagasta le silban las *Instituciones*.
 A Cánovas se las quieren matar; y ellas se le mueren.

X

CÁNOVAS PROLOGUISTA

Así como D. Hermógenes era de oficio y ante todo opositor á cátedras, Cánovas es por esencia y potencia autor de prólogos. Unos han nacido poetas, otros bizeos, otros oradores; Cánovas nació, y morirá, prologuista. Es un prologuista

lírico, *eminentemente subjetivo* y á la manera que Goethe se pinta á sí propio en sus obras, y cuando está hablando de Guillermo Meister, ó de Werther, ó de Tasso, en cierto modo habla de sí mismo, ni más ni menos que á sí propio se escucha el autor insigne de las Cartas de Jácome Ortiz, y, según entre nosotros D. Juan Fresco es vivo retrato de D. Juan Valera, digo que así, ó por el estilo, se manifiesta Cánovas en sus prólogos; es decir, en los prólogos de los libros ajenos.

De esta suerte va siempre ganando. Si él escribe un libro, le pone un prólogo su tío *El Solitario*, que alaba al sobrino; si se trata de libros ajenos, Cánovas les escribe el prólogo... alabando también al sobrino de su tío. Si; siempre gana él.

En España, este país de la *flera independencia*, que no consiente señores extranjeros, pero que se achica y hace un ovillo ante los tiranos nacionales; en España no se hace ya nada que sea ó pretenda ser *monumental* que no lleve un prólogo de Cánovas. He llegado á creer que si la Biblioteca de Recoletos tarda tanto en ser construída, es porque se está esperando á que Cánovas le escriba un prólogo.

No me extrañaría saber que en unas excavaciones allá en la China se había encontrado una hermosa edición *princeps* del *Chou-King*... con

un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.

No se crea que esta especialidad la debe á su posición política. Tan presidenta del Consejo de ministros como él es Sagasta, y no le pone prólogo á nadie. Sagasta protegerá, con su consejo, otras cosas, ni más ni menos que Cánovas; pero en lo de escribir prólogos no le sigue. Don Antonio saca de los prólogos un partido que no ha sacado nadie, y por esto son los suyos prólogos de singular naturaleza, que merecen estudio detenido. En ellos escribe D. Antonio sus Memorias. Sí, señores; hace lo que esos... desocupados que escriben ó graban en las paredes de casas ajenas, en los teatros, en las catedrales, en los puentes, en los pedestales de las estatuas, etc., etc., su nombre y apellido, estado, día y lugar de su nacimiento, con otra porción de circunstancias y condiciones de su vida. Cánovas va dejando por esos libros de Dios, más ó menos inmortales, sus gestas y hazañas. *Juan Palomo y su pichona*, leyó fray Gerundio en un puente de Burdeos; cosas por el estilo se leen en la Alhambra, en el campanario de la Giralda, y cosas por el estilo ya escribiendo D. Antonio en todos los prologuitos de que se encarga.

A lo mejor nos dan los periódicos una noticia como ésta: «La obra monumental del Sr. X... no se ha podido publicar todavía porque el Sr. Cá-

novas del Castillo se ha dignado escribir el prólogo, y le está dando la última mano.»

Bien hace Cánovas en seguir las voces interiores de su vocación. Él nació para mandar en España cuando no se menea una rata, y para escribir tarde y mal y con mucha prisa (sabe Dios esto último) prólogos líricos. Jamás es tan poeta Cánovas como en estas prosaicas odas, donde con el natural desorden y la natural poca memoria que la oda requiere, por culpa del furor pimpleo, se olvida á los dos renglones, ó al primero, del autor del libro, del asunto del libro y de cuanto Dios crió, y comienza á cantar las alabanzas del dios desconocido que lleva dentro de sí; y si no las alabanzas, sus hazañas, sus idas y venidas, sus vueltas y revueltas.

Sólo así se explica que á D. Antonio le salgan prólogos... en dos tomos que suman 740 páginas. Véase el libro titulado *El Solitario y su tiempo*, que, por confesión del autor, no es más que un prólogo á las obras de D. Serafin. Se quejaba Sainte-Beuve de Edmundo About porque escribía un libro para lo que bastaría una página. ¡Fuego de Dios! ¿qué diría si leyera los prólogos de Cánovas?—Lectura ó lección, según Estebanez, de todo punto inverosímil, no sólo porque hace mucho que el autor de *Volupté* murió, sino porque si viviera se guardaría muy bien de leer prólogos de D. Antonio; que no todos

los críticos extranjeros son unos Cherbuliez.

Si Cánovas no fuera prologuista de presente, apenas se podría hablar de él en cuanto literato. Historiador bueno ó malo lo ha sido, y dice que lo va á ser, pero no lo es ahora; él mismo desdeña la historia que escribió, y de la futura no se puede hablar, á menos que se sea tan linca como *La Epoca*, la cual, para elogiar á su señor D. Antonio, no necesita que éste haya abierto la boca ni cogido la pluma. Lo de poeta ya hemos visto que no es cierto, y que sería crueldad pedirle cuentas por este concepto. Novelista... ni por el forro; tal vez ni pretensiones siquiera, á estas horas. Orador, en cuanto político, puramente utilitario, nada artístico. ¿Qué le queda á Cánovas en las letras actualmente? Nada más que eso, los prólogos.

Metamónos, pues, en harina.

El número de prefacios, por no decir siempre prólogos, que Cánovas ha escrito, es como el de las estrellas: no podría contarlo Abraham ni nadie.

Yo, en este instante, me acuerdo de los siguientes:

Prólogo á D. Serafin, el tío, dos tomos.

Prólogo á las obras de Moreno Nieto.

Prólogo á las obras de Revilla.

Prólogo á una traducción de lord Byron.

Prólogo á un libro de D. Arcadio Roda.

Prólogo á *Los poetas dramáticos contemporáneos*, de Novó y Colson.

Todos estos prólogos tienen mucho que estudiar, y algunos mucho que reir, aun los que menos debieran dar ocasión á las carcajadas.

¿Cómo no reir, v. gr., cuando dice con motivo de Moreno Nieto, que... «Ayala había nacido extremeño y continuó siéndolo?»—No haga usted gatadas, me diría algún académico si leyera esto; copie usted todo lo que dice Cánovas sobre el particular.—Bueno, hombre, respondería yo; pues peor que peor. Y dice: «Ayala había nacido extremeño y continuó siéndolo, á pesar de las veleidades de la división territorial.» Aparte de que una división territorial puede cambiar, pero no tener veleidades, de todos modos ha dicho el señor amo una tontería. Claro que si Ayala nació en tal lugar, continuará siendo del lugar de su nacimiento, pese á todas las veleidades del mundo. Y así viene á reconocerlo Cánovas, y la tontería está en advertir lo que de sabido se calla.

Pero dejo esta digresión y me llamo al orden por primera vez.

Empecemos por lo último, es decir, por el prólogo que se refiere al libro menos importante, el del Sr. Roda. Se trata de los oradores griegos y de los romanos. ¡Cosa rara! En los primeros renglones del prólogo parece que Cá-

novas no habla de sí mismo. ¡Error profundo!

La primera alusión es para D. Antonio... «Mientras que la inmodestia sirve de fácil escala para alcanzar cuanto hay.» ¿Quién ha alcanzado aquí cuanto hay? Cánovas. ¿Quién es inmodesto como pocos? Cánovas. Las señas son mortales. Habla, pues, de sí mismo. En el renglón oncenó, Cánovas aparece en todo su esplendor, sin tapujos retóricos.

«Conocile *yo* (¡siempre él!) en el *punto y hora* (¡qué castizo y qué *cronométrico!*) de dar á luz una traducción de Demóstenes... ¿Quién estaba ahí puesto á parir, D. Antonio? ¿Quién había traducido á Demóstenes? Según la gramática, yo, es decir, Cánovas.

Después viene un «que pretendía dedicarme,» que si se tratara de otro *yo*, podría dejar clara la cuestión, pues nadie se dedica libros á sí mismo; pero tratándose de Cánovas, todo es posible.

«Dejándome llevar en aquella sazón de mis bien conocidas aficiones»...

¡Las aficiones de Cánovas! ¿Quién habla de otra cosa? Por supuesto, aquella sazón no era sazón ni Dios que lo fundó, era el *punto y hora* de marras. ¿Qué diría Cánovas si las palabras de los sinópticos, *In illo tempore...*, *dixit Jesus discipulis suis*, se tradujeran, v. gr.: «En aquella sazón, dijo Jesus á sus discípulos?» Pues es

igual. Hay sazón cuando la hay, pero no fuera de sazón.

«Pronunció allí ocho discursos sobre los grandes oradores griegos y las extraordinarias circunstancias políticas y militares (¡circunstancias militares, bendito Dios!) que inspiraron sus arengas, bastantes para dar buen concepto á cualquier hombre de letras...»

¡Ya lo creo! para si quisiera usted las arengas de los grandes oradores griegos. Qué, ¿no es eso? ¿No se refiere á las arengas griegas, sino á los discursos de Roda? Pues hijo, decirlo. Aquí no hay estrambote que explique la anfibología, ni mal siquiera.

A estas alturas, el Sr. Cánovas ya ha tomado vuelo y habla de sí propio como un libro, y se mezcla con todo lo creado, especialmente la política actual, el Parlamento, la oratoria parlamentaria... Del Sr. Roda ya no habla más que á veces, por alusión lejana, y tomándole por *minga*, aunque sea mala comparación.

Por lo demás, sea por ignorancia ó por mala voluntad, Cánovas, con ocasión de los oradores griegos, no habla palabra de estos señores; en cuanto á citas, Cormenin y M. Perignan. ¿Y doctrina? aquello de que la escultura es el arte de Grecia y que la elocuencia era allí escultural... y nada más; después, vuelta á los Cuerpos Colegisladores y á lo mal que anda la patria (á

la sazón, Cánovas no era ministro). No hay cosa más pobre, más triste, más vulgar, que los tres ó cuatro párrafos que en un prólogo tan largo dedica el prologuista á hablar de la elocuencia griega. ¡Y él es orador y se las echa de filólogo y de clásico!

Antes de concluir con este asunto, copio esto: «...Ni los *signos ortográficos*, ni la *puntuación* más esmerada bastan para distribuir bien las frases (en los párrafos muy largos).—¿Conque... ni los *signos ortográficos* ni la *puntuación*? Y la *puntuación*, ¿qué es si no es *signo ortográfico*? Coja usted la gramática, ábrala por el índice, no pasemos del índice. Pág. 418 (última edición) dice: Parte cuarta: Ortografía.—Cap. IV. De los *signos de puntuación*», y no habla de más *signos* que estos. *Signos de puntuación*, ya lo oye usted, y en la Ortografía...

Por lo demás, es claro que la puntuación no sirve para distribuir bien las frases en los períodos largos ó cortos; este trabajo ha de tomárselo el escritor, las frases son incumbencia del que escribe; los pobres *signos* sólo sirven para señalar, es claro, ello mismo lo dice; y bastante hacen. Ahora me explico yo cómo Cánovas es tan laberíntico en sus parrafadas. Justo; les deja á los *signos ortográficos*, y en su defecto á la *puntuación*, que distribuyan las frases (como él dice), y así sale ello.

Pero salgamos de este prólogo, que no merece tanta conversación.

Del prólogo á las obras de Moreno Nieto ya se ha dicho en otro lugar bastante, considerando el tal documento como discurso, que fué primero, para ser prólogo después. En efecto, los partos del ingenio monstruoso lo mismo sirven para un barrido que para un fregado.

Por supuesto, que aquí empieza Cánovas, como siempre, hablando de sí propio, y ésta es mi tesis principal. Comienza reclamando para sí la pena mayor por la muerte de Moreno Nieto, y después de pocos renglones viene á decirnos que él piensa sobrevivir á todos sus contemporáneos; sobrevivir aquí en la tierra, enténdase, vivo de veras, no ya en la fama, que de eso no hay que hablar siquiera.

Habla del hueco que van dejando los coetáneos difuntos, y dice: «Hueco que anuncia la soledad pavorosa en que hemos de llegar los más felices (por si acaso, solo y todo se tiene por feliz, ¡ya lo creo!) al fatal término de la jornada.» Por donde se ve que Cánovas, como San Juan, el discípulo amado, cree tener alguna promesa de llegar á muy viejo. Y es claro que lo más del tiempo pensará gastarlo en ser presidente del Consejo de ministros. ¡Bonito porvenir!

Ahora oigan ustedes esto.

«Ayer, señores, ó casi ayer (bueno, anteayer), desapareció Selgas, y algo antes desapareció Ayala también. Pertenecían todos tres á la generación que empieza á *dispensarse* (será errata, querrá decir *dispersarse*; pero tampoco así está bien, ni medio bien. Morirse no es dispersarse. Y *dispensarse*, por si no es errata, mucho menos).

«Los tres eran purísimas glorias de ella, y lejos de estorbarse en la vida (¿por qué habian de estorbarse, santo varón? ¿Cree usted que todos son como usted, que hasta les tiene envidia á los apóstoles por las muchas lenguas que sabian, siendo así que usted no sabe casi ninguna?), lejos de estorbarse en la vida *se sumaban*, más bien, y completaban; valian tanto los tres en suma (claro, en suma, si se sumaban...), que quizá á un tiempo (ahora va lo gordo), que quizá á un tiempo mayores no los ha producido ninguna generación en nuestra patria.»

El que prueba demasiado no prueba nada; y acaso Cánovas prueba demasiado á propósito. Mucho, muchísimo valió Moreno Nieto; también valió mucho Ayala...; pero en el siglo de oro, y en otros varios, han vivido á un tiempo, como usted dice, algunos varones de fama universal y españoles que, sin ofender á nadie, se puede asegurar que tienen y merecen aún más gloria que Moreno Nieto y Ayala. Y lo mismo

digo de nuestro tiempo y del próximo pasado.

En cuanto á Selgas..., en fin, ha muerto, y no tiene él la culpa de que Cánovas le ponga en ridículo sacándole del modesto lugar que ocupa en la historia de nuestras letras.

Cánovas abandona á Selgas, en mal hora traído á colación, y sigue apreciando á Moreno Nieto y Ayala, que eran muy amigos, en efecto, pero que en nada se parecían más que en ser extremeños... y en continuar siéndolo, como dice Cánovas.

Mas no sólo por motivos geográficos y razones extremeñas hace semejante paralelo el prologuista. El va á lo que va. No se me diga, Cánovas en esto de rebajar á los que cree rivales es sistemático. Moreno Nieto era orador, orador insigne, de los primeros de España. Revilla era también insigne orador, de los primeros en los debates académicos...; pues ya verán ustedes cómo rebaja esta gloria Cánovas en Revilla, y vean cómo la rebaja ahora mismo en Moreno.

¡Lo que él sabe!
Lo que cuesta trabajo aquí es seguir hablando en tono de broma y sin indignarse.

«Lo propio Moreno Nieto que Ayala eran grandes oradores.»

¿Ayala grande orador? Ayala era buen poeta; escribió una comedia, *Consuelo*, que es acaso la mejor entre las modernas españolas; escribió

otras muy dignas de elogio, como *El tanto por ciento*, y dejó además excelentes poesías líricas, algunas dignas de ser modelo por la hermosura y transparencia de la forma; pero Ayala no fué orador ni tuvo pretensiones de tal. Hablaba bien las pocas veces que hablaba, y en alguna ocasión, en pocas palabras, dijo cosas muy tiernas, que, amen de serlo, tenían que impresionar vivamente á multitud de monárquicos bien alimentados. Pero Ayala no era un orador en el sentido en que lo son Galiano, Castelar, Martos... varios otros, y el mismo Moreno Nieto. Presentar á Ayala, en cuanto orador, á la altura de Moreno Nieto, es rebajar á Moreno Nieto. Como sería rebajar á Ayala decir que Moreno Nieto hacía tan buenos versos como él.

Semejantes paralelos, ó mejor, paralelas, le sirven á Cánovas para hacer planchas y levantarse dos cuartas sobre el suelo á fuerza de puños y mala intención.

Luego sigue hablando de Moreno Nieto desde el punto de vista, ó *bajo* el punto de vista, que él escribe, de sus relaciones con el *umbilicum terra*, con el centro de la tierra, y aun del universo, ó sea D. Antonio. No sigue la biografía de Moreno Nieto por el orden que señala la vida de éste, sino por el que señala la vida del Sr. Cánovas. Por lo cual tiene ocasión de decirnos que un Sr. Alix, muy amigo de Cá-

novas, hizo oposición á la cátedra de árabe de Toledo, y que D. Antonio de buena gana se la hubiera dado. Si, si, ya le conocemos á usted las mañas. Si usted hubiera podido entonces lo que pudo después, le hubiera quitado la cátedra al primer lugar, Moreno Nieto, para dársela á su amigo. Conocemos el sistema. Más adelante viene á decir que Moreno Nieto no tenía bastante paciencia para seguir estudiando de veras árabe, y que se consagró á la filología *bajo su aspecto* filosófico-histórico y bajo su aspecto puramente histórico. Estos dos *bajos* sólo sirven para que se estrelle en ellos la Gramática de la Academia. Y si no, consúltelo usted. Con esto de la Gramática y de los Académicos debe de pasar algo parecido á lo que sucede con el Derecho sagrado de la India y sus brahmanes. La Academia vela por la pureza del idioma...; pero cuando se trata de los académicos levanta el brazo, porque tolera todos sus solecismos y barbarismos y sigue llamándolos ilustres y tomándoles el voto para decidir de la suerte del idioma. A un criterio semejante obedece el llamado Código de Manú, cuando añade á la prohibición de la ley de Narada respecto al falso juramento: «Cuando se trata... de salvar á un brahmán, no es pecado mortal jurar en falso.» Cánovas falta á todas horas y en todas partes á las reglas de la Academia, y sigue sien-

do el amo de la casa y de la docta corporación.

Pero vamos á otro prólogo, que es tarde y hay prisa.

Con Revilla se ha portado Cánovas peor todavía que con Moreno Nieto. A lo menos á éste le conocía, le habla oído hablar á veces; y aparte de la mala intención del biógrafo y su carencia de facultades para juzgar el corazón y la cabeza de D. José, algo podía decir de provecho, algo que tuviese parte de verdad.

Pero á Revilla ni le habla oído, ni le había visto, ni jamás había pensado en él, como el mismo Cánovas viene á confesar en buenas palabras. Si distancia inmensa hay entre un Moreno Nieto y un Cánovas, no la hay menos entre éste y un Revilla. Cánovas y Moreno Nieto no se podían entender, Cánovas y Revilla tampoco.

Así es que si D. Antonio hubiera querido hacer un favor á la memoria del crítico y á la viuda de Revilla, se hubiese limitado á decir que no conocía al difunto lo suficiente para juzgarle. Pero el prólogo, si hace caso de él la posteridad, enseñará á los venideros un Revilla completamente falsificado. Afortunadamente, en la biografía escrita por el profundo y sagaz filósofo D. Urbano González Serrano, en otros documentos por el estilo, y sobre todo en las mismas obras del crítico, queda la imagen de éste fiel al original, aunque nada más que hasta donde frías

letras de molde pueden conservar el espíritu de un hombre eminente, cuando este hombre, á más de escritor, fué orador como pocos, orador sobre todo, y, por desgracia, orador cuyos títulos mejores de gloria se han perdido, pues sus discursos no se conservan.

Pues bien; el Sr. Cánovas, que es de quien aquí se trata, no hizo lo que debía, sino que se metió á escribir un prólogo largo, echándolo todo á barato. Las dos afirmaciones más absurdas del tal prólogo son éstas: que Revilla, como orador, no llegó á la madurez, ni valió tanto en este concepto como en el de crítico; segunda afirmación disparatada, que donde mejor podemos conocer á Revilla es en sus poesías *Dudas y tristezas*, que es, según D. Antonio, «lo que nos hace penetrar más adentro en su espíritu.» «Yo pienso (copio) que no hay más puro y dulce amor que el que allí muestra *hacia su joven y amante mujer*.» Aparte de que eso está muy mal escrito, es una... una necedad, ¿por qué no decirlo? ¿Recomendar á un crítico notable, á un orador insigne, por el amor que tuvo á su mujer! Eso no es un mérito literario, Sr. Cánovas; ni Revilla es de los autores que necesitan ser alabados por sus buenas condiciones de jefe de familia.

Buena cosa es que el Sr. Cánovas cuando tiene que elogiar á otros, siempre cambia las co-

sas, y á un gran poeta como Ayala, le alaba por orador, y á un gran orador como Revilla, le alaba por poeta.

¿No podría la malicia ver en este prurito algo peor que la natural tendencia de D. Antonio á decir las cosas al revés?

Empieza el Sr. Cánovas pintando á Revilla como un ambicioso de melodrama, consumido por la fiebre de las grandezas, siquiera fuesen espirituales. Era Revilla hombre tranquilo, y no tenía tal fiebre, ni la ambición absurda y ridícula de querer saberlo todo. Estaba muy por encima su espíritu de esos lirismos filosóficos en que un hombre hace como que revienta de aburrido si no le dan la solución de los *grandes problemas*, etc., etc. Justamente porque algunas de las poesías contenidas en *Dudas y tristezas* participan de ese lirismo convencional, no son fiel espejo del alma del autor, el cual, si se consagraba con gran ardor al estudio y con seriedad á la meditación filosófica, no lo hacía con ese amaneramiento romántico que Cánovas quiere atribuirle.

Como no podía menos, á las pocas páginas del prólogo, Cánovas se mete en escena, y nada menos que para representar el papel de dios *Pan*.

«No nos tropezamos, dice, en la vida él y yo sino una vez sola (ya verá el lector que no hubo

tal tropiezo ni tropezón), que fué allá en los comienzos del reinado de D. Alfonso XII, cuando un tribunal de oposiciones le dió el primer lugar en la terna (á Revilla, no á D. Alfonso XII), formada para proveer la cátedra de Literatura de la Universidad de Madrid. Pudiera aquel Gobierno, presidido por mí, en uso de su derecho, á la sazón indisputable, *vacilar* (¿el derecho de vacilar? ¿qué derecho es ese? por lo visto llama Cánovas vacilar á quitarle á un primer lugar su cátedra. Dígalo yo, uno de los *vacilados* por el conde de Toreno); mas no vació un punto, y en circunstancias todavía bien críticas (¿críticas también para la literatura dinástica? ¿qué valor de hombre! ¿darle una cátedra á Revilla, y de literatura, en circunstancias todavía críticas! no le hay como él, como Cánovas), aconsejé yo mismo su nombramiento.»

Lo gracioso es que, si no recuerdo mal, en las tales oposiciones no quedó más opositor que Revilla; es decir, que no fué el primer lugar solo, sino el primero y el único. ¡Oh magnanimidad de Cánovas! ¡Darle la cátedra al único propuesto! Y aunque fuera el primero y hubiera más, ¡vaya un favor para recordado, y vaya una delicadeza el recordarlo en tal ocasión, aunque fuera un favor!

Por lo demás, el Sr. Cánovas añade que le dió la cátedra porque, aunque era Revilla repu-

blicano fogoso (¿qué había de ser fogoso?), nada tienen entre sí que ver la literatura ó la ciencia por oficio y para todos profesada, y la preferencia individual respecto á forma de gobierno. ¡Hola! ¡hola! Bonita confesión; y entonces, siendo así, ¿por qué se postergó á tantos primeros lugares y se persiguió á tantos catedráticos que no hacían más que profesar para todos la ciencia? ¿Es que una cátedra de farmacia tiene más relaciones que la literatura con la forma de gobierno? Pero, en fin, todo esto ya es viejo y no importa á mi asunto. Allá se las hayan Cánovas con su conciencia y Toreno con su abdomen.

Como si la tarea que se le había encomendado fuera disculpar á Revilla ante los fanáticos católicos, procura D. Antonio encontrar un resquicio por donde salvar al famoso crítico librepensador y francamente positivista, de la nota de descreído. ¿Con qué derecho se atreve el Sr. Cánovas á emprender estos juegos de funambulismo en materia tan delicada?

Era Revilla, y fué siempre, librepensador, y claramente partidario de la ciencia positiva, sin admitir en ella elementos metafísicos; y sea lo que quiera de este modo de pensar, como lo había adquirido por espontánea reflexión con pura conciencia, no hay para qué ocultarlo como si fuese pecado. ¿Cree el Sr. Cánovas que Revilla

necesita estos *ripios*, estos fingimientos y sensiblerías adocenadas de que se compone el crédito filosófico de D. Antonio?

Siento mucho que la necesidad de llegar ya al fin de este folleto no me consienta examinar más despacio este prólogo, donde Cánovas pretende en vano penetrar en un espíritu tan diferente del suyo.

Sólo con ver lo que dice para negar que Revilla fuese ya un maestro en la oratoria, tendríamos para rato y para reír á mandíbula batiente. ¡Ah, Sr. Cánovas! Era mucho mejor orador que usted; académico, es claro: ¿qué otra cosa había de ser? Lo único que le faltó para orador político fué... ser diputado. ¡Y qué cosas le hubiera dicho á usted en las Cortes si se hubiera tropezado, como usted dice, allí también! Figuremonos que un día, irritado usted por algún epigrama de Revilla, le echaba en cara el favorcillo ese de que habla en el prólogo, el de no vacilar en darle la cátedra. ¡Virgen Santísima, las cosas que hubiera usted oído!

Podavía faltan varios prólogos (tres por lo menos) y otras muchas materias; no le conviene al editor que este folleto sea de doble volumen del que tendrá dejándolo aquí, y por consiguien-

te, necesitando yo bastantes páginas para concluir, me veo en el triste deber de dejar cortada la tela y en suspenso este análisis psicológico-literario del Sr. Cánovas y de su tiempo.

Por cierto (que de su tiempo apenas he dicho nada. En rigor, lo único que habría que decir es que su tiempo no es tan bobo como Cánovas se figura, y que no las traga como ruedas de molino. Pero ya que he de emplear otro folleto en este ingrato asunto, allí compararé al monstruo con sus súbditos; quiero decir, con todos nosotros y hasta con los extranjeros. Perdonen ustedes si por los motivos indicados, *Cánovas y su tiempo* se ha partido en dos. Acaso no será la segunda parte de este folleto la materia del próximo, porque tanto Cánovas seguido aburre, y hay asuntos de actualidad que nos están llamando, v. gr., *Los Pazos de Ulloa*, muy hermosa novela de Emilia Pardo Bazán, y la famosa cuestión de *Miguel Escalada y los Académicos*, que tiene más importancia de la que pueden darle, para la malicia, las tristes personalidades.

De todas suertes, prometo á mis lectores que sea inmediatamente ó no, la segunda parte de *Cánovas y su tiempo*, se publicará. ¡Ya lo creo que se publicará!

XI

DOS CARTAS

Escrito lo anterior, recibo una carta de un amigo que ha visto en Madrid las pruebas de este folleto, y me dice:

«Amigo Clarín: He leído gran parte de tu *Cánovas*, y aunque estamos conformes en el fondo, me parece que en la forma te has extralimitado. El que prueba demasiado, no prueba nada. Empiezas bien, reconociendo que Cánovas es un hombre capaz de continuar siéndolo, á pesar de presidir tantos ministerios; pero después se te va la burra, como suele decirse, y no sólo te apasionas y rebajas su verdadero mérito (el de Cánovas, no el de la burra), sino que á veces te sales de la literatura y vienes á llamarle poco delicado, y mal amigo, y mal intencionado, y cruel y tirano, con otra porción de cosas feas que, por lo menos, están fuera de su sitio. ¿Qué adelantas con tratar á Cánovas así? Nadie te creará; á él, si lee tu folleto, le darás una mortificación que, por pequeña que sea, es cruel por lo inútil, y á ti mismo te expones á que te

quiera mal, y cuando pueda te perjudique, un hombre de grandísima influencia....»

A esta carta he contestado yo con esta otra:

«Amigo Fulano: Es difícil, tratándose de Cánovas, separar su literatura de sus buenas ó malas intenciones; porque él, como literato, apenas tiene más que la intención, mala ó buena. Siempre he huido; al atacar á un escritor, de personalidades ajenas á sus escritos ó á su talento; si ahora no lo he conseguido, culpa, no á mi voluntad, sino á la torpeza de mi ingenio y á lo enmarañado de las letras canovísticas. Separar á Cánovas literato de Cánovas monstruo, es casi imposible, y además no se debe hacer, aunque se pueda, si se quiere conservarle toda su originalidad. Lo dicho, dicho está, pues. Pero advirtiéndome que reconozco en D. Antonio ciertas buenas cualidades morales, de que no hablé antes porque no venían á cuento. Porque una de ellas viene ahora, hablo de ella. Supones tú que puede Cánovas leer este folleto y sentir mortificación y procurarme algún disgusto. Nada de eso. Ni Cánovas leerá este folleto, ni, caso de leerlo, sentiría el más leve rasguño, ni caso de sentirlo, me procuraría el menor disgusto. No le conoces. Cada cosa en su sitio. D. Antonio, suponiendo que sepa de mi humilde existencia, me despreciará altamente, como dice *La Época*;

además, él no lee papeluchos de gacotilleros; y por último, ha dado pruebas siempre de no perseguir á los que personalmente le atacan, si se contienen en los límites en que yo me contengo.

Y viniendo á lo más importante, te digo que, ó no has entendido mi folleto, ó haces como que no lo entiendes. ¿Que pruebo demasiado y por tanto nada? ¿Que rebajo el mérito de Cánovas? No lo creas. Todo es cuestión de medida. Cuenta Odisse-Barot en sus *Cartas sobre Filosofía de la Historia*, que cierto monsieur, no sé cuántos, una especie de D. Manuel Barzanallana francés, tenía la manía de medir todos los monumentos públicos que visitaba, y las plazas, los paseos, las montañas, las calles, etc., etc.; en fin, la manía del marqués que suele presidir el Senado. Pero es el caso que el buen burgués media catedrales, estatuas, castillos, teatros, etcétera, etcétera, con su paraguas; y así, decía: «la torre de la catedral de Strásburgo tiene tantos cientos de paraguas; y tantas docenas de paraguas hay desde el Capitolio hasta la roca Tarpeya, por ejemplo.»

Pues los admiradores de Cánovas son como el franchute del cuento; como él, miden á su hombre con el paraguas, y resulta que es un monumento de muchos paraguas cuadrados.

Pero yo, como veo que Cánovas se tiene y los suyos le tienen por una octava maravilla, por

algo así parecido al faro de Alejandria ó á las Pirámides de Egipto, le mido como Herodoto media la torre de Belo y otros monumentos babilónicos; le mido... por estadios.

Y Cánovas, amigo mío, tendrá todos los cientos de paraguas de Barzanallana que se quiera; pero lo que es estadios, no mide ni siquiera uno.

Y ya que hablo de sus dimensiones, diré, para terminar, que es *estrecho*, y mucho más *largo* que *profundo*.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

ÍNDICE

	<i>Páginas.</i>
I.—Cánovas transeunte.....	5
II.— <i>Intermezzo lírico</i>	13
III.—Cánovas poeta.....	16
IV.—Cánovas <i>latente pensante</i>	25
V.—Cánovas novelista.....	53
VI.—Cánovas historiador.....	68
VII.—Cánovas orador.....	74
VIII.—Cánovas político.....	80
IX.—Cánovas pacificador.....	80
X.—Cánovas prologuista.....	80
XI.—Dos cartas.....	101

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBROS REMITIDOS POR AUTORES Ó EDITORES

Menéndez Pelayo.—*Historia de las Ideas Estéticas en España*.—Tomo III (siglo XVIII); volumen II. Madrid.

Pérez Bonalde.—*El Cancionero (Das Buch der Lieder)*, de Heine: traducción directa del alemán. New-York.

Cánovas del Castillo.—*La Campana de Huesca*. Madrid.

Julien Lugat.—*Doña Perfecta*, de Pérez Galdós: traducción francesa. París.

Andrés Borrego.—*El General Riego*.—*El Duque de Valencia*.—*Conferencias históricas*. Madrid.

Sinesio Delgado.—*La seña Condesa*, juguete cómico. Madrid.

Antonio Guitéras.—*La Eneida*: traducción en verso libre castellano.—Dibujos de Apeles Mestres. Barcelona.

Enrique Sepúlveda.—*La vida en Madrid*. Madrid.

Felipe B. Navarro.—*La Mariposa*, de Oller: traducción en castellano. Barcelona.

Poló y Peyrolón.—*Solita*. Valencia.

Morales Ferrer.—*La religión del amor* (poesía). Madrid.

Emilio Cotarelo.—*El Conde de Villamediana*. Madrid.

Florete.—*Bastonazos* (poesías). Valladolid.

Ginés Albetola.—*A orillas del Rhin*.—*Leyendas suizas*. Madrid.

Jurado de Parra.—*Diego* (poema). Madrid.

López Bago (Eduardo).—*La Torería: Luis Martínez el Espada*. 1887.

Carlos Frontaura. — *Las Tiendas*, cuarta edición aumentada. 1886.

Almanaque de la Ilustración Española y Americana, para 1887. Madrid.

Martí Miquel. — *El Libro del Oriente* (poesías de autores extranjeros, puestas en rima castellana). Madrid.

El mismo. — Poemas de los principales autores extranjeros. Madrid.

El mismo. — *Granos de oro* (poesías de los principales autores extranjeros). Madrid.

El mismo. — *Noches* (libro en verso original). Madrid.

Rodríguez Alba. — *Religión ó fanatismo?* (drama en tres actos y en prosa). Madrid.

Emilio Bobadilla. — *Reflejos de Fray Candil*. Habana.

Joaquín Valverde. — *La flauta* (su historia, su estado). Madrid.

Emilia Pardo Bazán. — *Los Pazos de Ulloa* (dos tomos). Barcelona.

Suplico á los autores y editores que habiéndome remitido alguna obra, no la vean citada en la lista anterior, me perdonen este olvido, que procuraré subsanar, si lo advierto ó me lo advierten, en el próximo folleto.

De todas las obras que reciba el autor de estos folletos, se dará cuenta en ellos; pero sólo se promete una sencilla noticia.

FOLLETOS LITERARIOS

III

APOLO EN PAFOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

El derecho y la moralidad.
Programa de economía.

Solos de Clarín (3.^a edición).
La Literatura en 1881 (en colaboración), 3.^a edición.
La Regenta (novela), dos tomos.
... Sermón Perdido (2.^a edición).
Pipá (novelas cortas).
Nueva campaña.

Alcalá Galiano, El Período constitucional (conferencia.)

EN PUBLICACIÓN

Folletos literarios. I Un viaje á Madrid (publicado).
II Cánovas y su tiempo (Primera parte) (idem.)

EN PREPARACIÓN

Una mediatía (novela).
Esperaindeo (novela).

FOLLETOS LITERARIOS

III

APOLO EN PAFOS

(INTERVIEW)

POR CLARÍN

(LEOPOLDO ALAS)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.

1887

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

El derecho y la moralidad.
Programa de economía.

Solos de Clarín (3.^a edición).
La Literatura en 1881 (en colaboración), 3.^a edición.
La Regenta (novela), dos tomos.
... Sermón Perdido (2.^a edición).
Pipá (novelas cortas).
Nueva campaña.

Alcalá Galiano, El Período constitucional (conferencia.)

EN PUBLICACIÓN

Folletos literarios. I Un viaje á Madrid (publicado).
II Cánovas y su tiempo (Primera parte) (idem.)

EN PREPARACIÓN

Una mediatía (novela).
Esperaindeo (novela).

FOLLETOS LITERARIOS

III

APOLO EN PAFOS

(INTERVIEW)

POR CLARÍN

(LEOPOLDO ALAS)

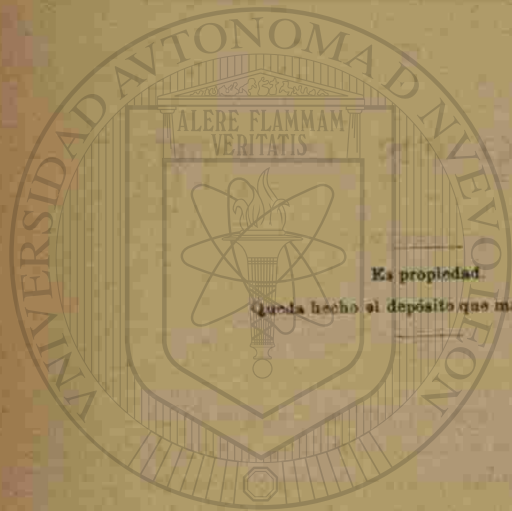
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.

1887



Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



APOLO EN PAFOS

(INTERVIEW)

I

Conoci que era mi hombre, quiero decir, mi dios, en que almorzaba una tortilla de hierbas. Una asidua y larga observación me ha hecho adquirir la evidencia de que todos los personajes á quien cualquier periodista noticiero quiere sacar las palabras del cuerpo, se dejan sorprender siempre almorzando tortilla de hierbas, ó, á todo tirar, huevos fritos. Ignoro la ley que preside á este fenómeno constante; apunto el hecho y prosigo.

Almorzaba tortilla de hierbas el dios Esmin-teo, el que lanza á lo lejos las saetas de su arco de plata. Buenos sudores me había costado dar con él. Al fin le tenía frente á frente, á dos va-

ras, sentado en una especie de *drifos* ó *clismos* con pies de madera en forma de tenazas abiertas, delante de una mesa ricamente servida á la europea moderna, sin que hubiera allí nada que no pudiera ofrecer Lhardy, á no ser un queso helado de ambrosia legitima que estaba diciendo *comedme*. Miento: también había en una caja de latón una substancia amarillenta que, según después supe, era *foie-grass* de poeta quintanescó degollado en el momento crítico de inflarse para cantar al mar, ó al sol, ó á Padilla, ó á Maldonado... ó al inventor del hipo. Alrededor de la mesa había varios *tronos* y lechos ó *clinas* vacíos. Apolo almorzaba sólo aquel día, porque se había levantado tarde. Cuando yo entré en el comedor estaba el dios de Delfos sin más compañía que la de Ganimedes, que Júpiter había prestado á Venus por unos días, mientras ella pasaba con sus huéspedes una temporada en Pafos. Ganimedes vestía casaca con los colores y las armas de Afrodita; los colores eran: carne con polvos de arroz y vivos escarlata; las armas tan indecorosas, que no se puede decir á un público cristiano y moderno cuál simbolo allí se ostentaba rapante en campo de gules. En cuanto al dios de Tenedos, estaba en mangas de camisa y lucía tirantes; por cierto que uno, desprendido, le caía por detrás hasta el suelo. El pantalón, corto y estrecho por abajo era

del mejor paño inglés. Los zapatos, de punta cuadrada, eran de charol y tenían lazos. Se le veían unos calcetines de color de oro viejo con lunares negros. La camisola, blanca, reluciente y muy planchada, lucía cuello muy alto, con picos doblados. Era un guapo mozo, en fin; tal como le conocemos todos. Si Crises, su sacerdote, le hubiera visto en tal momento, declararíala que no había pasado día por él.

Yo entré con el sombrero en la mano, con paso tardo, y, valga la verdad, un tanto turbado. Al atravesar el umbral recordé de repente que en mi niñez, en mi adolescencia y en mi primera juventud había escrito miles de miles de versos, no tan malos como decían mis enemigos, que conocen de ellos una pequeña parte, pero al cabo capaces de sacar de sus casillas al dios de la poesía, aunque fuera éste de un natural menos irascible del que en efecto le caracteriza, como dicen ahora los estilistas.

En aquel momento creía que se me llamaba y emplazaba para eso, para condenarme á garrote vil por poetastro; pero el rostro risueño y bondadoso del dios de Claros, y su mirada límpida y cariñosa me tranquilizaron en seguida. Sin duda, pensé ya sereno, debe de ser para otra cosa, porque mis delitos poéticos ya han prescrito.

Apolo inclinó la cabeza con cierta afectación,

imitando á su padre Júpiter, como tuve ocasión de observar después; y con una mano blanca, larga, fina, de uñas rosadas y abarquilladas, largas y limpias, me indicó que tomase asiento á su lado, en un *drifos* que acercó Ganimedes sonriendo. Por cierto que el tal Ganimedes (entonces yo no sabía quién era) se me antojó, por su carilla frescachona y sin asomo de barba, de una expresión infantil, enojosa á la larga, se me antojó, digo, un genio prematuro de esos que suelen asomar la cabeza en el Ateneo de Madrid cada jueves y cada martes.

Apolo, con el bocado en la boca y siempre sonriendo, me miró, dispuesto, se conocía, á decir algo, en vista de que yo no decía nada, en cuanto le pasara aquello del gazzate.

—¿Con que usted es el señor?...

—Clarín, para servir á V. M. O. (Vuestra majestad olimpica.)

—¡Oh! tanto bueno por aquí... Clarín, Clarín, el Sr. Clarín, vaya, vaya...

En el modo de decir todo esto, se conocía que Apolo no sabía ó no recordaba quién era yo. Entonces, ¿para qué me ha llamado? pensé.

—¿Y á qué debo el honor?... prosiguió el dios.

—V. M. O...

—Apee usted el tratamiento; llámeme usted de usted, y yo le llamaré á usted de tú.

—Corriente. Como usted me ha llamado por

medio de una citación en forma, que tuvo que firmar un vecino por no estar yo en casa...

—¡Una citación! ¡Una citación mía!... Esas son cosas de Hermes.

—¿De quién?

—De Mercurio, que le hace la rosea á Temis.

—¿A Themis?

—No, hijo, no; á Temis, sin h, en buen castellano. Pues sí; Mercurio obsequia á Temis y quiere tenerla contenta y todo me lo envuelve en papel sellado y en forenses fórmulas. ¿Conque te han citado?

Y yo que te tomaba por un *reporteur*, por un noticiero de periódico que venia á tirarme de la lengua! Vaya, vaya. Conque una citación. Vamos á ver, y qué has robado ¿alguna novelilla, eh?

—Señor, yo soy incapaz...

—Eso es una excusa ciertamente.

—¿El qué?

—El ser incapaz. Es claro, el que es incapaz de crear, roba; es natural.

—Señor, no nos entendemos. Digo que soy incapaz de robar nada á nadie.

—Bueno, llamémoslo plagiar.

—Tampoco; no, señor, yo no admito el plagio.

—Pues entonces, ¿por qué se te cita?

—Eso es lo que yo ignoro. Lo que puedo decir es que se me ha hecho venir de justicia en justicia buscando á V. M. O.

—Apea...

—Bien, buscándole á usted. Primero al Helicón; no estaba usted; después á lo más alto del Olimpo; Juno nos echó de allí á escobazos, diciendo que era usted un perdido como su padre, y que andaría probablemente á picos pardos. Por cierto que la diosa lucía unos brazos de rechupete y unos ojos como puños...

—Ya sabes que Hera no me puede ver.

—¿Quién?

—Juno, hombre. Nos aborrece á mí y á mi buena madre Latona, de quien está celosa como un poeta lírico.

—Después me llevaron al Pindo y al Parnaso, y nada, no parecía usted. Sé alargó el viaje y estuvimos en Delfos y en Tenedos, ¡qué se yo! por fin encontramos á Baco, que se estaba emborrachando en medio del mar Egeo, á bordo de una *tríera*. Los remos batían pausadamente las olas de color de vino tinto; había contraste, el Sudeste y el Sudoeste, alias el Euro, y el Noto, formaban espuma de púrpura sobre el lomo de las rizadas ondas.

—Vamos, ya sé por qué es la citación. Tú debes de ser un novelista cursi, de esos que lo describen todo, venga ó no á cuento...

—No, señor, todo lo dicho es pura broma; yo no soy de esos. El caso es que Baco me dijo que le había visto á usted pasar por aquellas nubes

escalonadas, de amaranto y oro, que iban deslizándose en procesión ciclópea hacia el abismo de fuego de Occidente; y dijo, otrosí, que le acompañaban las Musas y Mercurio. Le preguntamos que adónde iría usted, y nos contestó que á dar la vuelta al mundo, para amanecer en Chipre, donde le aguardaba Venus en su bosque de Pafos; Venus, con quien usted, mal que pesara á Marte y á Vulcano, estaba ahora metido. Metido dijo.

—Ese Dionisos nunca ha tenido educación; al fin, bárbaro.

—Y aquí hemos venido; los alguaciles quedan á la puerta y yo aguardo mi sentencia, si bien quisiera saber antes la culpa; pero no se apure usted por eso, porque español soy, periodista he sido en tiempo de conservadores, y entiendo mucho de llevar palos sin conocerles la filosofía.

—Pues, hijo, si no vienes ni por plagiarlo, ni por prosista descriptivo, deben de haberte tomado por otro. A ver, Ganimedes, manda que busquen á Mercurio (sale Ganimedes); y á ti, mientras tanto, para quitarte el susto, te daré tierra.

—¡Cómo tierra, señor! (Poniéndome en pie, lívido.)

—Un vaso de tierra, hombre.

—Prefiero el Valdepeñas...

—Pero fíjate en que el tierra aquí es... Chipre.

—No me hacia cargo. Venga tierra. (Bebo.)

Entró Hermes, buen mozo también, con todos los atributos de su cargo, y Apolo le preguntó, con tono de mal humor, por qué se me habla detenido y citado, y lo demás que se había hecho conmigo.

A lo que Mercurio dijo:—Este caballero se ocupa en escribir y publicar unos folletos literarios en que, como Dios le da á entender, pretende examinar, burla burlando, ó serio como un colchón, según sople el viento, los productos literarios de su país, y aun algunos de los más notables del extranjero. ¿No es esto?

—Eso y más me propongo; v. gr...

—Es el caso que el último folleto de este señor se titula *Cánovas y su tiempo*, y el tercero...

—Que ya está en prensa...

—El tercero no debe hablar de Cánovas, porque dicen las Musas que ya están hartas de Monstruo y que corre más prisa decir algo de las novedades literarias del país. Para esto se le ha llamado, para mandarle dejar en prensa, por ahora, la segunda parte de las aventuras literarias del cantor de Elisa ó Luisa, y dar á luz cosa de más variedad y de actual interés.

—¿Dónde están ahora las Musas? preguntó

Apolo, limpiándose los labios con la servilleta. (Es de notar que en cuanto Hermes nombró á las Nueve, en el rostro del hijo de Latona se pintó una expresión de tedio y antipatía.)

—¡Las Musas! dijo Mercurio; están cantando un coro en el gineceo.

—¿Un coro, eh? ¡Estoy de Musas hasta aquí! exclamó Apolo, volviéndose á mí con tono confidencial y señalando con la mano la mitad de la frente, para indicar hasta dónde estaba de Musas. ¿Conque un coro? Si parecen el *ejército de la salvación*, ó, como dijo un traductor español, la *armada de la salud*. Ahí vendrán; ya verás que fachas. Todas parecen inglesas literatas, sensibles á los encantos del arte y de la virtud... ¡Puf! ¡Dios nos libre de las mujeres instruidas y *esteticistas*, y por contera pias y castas! Y no puedo huir de ellas; así no se me logra aventura. Entre ellas y mi hermanita la *casta diva*, Diana cazadora, me han hecho mal de ojo, y por su culpa perdí á Dafne y maté á Jacinto, y me puse en ridículo en mil empresas amorosas. ¡Ya se ve! No hay mujer ni diosa que se entregue á un dios acompañado de nueve *basbleues*, que vienen á ser como nueve cuñadas literatas. ¡*Re-Júpiter!* Aquí me tienes, hombre, en casa de Venus, en la preciosa *villa* que ha levantado sobre las escondidas ruinas de su templo de Pafos la sin par Afrodita; pues fué

en vano que quisiera escapar por unos días á la vigilancia y á las sabidurías de las nueve hermanas que Zeos, mi padre, confunda. Venus me habia invitado á mi solo, es natural; pues á pesar de decir en la carta que me mandó por Iris: «Amigo Apolo, te espero en Pafos, donde pienso pasar una temporada; tráete á Mercurio, si sus muchas ocupaciones se lo consienten; pero nada de Musas, ya sabes que me empalagan; además, supongo que tú también desearás perderlas de vista por algún tiempo; si queremos cantar, ya cantaremos bajito tú y yo solos,» etc., etc. á pesar de este desaire manifiesto, aquí las tienes á todas ellas... á todas, sin excepción del marimacho de Urania la cosmógrafa, ni siquiera de la insoportable catedrática Polimnia, jamona insoportable, Licurga de mis pecados, capaz de hacer ascos al plato más sabroso si en el *menu* aparece con una falta de ortografía. Las menos malas son Euterpe, y Erato y singularmente Terpsicore; las demás... ¡fuego en ellas! Café, Ganimedes.

Yo miraba espantado al divino orador, y pasaba los ojos de él á Mercurio, como pidiendo á éste una explicación de lo que oía. Notó Hermes el gesto, porque guiñóme un ojo, y disimuladamente llevó á una sien un dedo, dando á entender que al dios Esminteo le faltaba un tornillo.

—¿Qué opinas tú de las hembras literatas y sabihondas?

—Señor, contesté un poco turbado; yo... creo... que... subjetivamente... no le falta motivo á V. M.

—¡Qué majestad, ¡hombre! Vaya una majestad que no puede echar una cana al aire sin ofender los castos oídos y los castos ojos de nueve coristas del ejército de la salvación... ¡Todas son cuákeras! El Parnaso se ha convertido en una capilla protestante; el Olimpo ya no es la mansión de los dioses alegres, ni Cristo que lo fundó; ahora, á un poeta, aunque sea un dios, le piden la cédula de comunión ó un ejemplar de la Biblia sin notas, según los gustos. La castidad ha matado á la inocencia. Un crítico francés ha combatido á Víctor Hugo, después de muerto el poeta, llamándole viejo verde; ha querido quitarle gloria, atribuyéndole vicios; se confundió el arte con la policía; á mí, á mí, con ser quien soy, se me espía, se me siguen los pasos; y en esta misma quinta alegre y risueña, donde parece que todo debiera ser inocente juego, cándido placer, armoniosa amistad, abandono místico, aquí hay un infierno de intrigas y murmuraciones, delaciones y sospechas, y se habla de acusarme ante mi padre para que otra vez me vea cuidando bueyes en los apriscos del rey Admeto. ¿Y todo por qué? Porque Venus me gusta

más que Minerva; porque me aburren los negocios literarios, según los entienden hoy los dioses y los hombres, y prefiero vivir con Venus, cantando bajito á su lado, como ella dice.

Ya sabes que el dios Momo, cierto día de asamblea celestial, me condenó, con la autoridad de Júpiter, á escoger entre mis varias profesiones de adivino, citarista y médico; pues bien: yo escogí la citara; pero, según se han puesto las cosas, ya reniego de la elección, y casi casi estoy decidido á colgar la lira y á dedicarme á una especialidad cualquiera del arte de curar. Si no fuera por lo que me apestan los literatos que abusan de la fisiología y de la terapéutica y de la patología, médico me declaraba... En fin, no sé lo que me digo; pero lo que juro es que Venus vale más y merece más consideraciones que todas las Musas juntas.

Dijo, y poniéndose en pie de un brinco, arrojó con impetu la servilleta sobre el mantel, dió un puntapie al taburete, que no sólo en Madrid se llama así cuando es asiento sin brazos ni respaldo (diga lo que quiera la Academia), se abrochó el tirante que colgaba de un solo botón, y salió del comedor, gritando:

—¡Vuelvo!

II

—El pobre está un poco *chiflado*, dijo Hermes sonriendo; y después de sentarse sobre un *triclino*, cruzó una pierna sobre la otra y se puso á apretarse los tornillos de las alas que le adornaban el talón de oro.

—No lo entiendo yo así, me atreví á decir. Más bien creo que hay un sentido profundo y como simbólico en las palabras y hasta en el humor de Apolo.

—Puede. Mercurio encogió los hombros, dando á entender que le interesaba poco la conversación y que nada sabía de símbolos.

Se oyó ruido de faldas. Por la puerta por donde habia salido Apolo entró una dama vestida como una de esas inglesas que representan el hermafroditismo entre el pastor protestante y la monja callejera, y que tienen también algo del comisionista.

—Si tienes ganas de discutir, ahí está nuestra muy amada y puntillosa Polimnia, que no sabe hacer otra cosa.

Así dijo Mercurio, poniéndose en pie y saludando con afectación á la musa de la Retórica. La cual, con un gesto displicente, dió á entender á Hermes que le despreciaba.

Y por si no lo habla entendido, exclamó:
— ¡Mercachifle!
Fijó en mí sus ojos verdes con pintas, ojos de miope, cargados de lectura, ojos de esos que á todo hombre de letras, miope también y cansado de leer, deben de darle náuseas cuando los encuentre en el rostro de una mujer. Polimnia, aunque vestida más con sotana que con falda (pues de vestiduras griegas no hay que hablar, porque todos los dioses y diosas han adoptado la indumentaria europea moderna); digo que Polimnia, aunque nada elegante en el traje, era una hermosura clásica, algo ajada, eso sí, pero correctísima; ¡lástima que la palidez de la piel y la frialdad de la expresión en todas sus facciones, amén de la cargazón de los ojos, la hiciesen poco menos que de aspecto repulsivo! Sus gestos y ademanes eran hombrunos; pero pudiera decirse que no de hombre vigoroso, sino de enclenque varón de vida sedentaria, de bufete, enfermizo, nervioso. Lo peor era la mirada; cada vez que la clavaba en mí, se me figuraba estar examinándome de diez asignaturas á un tiempo, y además sentía la inexplicable aprensión de que la dama debía de estar mareada de tanto leer, condenada á dispepsia y jaqueca perpetuas. En presencia de Polimnia, toda idea de relación sexual parecía absurda; no sólo no se le atribuía sexo, sino que se experimentaba como un dispa-

ratado temor de haber perdido el propio; aberración que producía intenso malestar. A pesar de todo, aquella Musa inspiraba una profundísima compasión, no se sabe por qué.

Era antipática y atraía. *Qui potest capere, capiat.*

Polimnia me saludó con una leve inclinación de cabeza, y volviéndose hacia la puerta, dijo con voz estridente:

— ¡Pase usted, caballero!

Y entró en el comedor D. Manuel Cañete.

— Ganimedes, avisa á Apolo, gritó la Musa.

Ganimedes, visiblemente contrariado, como dicen en las novelas, inclinó la cabeza y salió.

Sentóse la Musa en un tronos, y dirigiéndose á Cañete, que estaba ante ella de pies, exclamó:

— ¡Es usted el crítico pulcro, atildado, castizo, clásico, académico?

— Señora, tanto honor...

— Lo que es usted, un covachuelista perdido para los expedientes.

(Estupefacción en Cañete.)

— Usted se cree literato... y en rigor no lo es. Usted ha leído libros y no sabe dónde. ¡Leer! ¡Leer! ¡Cree usted que basta con eso? El caso es entender, sentir, reflexionar con espontánea reflexión. Se juzga usted un crítico en libertad, y se ha pasado la vida entre las cuatro paredes de

una jaula. Sobre todo, á usted le falta el sentido de lo bello, como á otros el del olfato; confunde usted la hermosura con la policia urbana. Para usted, una comedia ya es digna de recomendación en cuanto el autor no se propone envenenar á nadie... No me interrumpa usted. Basta de acusaciones generales, y vamos al grano.

Polimnia sacó de una cartera un libro de pocas páginas y se puso á leer en voz alta versos que, valga la verdad, tenían poco de agradables. Era aquello una comedia estrenada en Madrid en el teatro de la Princesa á fines de 1886, obra de un joven simpático, modesto, por lo menos hasta entonces, y digno de que la crítica no le engañase miserablemente alabándole un ensayo dramático plagado de incorrecciones, de intriga — si aquello era intriga — maposeada, casi pueril y de todo punto anódina por la manera de ser tratada. Ni aquel ensayo demostraba en el autor dotes de poeta dramático, ni se concebía cómo la crítica había podido seguir los impulsos de la benévola y descuidada gacetilla que había puesto por las nubes semejante cosa. Polimnia leía versos y más versos de un diálogo en el que era difícil — valga ahora también la verdad — seguir el pensamiento de los interlocutores, que se interrumpían mutuamente para decir á su vez frases cortadas por puntos suspensivos. Los ripios eran de tal calibre, que hacían reír al mismo Mercurio,

el cual solía prestar poca atención á las lucubraciones literarias. Abundaban las frases pedestres, de una vulgaridad molesta, repugnante, los dicharachos callejeros que no deben llevarse jamás al verso, y menos al del teatro; las pocas veces que el autor vencía en la lucha por el consonante, era no más para decir trivialidades en forma prosaica ó en metáforas consistentes en ripios ó en prendas de guardarropía, ó todo junto. Abundaban las incorrecciones gramaticales, los solecismos más estupendos especialmente, y la propiedad de las palabras andaba por los suelos. Y con todo esto, aún había allí algo peor, y era la pobreza de concepto y de frase, y algo peor todavía, la insignificancia de todo aquello, la ausencia total de vida, la tristeza lóbrega que causa la buena voluntad haciendo esfuerzos inútiles por suplir el ingenio y la habilidad artística con recursos extraños á la naturaleza de la poesía. Polimnia, la Musa de la Retórica, no pensaba en aquel momento en el autor bien intencionado; trituraba la comedia, en los comentarios que iba haciendo, como si fuese ella, Polimnia, hembra sin entrañas. Y dicho sea en honor suyo, aquella hermosura fría de sus facciones tomaba expresión y calor de pasión noble y comunicativa, según se engolfaba en su discurso. Hasta Hermes comenzó á mirarla con interés. Cañete sonreía, con la cabeza un poco torcida, en señal de

irónico respeto; parecía estar esperando una pausa de la irritada y elocuente Musa para meter la meliflua cucharada y anonadar á la diosa del Pindo, en buenas palabras, con los eufemismos de ordenanza y con la cortesía á que juzgaba acreedora á Polimnia por Musa y por hembra. Y vociferaba ella:

— ¡En mí no hay encono de ningún género! ¿Por qué he de querer yo mal á este joven, á quien ni de vista conozco; que, según he oído decir, ha dado en otras ocasiones pruebas de discreción y buen gusto? ¿Qué ha hecho una comedia mala? ¿Y qué? Una de tantas. Tampoco me irritó contra los gacetilleros, que no son más que un eco material de las galerías... en las que incluyo los palcos y las butacas. Mi cólera descarga sobre la crítica, sobre usted singularmente, Sr. Cañete, que, diciéndose representante de la censura ilustrada, concienzuda, basada en principios científicos, en severa disciplina retórica, en erudición escogida, en la sabia experiencia de lo selecto, en la parsimonia prudente y justiciera del crítico ducho en tales juicios y de sangre fría, gracias á los años, se ha dejado llevar como los demás por la corriente de la opinión impuesta, no se sabe cómo, ni á punto fijo por quién siquiera, y ha elogiado *La fiebre del día*, y ha pronosticado para su autor triunfos, laureles, y hasta ha copiado con fruición

versos y más versos de la comedia infeliz, sin pararse á ver que lo mismo que copiaba era mala prosa disfrazada de poesía. Sr. Cañete, usted que habla de decadencia del arte y recuerda los tiempos de los Comellas á cada paso, ¿por qué un día y otro día elogia obras dramáticas incorrectísimas, anodinas, absurdas por lo insustanciales, símbolos de la nada artística? ¡Señor Cañete!...

La musa echaba espuma por la boca; y como se puso en pie de un salto y dió un paso hacia el crítico académico... Hermes y yo temimos que le quisiera pegar.

— Sosiéguese usted, señora, me atrevi yo á decir; este caballero no lo ha hecho por mal.

— ¿Y usted quién es?

— Señora, yo soy Clarín, el gran agradador de todos los Segismundos; y me gusta ver cómo va por la ventana el palaciego que lo merece; pero en esta ocasión, ni se trata de palaciegos, ni el caso es para tanto...

— ¿Ha visto usted esta comedia?

— No, señora, yo no veo comedias nuevas hace algunos años, en buena hora lo diga, á no ser por rara excepción; y de alguna que vi me pesa, porque al autor le pareció mal que su obra no me hubiera parecido bien, ni medio bien; y me mandó dos padrinos para preguntarme si le había querido ofender, y yo le mandé otros dos

(porque hay que vivir con el mundo, y donde fueres haz lo que vieres) para que dijesen á los otros que no; que qué había de querer ofenderle; que Dios me librase. Ya ve usted, no se puede ver comedias.

—Pero al menos, ¿ha leído usted ésta?

—Sí, señora; el autor tuvo la amabilidad de mandármela al pueblo...

—¿Conoce usted al autor?

—De vista no; pero sé que es un buen muchacho, amante del arte, capaz de comprender que la crítica teatral en Madrid es cosa perdida. Si usted le llamara, y con buenos modos le fuera haciendo notar los defectos de su comedia...

—¿No cree usted que estará envanecido con los aplausos de estos señores?

—No lo creo; aunque no tendría nada de particular... porque tales han sido las alabanzas... Sin embargo, este caballero, á quien no tengo el honor de tratar, ha sido de los más parcos en el elogio.

—¿Cómo? ¿Le parece á usted poco lo que dijo?

—No, señora; me parece demasiado; pero otros han dicho mucho más.

—Pero esos tienen menos autoridad, y no están obligados, como éste, á saber lo que es escribir en verso...

—Señora, ¿se me permiten dos palabras? pre-

guntó Cañete con una humildad, tal vez aparente, pero de todos modos de muy buen ver.

—Diga usted lo que quiera, pero sin imitar á los que imitan á los clásicos y sin rodeos y sin preámbulos... Porque esa es otra: escribe usted unos artículos que todo se vuelven introducción y decir qué es lo que vamos á hacer, y cómo lo vamos á hacer, á manera de opositor krausista... No, no señor; no consiento preliminares ni prolegómenos... ¡al grano!

—Pues bien, señora: ya que aquí se trata de un juicio en toda regla... comienzo por recusar al juez como mejor proceda en derecho y con el respeto debido; usted, señora, es la Musa de la retórica; pero aquí se trata de una comedia, y el juez competente es Talía...

—¡Alto el carro, señor mío! Aparte de que mi jurisdicción abarca los dominios de la mayor parte de mis hermanas, pues viene á ser el mío á manera de tribunal de alzada; en punto á comedias, yo puedo conocer de todo lo que al lenguaje y al estilo y á la forma métrica se refiere. Y aquí se me ocurre ponerme otra vez furiosa, recordando las mil sandeces que se escriben y publican por cien y mil majaderitos metidos á críticos y á autores respecto de la crítica al por menor, de la censura nimia, de la forma. ¿Qué quiere decir, tratándose de obras de arte en que la belleza se manifiesta en forma literaria, que

es nimia la cuestión del lenguaje y del estilo? Tanto valdría decir que un pintor no necesita saber dibujo ni entender de colores. Sólo á los profanos, á los bárbaros, se les puede permitir que hablen con tono despectivo de la forma literaria, del material de este arte. En ningún país civilizado se tiene por cosa secundaria, si se trata de verso, el ritmo y la rima, si la hay, ni los demás elementos formales de la poesía, ni tratándose de prosa se olvida la gramática ó se pasa por alto, ni las leyes del bien decir se arrinconan. Burlarse de las figuras, v. gr., es mucho más fácil que saber cuáles son; cometer solecismos y barbarismos, mucho más llano que averiguar en qué consisten. No son artistas, no lo serán nunca, no pueden serlo los que no tienen el sentido y el sentimiento de la forma como inseparable del objeto artístico y esencial en él como lo más esencial.

El crítico que al llegar á estas cosas se dice: *aquila non capit muscas*, es un ostrogodo, un silingo, un alano, un snevo metido á Quintiliano, es un salvaje, mejor dicho... Usted, Sr. Cañete, está á la cabeza de los que debieran dedicarse á colaborar en el *Alcubilla*, recopilación administrativa, y que, sin embargo, á pesar de sus excepcionales condiciones para el caso, se dedican á juzgar, como ustedes dicen, obras puramente literarias, como la Academia de Cien-

cias Morales y Políticas juzga, y da informes de libros de texto.

Hay críticas de usted, Sr. Cañete, en que parece que va á presentar, para obtener la absolución del autor de quien habla, el certificado de buena conducta y la cédula de vecindad del *acusado*. Para usted, como para otros muchos, es una gracia del poeta que el personaje tal ó cual sea *simpático* ó *antipático*...

— Cuidado, Polimnia, que eso ya pertenece á la jurisdicción de Talía... se atrevió á decir Mercurio; no porque á él le importase la cuestión de competencia, sino por evitar el discurso de la Musa.

La verdad es que estábamos aturdidos con tanta charla.

Por fortuna, Apolo volvió á presentarse en aquel instante. Ya no estaba en mangas de camisa. Vestía cazadora corta, muy ajustada al cuerpo, de una tela para mí desconocida, de un color claro atrevido; pero que á él le sentaba bien. Era un real mozo, en efecto, lleno de vida, sanguíneo. Sonreía, sin duda de felicidad. ¡No lo extrañé! Del brazo izquierdo traía materialmente colgada á Venus, á la misma Afrodita en persona.

La cual, aunque os asombre, se parecería mucho á Sara Bernhardt, si Sara se convirtiese en una mujer hermosa y de buenas carnes,

sin dejar de ser tal como es. Imagináos ese milagro realizado, y así era Venus: su traje, de color de carne con polvos de arroz, era de corte semejante á los que suele lucir la gran cómica francesa, obra del capricho divino, forma talar de *jilón* griego, mezclada con pliegues y ondulaciones de coquetería moderna; en tal fruncido la línea pura defendía la honestidad, que un sesgo excéntrico y lúbrico convertía, por el contraste, en una picante expresión de latente lascivia; y á pesar de parecer el traje cortado y cosido por el más humano de los pecados capitales, la gracia y elegancia suprema del conjunto rescataban para el arte aquella divina estatua vestida, que sólo tenía de casta lo que tenía de bella.

Apolo y Venus, enlazados, apoyados suavemente uno en otro, hombro con hombro, inmóviles, no hacían más que sonreír y pasear la mirada distraída, llena de felicidad, de Cañete á Polimnia y de Polimnia á Cañete. Tal vez pensando en la dicha de amarse esperaban asistir á una riña de gallos como entremés gracioso de sus juegos de amor. Polimnia se había puesto de pies al ver entrar á Venus. Parecía una linterna apagada de repente; ya no brillaba en ella nada más que el reflejo indeciso del cristal de sus ojos, cargados de lectura. Seguía siendo hermosa, pero como la luna de día.

En cuanto á Cañete, ni más feo ni más guapo

que antes, volvió los ojos al dios de Delfos implorando socorro.

Apolo así lo entendió, y benévolo, porque era feliz, exclamó:

—Polimnia, á lo que entiendo, este es el señor Cañete, un reincidente de mi mayor aprecio que yo te había destinado. Sí, Polimnia, el Sr. Cañete es para ti una buena proporción; si le otorgas tu mano, os pondré casa en Madrid, en la calle de Valverde. Hablaré á Cánovas para que se le dé á este caballero la Secretaría de la Academia... aunque haya que quitársela á Tamayo y Baus, para quien yo tengo reservados más altos destinos.

—Ni yo me caso con nadie, amado Apolo, ni el Sr. Cañete debe de estar dispuesto á casarse conmigo, ni en la calle de Valverde puede vivir Polimnia, la musa de la retórica, ó sea el arte del bien decir.

—¡Señora! exclamó Cañete, metiendo dos dedos entre el cuello de la camisa y la bien señalada nuez. ¡Señora!...

—Señorita, dijo Apolo sonriendo.

—Concedido. Señorita, pude, mientras se trató de mi personalidad humilde, abstenerme, por respeto á las varias prerrogativas que en usted concurren, de contestar, siquiera fuese en legítima defensa, á los ataques durísimos de que he sido víctima; pude, y puedo, pasar en silencio

ofensa tan grave como la de echarme á freir espárragos, que tanto vale mandarme á despachar expedientes en una oficina y á colaborar en una recopilación administrativa...

— ¡Cómo! ¿Eso ha dicho Polimnia? gritó Apolo. ¡Oh, Sr. Cañete! Usted perdona... esta loca... esta... Polimnia, ¿cómo ha sido? ¡Qué apasionamiento! ¡Qué exageraciones! El Sr. Cañete, amiga mía, es un erudito que ha demostrado grandes conocimientos en varios... eso... en varios ramos del saber humano, y singularmente del saber académico. Yo... no recuerdo en este momento nada suyo... pero no importa, sé que es un erudito; me lo ha dicho Menéndez Pelayo, aunque no sé si en el seno de la confianza; pero él me lo ha dicho. Y este caballero... que es también español, acaso sepa... ¿Ha leído usted algo del Sr. Cañete, amigo... Corne-
tín?...

— Clarín...

— Eso, Clarín.

— Sí, señor; algo he leído... y aun algos...

— ¡Y qué tal, eh? ¡Cosa rica, verdad?

Antes de contestar fijó la vista en el suelo, y me puse á dar vueltas al sombrero entre los dedos. Por fin, dije:

— Como útil... lo es algo de lo que ha hecho el Sr. Cañete... Debe haber de todo en literatura. Sus trabajos de erudito, dicen los intelligen-

tes que son muy apreciables. Parece ser que sabe mucho de comedias antiguas, y aun de las modernas entiende más que cuatro ó cinco gacetilleros que le hacen la competencia. Comparado con ellos es un águila...; pero comparado con un crítico de veras, lo que se llama crítico, que hasta tenga gusto y sepa distinguir el arte de todo lo demás, comparado con un crítico así... ya no es un águila, no, señor; pero siempre resultará que esta señorita, cuyos pies beso, ha estado demasiado fuerte con él... y con el autor de *La Fiebre amarilla*.

— *Del día*, rectificó Cañete.

— Corriente; de la fiebre de marras.

— ¡Y qué fiebre es esa?

Hubo que enterar á Apolo de la comedia, y hasta se leyeron algunos versos. Y el dios Es-
minteó, que lanza á lo lejos sus saetas y que es benévolo con los escritores malos por cierto escepticismo muy largo de explicar, arrugó el ceño cuando oyó versos como estos:

Es injusto hablar así
á quien mil veces te probó.

— ¡*Re-Jove!* gritó; ese verso no puede pasar. Yo perdono muchas clases de pecados; pero en punto al metro y á la rima, hilo más delgado; Euterpe, Terpsícore y Erato son mis favoritas, y en todo lo que sea medida, ritmo, compás, igualdad

de sonidos y soltura de movimientos, soy tan exigente como en los días de mis buenos Homéridas.

—Oye, hijo de Latona, prosiguió la Musa, que era quien leía; oye lo que un amante le dice á su amada, pintándole el cuadro de su felicidad en la pobreza que les aguarda.

Todos dirán:

—Mirad; esos se han casado por amor; aún está vivo ese *afecto primitivo* (1) que hemos supuesto agotado, y en tanto nosotros dos en nuestra casa estaremos, y allí juntos viviremos en paz y en gracia de Dios.

—¡Ave María Purísima! interrumpió Apolo, olvidándose de que era pagano.

—¡Qué veladas! ya verás cómo á la luz del quinqué á tu lado escribiré, mientras que tú bordarás.

—¡Bien bordado! exclamó el de Claros.

—Y en aquel instante no se oirá en nuestro aposento.

—Ese verso es como las Súplicas, cojo.

(1) Polimnia subrayaba con la voz lo que yo subrayo con la pluma.

más que el leve movimiento del péndulo del reloj, y el de nuestros corazones que henchidos del mismo afán, seguramente tendrán iguales palpitaciones.

—¿Qué te parece? preguntó Polimnia triunfante.

—¡Acaba!

—Entonces te diré *aquellas* palabras dulces y hermosas que expresan tan grandes cosas aún siendo tan breves ellas.

—¡Eh?

—¡Acaba!

—Mientras que tendré apoyada en la mano la mejilla y el codo sobre la silla donde te encuentres sentada.

—¡Rayos y truenos! ¡Por las barbas de mi Padre! ¡Y eso se escribe y se aplaude en Castilla, en Madrid, en aquellos teatros donde hablaron aquellos poetas cuya lengua era digna de los dioses! ¡Donde quiera que se encuentre, sentado ó de pie, á ese poeta, cójasele y traigánte á mi presencia!...

—¡Calma, calma! dijo Polimnia sonriendo,

serena y compasiva. El poeta no tiene la culpa de esto.

—¿Cómo que no?

No, Apolo, no; él hace lo que ve, sigue el camino que le señalaron; los críticos le han dicho que eso estaba bien; ha oído alabar en otros tamañas atrocidades, escándalos de dicción semejantes, y se ha dejado llevar por el ejemplo y el mal gusto. El no saber gramática es pecadillo venial para la censura del día, y á los versos rastroeros, zafios, ramplones, prosaicos y desmadrados, cacofónicos y cursis, nadie, ó casi nadie, les conoce los defectos; y se llama naturalidad y sencillez la vulgaridad y hasta la chocarrería, la insipidez y la insignificancia. Al poetastro que zurca redondillas atrabiliarias, de aletuya, y romances de ciego, se le aplaude porque huye del *lirismo impropio del teatro*.

Los críticos de ahora no tienen gusto, ni oído, ni lectura sana y abundante; son incapaces de coger al vuelo en el estreno un solecismo ó un verso cojo, ó un hiato. Así como no hay en Madrid verdaderos críticos de pintura, porque no los hay metidos de veras en el arte y sus misterios, tampoco los hay para la poesía, que les parece á los más una antigualla *inverosímil*, con la que hay que transigir por ahora.

—¡Fuego en ellos! Razón tienes, Polimnia; la culpa no es del pobre mozo que escribiendo co-

medias malas no hace mayor mal que otros tantos; la culpa es de la crítica que se precia de sensata é instruída y de gusto, y aplaude tales adfesios.

—Vamos á ver, Sr. Cañete: ¿es esto castellano? dijo Polimnia, y leyó:

—Pero ¿murmuran las gentes?

—Unos á otros se desdicen.

¿Puede esto pasar? ¿Cabe desdecirse... unos á otros? ¿Le puedo yo desdecir á usted, ni usted á mí?

Y ¿qué dignidad de lenguaje es esta?

—Pero la voz general

—Da á usted un *bombo pasmoso*...

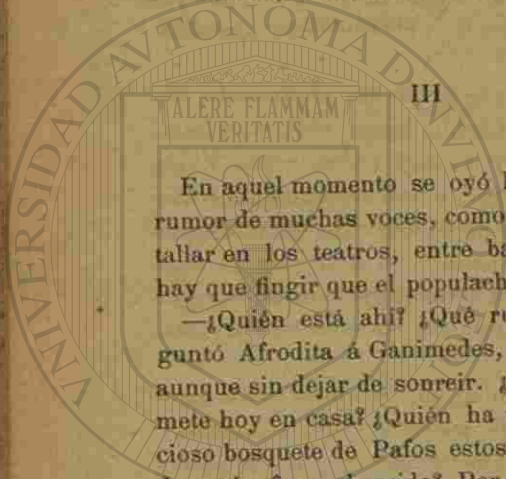
.....
que despilfarrá el dinero
por darles en los hocicos.

—¡Basta! gritó Apolo; en mi presencia no se puede leer cosa así. Pasemos á otro asunto.

—Pero conste, prosiguió Polimnia, que si he hablado tanto y con semejante calor de esta infeliz comedia, no ha sido por ensañarme con el autor, joven simpático y capaz de escribir de otra manera... Si esta obra por sí no tiene importancia suficiente para que nosotros pensemos siquiera en que existe, por accidente tiene la importancia de haber sido piedra de escándalo, ma-

teria de absurdos elogios, en los que han demostrado notoria incompetencia y falta de aprensión multitud de críticos incapaces.

—Bueno, bueno; doblemos la hoja.



En aquel momento se oyó hacia el vestibulo rumor de muchas voces, como el que suele estallar en los teatros, entre bastidores, cuando hay que fingir que el populacho se alborota.

—¿Quién está ahí? ¿Qué ruido es ese? preguntó Afrodita á Ganimedes, un tanto picada aunque sin dejar de sonreír. ¿Qué gente se me mete hoy en casa? ¿Quién ha traído á mi silencioso bosque de Pafos estos ruidos del mundo necio, feo y aburrido? Por culpa de tus Musas ¡oh Febo! mancha la hermosura de mi mansión veraniega la presencia de todos estos mortales de ridícula catadura. ¿Quién anda ahí? ¿Quién grita? ¿Qué quieren?

—Señora, dijo Ganimedes, son los académicos de la lengua española que vienen á rescatar á su compañero Cañete (y Ganimedes, como un día la misma Venus en poder de Anquises, volvió la cabeza y humilló los ojos).

—Sí, dijo Hermes; dicen que está aquí pri-

sionero y que se lo quieren llevar de grado ó por fuerza.

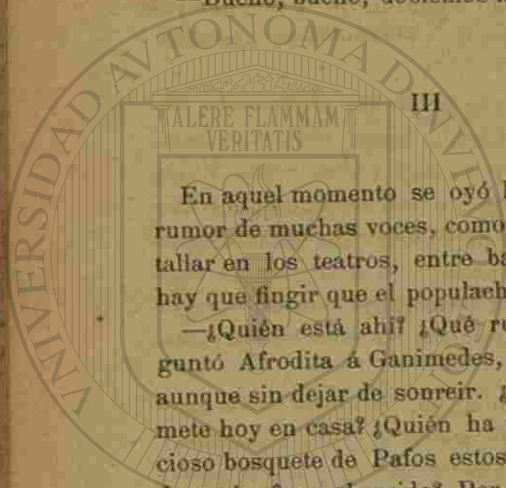
—¡Hola! ¡Hola! exclamó Apolo: ¿conque esas tenemos? ¿de grado ó por fuerza? A ver, que pasen esos caballeres; y entiéndete tú con ellos, Polimnia.

Abriéronse de par en par las puertas del comedor, que la Academia llama triclinio, y entró la multitud académica hecha una malva, ó una colección de malvas, y deshaciéndose en cortesías y zurdas genuflexiones. Iba delante de todos el conde de Cheste, con uniforme de capitán general; y con gran reposo en la voz y en los ademanes, parándose en medio de la estancia, dijo:

—¡Oh Febo! Quien quiera que seas de estos próceres que presentes veo, oye nuestra súplica, y antes permite que te dé un poco de jabón, como entre nosotros los inmortales de la calle de Valverde se usa. ¿Cómo te alabaré á tí, el más digno de alabanza! Tú eres ¡oh Febo! quien inspira los cantos, ya sea sobre la tierra firme que nutre las terneras, ya sea en las islas. Las empingorotadas rocas te cantan, y las cumbres de las montañas, y los ríos que se llevan á la mar en veloz corrida, y los promontorios que avanzan sobre los dominios de Anfitrite y los puertos. Por lo pronto, diré como te parió Leto ó Latona, alegría de los hombres mortales, es-

teria de absurdos elogios, en los que han demostrado notoria incompetencia y falta de aprensión multitud de críticos incapaces.

—Bueno, bueno; doblemos la hoja.



En aquel momento se oyó hacia el vestibulo rumor de muchas voces, como el que suele estallar en los teatros, entre bastidores, cuando hay que fingir que el populacho se alborota.

—¿Quién está ahí? ¿Qué ruido es ese? preguntó Afrodita á Ganimedes, un tanto picada aunque sin dejar de sonreír. ¿Qué gente se me mete hoy en casa? ¿Quién ha traído á mi silencioso bosque de Pafos estos ruidos del mundo necio, feo y aburrido? Por culpa de tus Musas ¡oh Febo! mancha la hermosura de mi mansión veraniega la presencia de todos estos mortales de ridícula catadura. ¿Quién anda ahí? ¿Quién grita? ¿Qué quieren?

—Señora, dijo Ganimedes, son los académicos de la lengua española que vienen á rescatar á su compañero Cañete (y Ganimedes, como un día la misma Venus en poder de Anquises, volvió la cabeza y humilló los ojos).

—Sí, dijo Hermes; dicen que está aquí pri-

sionero y que se lo quieren llevar de grado ó por fuerza.

—¡Hola! ¡Hola! exclamó Apolo: ¿conque esas tenemos? ¿de grado ó por fuerza? A ver, que pasen esos caballeres; y entiéndete tú con ellos, Polimnia.

Abriéronse de par en par las puertas del comedor, que la Academia llama triclinio, y entró la multitud académica hecha una malva, ó una colección de malvas, y deshaciéndose en cortesías y zurdas genuflexiones. Iba delante de todos el conde de Cheste, con uniforme de capitán general; y con gran reposo en la voz y en los ademanes, parándose en medio de la estancia, dijo:

—¡Oh Febo! Quien quiera que seas de estos próceres que presentes veo, oye nuestra súplica, y antes permite que te dé un poco de jabón, como entre nosotros los inmortales de la calle de Valverde se usa. ¿Cómo te alabaré á tí, el más digno de alabanza! Tú eres ¡oh Febo! quien inspira los cantos, ya sea sobre la tierra firme que nutre las terneras, ya sea en las islas. Las empingorotadas rocas te cantan, y las cumbres de las montañas, y los ríos que se llevan á la mar en veloz corrida, y los promontorios que avanzan sobre los dominios de Anfitrite y los puertos. Por lo pronto, diré como te parió Leto ó Latona, alegría de los hombres mortales, es-

tando acostada cerca de la montaña de Kintios, en una isla áspera, en Delos, rodeada por las olas... Y de ambos lados el agua negra azotaba la tierra, empujada por los vientos que armoniosamente soplaban...

—Mi general, interrumpió Apolo, demasiado sé yo que me parió mi madre, y cómo fué; al grano...

—¡Oh! Tú qué mandas, como Cánovas, á todos los mortales, á los de Creta y á los de la isla Egina, y á los de Euboiá, ilustre por sus naves, y en el Atos, y en el Pelios, y en Samos, y en Lemnos... y en la divina Lesbos...

—¡Rejupiter! ¡Por las barbas de mi Padre! Le he dicho á usted que se fuera al grano. ¿Qué ocurre? ¿Qué tenemos? ¿Qué tripa se les ha roto á ustedes?

—¡Tripa! ¡Oh, tripa! ¡Qué tripa! Hijo de Latona, que reinas en Claros, y en Micala, y en Mileto, y en la encumbrada Knidos, y en Carpatos, batida de los vientos, y en Naxos y en Paros...

—¡Por Cristo vivo! Ahora mismo se me atecodo con codo á este loco rematado, y se me le meta en la cárcel...

—Prefiero el Erebo...

—Pues en el Erebo!... Y hable otro y diga pronto lo que pretenden, que no estoy yo para templar gaitas!

Mientras en el director de la Academia se cumplian las órdenes de Apolo, se adelantó otro académico, de largas patillas, meliflúo y negligente, y con voz en que silbaba una ligera ironía como una brisa retozona, exclamó:

—Preguntabas, divino Arquero, qué tripa se nos había roto; pues bien, se nos han roto las tripas de oveja que Hermes, que me escucha, ató, bien estiradas, á la sonora tortuga, el día feliz en que, inspirado, inventó la citara; quiero decir, que se nos han roto las cuerdas de la lira académica; que un aire de descrédito corre por el mundo, amenazando derribar la literatura académica, matar la Musa oficial. Se te habrá dicho que veníamos en son de motín á rescatar á Cañete... no lo creas. Ya podéis freirlo; de la grasa de un Cañete nacerían ciento. Nosotros, además, tenemos un gran espíritu de cuerpo, pero unos á otros nos despreciamos; amamos la Academia y aborrecemos al rival literario. No nos importa el renombre personal de los nuestros, sino la fama colectiva. Venimos, pues, á ti para que pongas remedio á los desmanes de que somos víctima alla abajo. No se nos respeta. Hemos dejado de ser sagrados. El misterio de la autoridad ya no nos rodea. Un rey de derecho divino había delegado en nuestros antecesores la potestad de decir al idioma: «de aquí no pasarás;» la Inquisición ataba el pensamien-

to, y nosotros atábamos lalengua. Un escritor satírico, que no fué académico, y que por consiguiente no será inmortal, aunque lo sea, dijo un día: «la Academia es una autoridad cuando tiene razón.» ¡Deletéreo aforismo! Por ahí entró la muerte: la Academia, para ser, necesita tener razón, porque tiene autoridad. Discutirnos es matarnos. Yo no cobró para que me discutan. Si tú ¡oh Febo! amante de la virgen Azantida, no pones remedio á este oleaje de indisciplina, á este universal clamoreo de insurrección y á estos insultos de procaces bocas, te juro por la laguna Estigia, que es un juramento terrible, que todos nosotros dejaremos de crear el verbo nacional, abandonaremos nuestras tareas académicas, consentiremos que se pudra el idioma; siquiera, por tesón, sigamos cobrando dietas.

—Pero ¿qué es ello? ¿Qué pasa?

—Ello es que multitud de escritorzuolos desvergonzados se nos echan encima un día y otro, con pretexto de que nuestro Diccionario es malo; y es en vano que salgamos á la tela á defender la obra de los inmortales, porque á los que tal osamos nos descalabran singularmente, sin perjuicio de seguir mirando el monumento maravilloso de nuestro léxico oficial.

—A ver, Polimnia: ¿qué hay de esto?

Sonrió Polimnia, y mirándome á mí de hito en hito, dijo:

—Este caballero, que es de por allá y no es académico, acaso esté más enterado que yo de esas menudencias, y nos podrá decir algo.

Ruboricéme al oír tal, como era de esperar, viéndome obligado á hablar entre tantos dioses y entre tantos académicos; y no pudiendo hallar mejor salida, porque la de la puerta estaba tomada, exclamé balbuciente:

—Señores... yo no soy digno... no soy quién... no soy nadie apenas; y aquí está el Sr. Balaguer, que es ministro y académico, y hombre de seso é imparcial. En España, á lo menos, no se hace caso del que no sea capaz de ser ministro, y á este señor, que lo es ahora, deben ustedes oírle si quiere hablar.

—¡Que hable, que hable! dijo Apolo.

Entonces Balaguer se distinguió de la multitud académica dando un paso adelante; y después de una ceremoniosa inclinación de medio cuerpo arriba, llena de dignidad, exclamó con voz de cuyo tono solemne no cabe dar idea:

—Apolo: señoras y señores, no voy á pronunciar un discurso. Se quiere saber mi opinión concreta sobre el punto ó materia puesto ó puesta (porque á mí no me duelen concordancias) á discusión. Entiendo yo, señores, que aquí viene como anillo al dedo recordar lo que yo decía acerca del realismo el año 82 en mi discurso resumen del Ateneo. He ó hed aquí lo que yo decía en esa

fecha memorable: «Señores, acerca del realismo decía yo en el año de gracia de 1864: todo lo ideal es real, todo lo real es ideal. Homero...»

—¡Basta, basta! gritó Apolo, con música de *El Barbero de Sevilla*. Por ese camino de citas retrospectivas va usted á llegar á la época del hombre alado. Que hable otro.

—¡Otro! ¿Cómo? ¿Por qué? Esto es un desaire; murmuró Balaguer volviéndose á sus compañeros.

Arnau tomó sobre sí la tarea de enterarle de que no se trataba allí de lo ideal y lo real, sino del Diccionario.

Y entonces fué cuando Balaguer, haciéndose cargo al fin y al cabo, prorrumpió en aquella exclamación que lleva impreso el sello de su genio peculiar. Y fué lo que exclamó:

—¡Ah!

Se propuso á Tamayo que hablase él, y contestó en buenas palabras que no le daba la gana.

—¿No hay por ahí uno, preguntó Venus, que se llama Alejandro Pidal? Creo que es buen orador; á ver, que hable ese...

—Señora, dijo Alejandrino; con mil amores... pero soy un padre de familia con diez ú once hijos, y además, padre de la patria; y estoy muy ocupado, y lo que es al idioma... por mí... que lo esquilén; lo que yo quiero es quitarle un estaquillo á Toreno, porque me lo llevó mal llevado;

y aplastar la cabeza de la víbora provincial, digámoslo así, que allá en mi tierra me está minando la influencia... Yo soy un chico listo, no lo niego, y guapo, y buen creyente á ratos, y hablo bien; pero... mi carrera es la de cacique. Déjeme á mí sembrar credenciales y recoger votos, que lo demás es vanidad de vanidades y todo Ruiz Gómez.

—Que hable el marqués, dijo Catalina el amarillo.

—¿Qué marqués? preguntó Mercurio.

—El marqués hermano.

—Dirá usted el de las Dos Hermanas...

—No, señor, no; el marqués de Pidal, hermano de Pidal el que no es marqués..

—¡Eso sí que no! grité yo. Antes de tolerar tanta oratoria, prefiero sacrificarme; yo hablaré, puesto que Polimnia me ha escogido, por lo mismo que no soy académico.

—Sea, exclamó Apolo.

—Señores, no voy á pronunciar un discurso, como decía el Sr. Balaguer el año 64; en esto (y Dios quiera que en nada más) me parezco á Balaguer; no soy orador. Pero no tengo pelos en la lengua, en buena hora lo diga. Yo creo que la Academia ni pincha ni corta. Creo más: que en la Academia hay muchos hombres ilustres de verdad, unos por un concepto, otros por otro, algunos por varios. Pero da la pícara casualidad

de que esos señores ilustres no toman cartas en el asunto del Diccionario. Uno de ellos me decía á mi, no ha mucho: «El Diccionario es muy grande y nadie lo puede leer todo.» Y es verdad; muchos de los disparates de abolengó que figuran allí, no han desaparecido porque no los ha visto nadie. Los señores académicos quieren que su obra tenga un mérito extraordinario, no por su valor intrínseco, sino por un derecho privilegiado; pues bien, ya se sabe que los derechos privilegiados son de interpretación estricta; *in dubiis contra fiscum; in dubiis, digo yo, contra Academiam*. Vamos á ver, ateniéndonos á una interpretación estricta de la lógica en sus leyes y reglas relativas al crédito del testimonio ajeno, vamos á ver en qué puede fundar la Academia su pretensión de *filologa* indiscutible...

— Usted me dispense, dijo interrumpiéndome un académico muy fino á quien yo no conocía; la Academia no pretende ser indiscutible, no se tiene por infalible; lo que no puede tolerar es que se la tache de ignorante y se la compare con los pollinos y se la insulte como la ha insultado desde las columnas de *El Imparcial* Antonio Valbuena...

— Dispénsame usted á mí, interrumpí yo; pero el tono con que se ha contestado á Valbuena, y las artes que se emplearon para levantar una cruzada contra él, demuestran que la Aca-

demia tomaba muy á mal las censuras, sólo por ser censuras. Ella dice en el prólogo de su libro que admite advertencias, vengan de quien vengan, pero esto no basta; es necesario que las admita vengan como vengan.

Supongamos que los adalides de la Academia llegaran á demostrar que no había un solo académico que tuviera pelo gris en el vientre: ¿y qué? No era eso lo que se discutía. Supongamos que se prueba que á Escalada ó Valbuena se le va la burra cuando maltrata á los autores del Diccionario: ¿y qué? Con eso no se demuestra que los disparates apuntados no sean disparates; los defensores han creído que era probar á sabiduría académica demostrar tal ó cual equivocación de Escalada. ¡Aberración insigne! La multitud de palabras que queda visto que están plagadas de errores en el Diccionario, ahí se están tan llenas de disparates después como antes de atacar en falange macedónica á Valbuena. Esta ha sido la gran ilusión de los académicos en tal contienda; han creído que por aniquilar, si tanto podían, — que no pudieron, — al enemigo, que era un caballero particular, aniquilaban los adesios que él había hecho patentes. No hay tal cosa; los adesios demostrados, que son muchos, no dependen de la autoridad del censor; el mismo bobo de Coria que dijese que los pollinos no siempre tienen el pelo gris, ten-

dria razón contra los siete sabios de Grecia. La Academia está obligada, si quiere cumplir su deber, á admitir todas las lecciones que se le den, délas quien las dé y délas como quiera que las dé; si entre cien insultos viene una lección buena, hay que admitir la lección. Nadie me negará que algunas de las advertencias de Escalada (yo creo que muchísimas) están en su punto; exigen una rectificación en el texto del Diccionario oficial. ¿Va á dejar de hacerse la variación necesaria por ser Escalada el que la enseñó? ¿Va á ser castellano en adelante lo que no debe serlo, sólo por mortificar á Valbuena? Esto es absurdo. Pues si la Academia toma el otro camino, el único justo, el de seguir las lecciones de su censor y cambiar lo que se debe cambiar, conforme él demostró, no parece bien que se ponga tanto empeño como se ha puesto en probar que Escalada es un ignorante, un entremetido, etc., etc. ¿Qué en tal ó cual palabra no ha lugar á las rectificaciones de Escalada? Corriente, pues no se hacen. ¿Que Escalada se excede en la forma, al censurar? ¿Y eso qué? Al país no le importa eso; lo que le importa es que el Diccionario diga lo que debe decir; de los errores y de las malas formas de un caballero particular no tiene para qué cuidarse. Esta desventaja siempre la tendrá la Academia cuando luche contra cualquiera que le demuestre que

ha cometido un *lapsus*. Lo único que interesará al público será este *lapsus* de la Academia, no los de quien no cobra por hablar bien.

Y dejando esta digresión, á que me ha traído ese señor académico al interrumpirme, diré que si es verdad que la Academia sufre mal que se la discuta; yo mismo soy prueba viviente de ello. Porque me consta, aunque no me lo han dicho las personas que intervinieron en el asunto, que cuando yo publiqué ciertos articulejos contra ciertas etimologías de la Academia, no faltó estiradisimo académico que descendiese á ocuparse en impedir, si podía, la inserción de mis humildes renglones insurgentes; y se necesitó la energía de quien yo me sé y el estar él tal muy por encima de las vanidades académicas, para que los dichosos artículos no se quedaran en las pruebas. ¡Vaya, vaya, señores, que todo se sabel

Si; se sabe todo. Hasta se sabe cómo se hacen los diccionarios y las gramáticas en las Academias; y hasta cómo se hacen muchos académicos. Y se sabe, porque lo dicen algunos de los mismo inmortales que se rien, como Cicerón arúspice, de su inmortalidad con librea, y se la buscan por otra parte más segura y más independiente. Y para que no se diga que vengo con chismes y cuentos, en vez de citar con vivos y españoles, como pudiera, citaré con un *muerto extran-*

jero; y conste que lo que dice Sainte-Beuve, de la Academia francesa, madre de la *criatura*, de la nuestra, se puede decir, y *aínda mais*, de la Academia Española. Es el caso que Edmundo Goncourt ha publicado hace poco un *Diario* en el que él y su difunto hermano Julio copiaron sus conversaciones con los literatos eminentes de Francia; y entre otras, algunas de las que solían tener con Sainte-Beuve, el primer crítico de su tiempo. En uno de aquellos paliques íntimos, el autor de *Volupté*, el eminente escritor de *Los Lunes*, decía hablando de la Academia francesa: (Leo): «Hay sesiones, cuando Villemain (1) no está allí, que comienzan á las tres y media y se acaban á las cuatro menos cuarto. Si no hubiese un hombre de iniciativa como Villemain, aquello no marcharía.

«...Lo mismo es Patin para el diccionario; no lo hace bien, pero lo hace, y sin él no se haría nada. No es esto mala voluntad de la Academia, es ignorancia. El otro día, á propósito de la palabra *chapeau de fleurs*, M. de Noailles ha dicho que era una palabra desconocida, que él no la había encontrado en ninguna parte. Y es que no ha leído á Teócrito.

«¡Ahí tienen ustedes! Y lo mismo que en esto,

(1) El famoso Villemain, secretario de aquella corporación, fué académico desde 1821 á 1870.

sucede en todo. No conocen un nombre nuevo desde hace diez años. Y además la Academia tiene un miedo atroz á la *bohemia*. De hombre que ellos no hayan visto en sus salones, no hay que hablarles; le temen, no es de su esfera. Por lo mismo Aufrán tiene probabilidades de ser nombrado académico. Es un candidato de baños de mar. Se le ha encontrado en *las aguas de... etc...*» (Hablado): Todo esto que yo traduzco se puede también traducir de la realidad francesa á la realidad española. ¿Quién me niega que, v. gr., Catalina es un *académico de aguas*?

En la Academia Española también se hace el Diccionario él solo, ó gracias á unos pocos aficionados; ¡y cómo se hace! Por aparentar (y por cobrar), los inmortales se juntan de cuando en cuando y pasan revista á unas cuantas palabras para ver si están limpias ó no, y votan si aquello es español ó deja de serlo.

¡Decidir por votación si un vocablo pertenece á una lengua ó no pertenece, si cabe admitirlo ó no! ¡Cuán lejos está semejante proceder de aquella *historia natural* de las palabras que el buen Horacio exponía en fáciles y elegantes versos!

Horacio recuerda en la expresión clara, enérgica y precisa á los ilustres juriconsultos de su pueblo, que nos han dicho, hablando del valor de las costumbres en general: *mores sunt tacitus*

consensus populi longa consuetudine incoeteratus
El poeta, refiriéndose á la vida del lenguaje, escribía:

... *Licuit, semperque licebit*
Signatum præsente nota producere nomen.
Ut silva foliis pronos mutantur in annos,
Præna cadunt: ita verbarum vetus interit ætas,
Et, juvenum ritu, florent modo nata vigentque.

«Fue y será siempre lícito (permitaseme la traducción, porque alguno me oirá que no sepa latín) introducir en el discurso palabras que lleven el sello de la novedad.

»Como las hojas de los bosques se mudan al correr de los años, y caen primero las que primero brotaron, así las palabras antiguas se marchitan y mueren, y otras nacen y florecen vigorosas.»

Pues diga lo que quiera el amigo de los Pisones, nuestros académicos deciden por votación qué hojas del bosque han caído y cuáles han brotado, en vez de tomarse el trabajo de darse una vuelta por la selva para ver lo que en realidad sucede. A la Academia le pasa con las palabras lo que á la Iglesia con la ciencia moderna (con la diferencia de que la Iglesia ya sabe lo que se hace). Roma no admite que la tierra gire alrededor del sol hasta principios del siglo XIX, cuando ya á la tierra la van dan-

do ganas de pararse; la Academia no tolera ciertas palabras hasta que ya el uso las va abandonando. ¿Qué criterio tiene la Academia para admitir ó desechar palabras? Probablemente ninguno.

Un republicano exaltado, amigo mío, me aseguraba que la Academia es sistemáticamente reaccionaria.

«Lo prueba, me decía, en la palabra presidente; después de explicarla en cuantas acepciones se le ocurren, la deja para el apéndice por lo que toca al presidente... de la República. En cuanto al club, dice que es sociedad clandestina generalmente; y, por último, cuando se trata de elegir un académico federal, así, como de limosna, en vez de elegir, como era natural, al jefe del partido, elige á D. Eduardo Benot, un capitán ilustre, pero no jefe...»

Interrumpiome Venus, riendo á carcajadas la salida de mi amigo el federal; no sé si riendo de buena fe ó por enseñar los dientes.

—Ahí tienes, dijo el académico de las patillas joh, Apolo! una prueba de nuestra imparcialidad: la Academia cuenta en su seno hasta federales...

—Pero no es el jefe, advirtió Venus.

—Mi federal, añadí yo, decía que tal elección era contraria á la disciplina del partido; y aunque esto sea un disparate, lo cierto es que ya

que los académicos tuvieron el valor de votar á un *federal*, pudieron haber escogido, no por jefe, sino por ser quien es, á D. Francisco Pi y Margall, del cual pueden decirse muchas cosas, pero no negarle una rectitud moral muy hermosa, y un gran talento, y una ilustración vastísima y escogida. No niego al Sr. Benot servicios suficientes para merecer un puesto en la Academia, ni se los negaría aunque sólo llegasen á tal distinción las verdaderas notabilidades; es más, protesto enérgicamente contra el chiste frustrado de otro amigo mío, según el cual el Sr. Benot es un sabio de segunda enseñanza; pero es lo cierto que los méritos literarios del Sr. Pi son todavía superiores á los de su ilustrado correligionario.

—Queda discutido ese incidente. Siga usted, dijo Apolo.

—Decía que, en mi sentir, la Academia no tiene un criterio constante para hacer su Diccionario. Tratar este asunto con todo el detenimiento que merece, es empresa superior á mis fuerzas, é impropia de la ocasión.

—Gracias, interrumpió Apolo, mirando á Venus, sonriente.

—Sólo haré algunas indicaciones desordenadas respecto de los principales puntos del debate, como si dijéramos.

Hasta los salvajes siguen alguna ley, reflexiva

á veces, para la transformación del lenguaje; así, nos habla Max Müller de la prohibición que hay en muchas tribus poco cultas de usar las palabras que tengan tales ó cuales analogías con el nombre del rey últimamente muerto. Nuestros académicos ni esto han discurrido; Cánovas podía haber mandado que se prohibiera usar palabras semejantes á las primeras sílabas de su apellido sagrado, poniendo en entredicho, verbigracia, las voces ¡canastos! canesú, canícula, canónigo, canuto, etc., etc.; pero no lo ha hecho, porque no se da por muerto todavía. En la discusión de los defensores anónimos de la Academia con Valbuena, se apuntó la idea de que la ilustre Corporación admitía todas las palabras que se encuentren en nuestros escritores castellanos, por antiguas que sean, porque así se puede saber lo que han querido decir aquellos señores. Este criterio latitudinario, que consistiría en embarcar de todo, sería absurdo, no sería siquiera criterio; pero además no es cierto que la Academia lo siga. Con la arbitrariedad que la distingue, conserva, como anticuadas, muchas palabras del más remoto castellano, pero prescinde—y hace bien en esto, es claro—de muchísimas voces de este género, de la inmensa mayoría de ellas. Para convencerse de ello, basta coger un vocabulario de los que suelen acompañar á los libros escritos en español vetusto, verbigracia,

el que acompaña á ciertas ediciones de *Mío Cid*, ó el de *Las tres toronjas de amor*, etc. etc., y á ver cuántas de aquellas palabras figuran en el Diccionario; y de fijo no faltan sus equivalentes actuales. La Academia, en esto como en otras muchas cosas, carece de idea sistemática y carece de método; pero en tal particular casi se le debe agradecer que no haya sido consecuente, porque ¿dónde íbamos á parar con un Diccionario del siglo XIX que contuviera todas las escorias, todos los *detritus*, de las trabajosas tentativas de nuestra lengua *barbara* y balbuciente en tiempos de informe literatura; todos los conatos desgraciados, todas las torpezas, todos los tropiezos del benemérito *saber de alrecreia*? Pero, á falta de criterio, no se puede negar que la Academia tiene una preocupación, lo que podría llamarse la arqueomanía; se enamora de todo lo viejo, y toma por buen castellano antiguo todo lo que figura en libros muy vetustos, sin que esté probado que, además de antiquísimos, sean buenos. ¿Que les parecería á los académicos de hoy de un Diccionario de la Academia que se hiciera dentro de diez siglos, y en el cual se admitieran como anticuadas las palabrejas innobles que hoy aparecen en ciertos libros y comedias y periódicos, vocablos que no pueden ser ni serán españoles nunca? ¿Creen los inmortales de allá abajo que todos los libros que se conservan de la Edad

Media, sólo por conservarse, merecen ser tenidos por fuentes del verdadero castellano de entonces? La Academia toma por bueno un barbarismo, sólo por usarlo escritor antiguo. ¡Absurdo! También Bremón llegará á ser antiguo y pueden caer sus escritos en manos de los académicos del siglo XXX (suponiendo que por entonces los haya) y asegurar el Diccionario que en tales tiempos se haga que *pretencioso* era palabra española en el siglo XIX, porque la usaba Fernández Bremón, escritor muy bien relacionado.—Si fuéramos tontos, podríamos pasar por eso de que todo lo que puede leer un académico en cualquier librote viejo fué español legítimo en algún día... Y en verdad, tratándose de aquellos tiempos, de aquella civilización, ¿quién podrá negar legitimidad á tal ó cual palabra, y negársela á otras? Semejantes pretensiones recuerdan los vocabularios que los misioneros curiosos é ilustrados escribían entre los salvajes; cuando después de veinte años volvían los buenos apóstoles á visitar á sus antiguos huéspedes, se encontraban con que el idioma habla cambiado en gran parte y el vocabulario apenas les servía.

No eran salvajes, ni mucho menos, nuestros queridos antepasados, los que comenzaron á sacar el español del latín corrompido y de varios elementos germánicos, orientales, etc.; pero tampoco se puede desconocer la inseguridad que

había en las formas intuitivas del nuevo lenguaje, la variedad anárquica que dominaría. Sucedería entonces en el castellano incipiente lo que hoy con el bable, recuerdo de aquellos tanteos lingüísticos; el bable varía de comarca á comarca, de valle á valle, de parroquia á parroquia; de esto puedo hablar yo, por eso, porque soy de la parroquia. No ha mucho que he tenido carta de un joven sueco, profesor en Upsala, que fué á Asturias, á mi tierra, á estudiar el bable, y que de vuelta á su Universidad me consulta á menudo sobre varias menudencias del romance asturiano; pues bien, si quiere decir algo seguro, tiene que ir preguntando cómo se llaman las cosas en tal región, en tal pueblo del Principado, porque la variedad es indefinida. Lo que es fácil hacer hoy con el bable, porque vive, aunque agonizando, no cabe hacerlo con el español inicial, pues no basta la consulta de unos pocos libros; y lo que se saca de los estudios actuales del bable, es que las cosas se dicen en asturiano tan legítimamente de un modo como de otro... y se dicen de muchos modos.

Pero ¿qué ha de saber á punto fijo la Academia de tan remotos días, si aun de los actuales sabe tan poco y tan mal por lo que se refiere á provincialismos? En esta materia habría que aplicar algo parecido á la teoría de Sainte-Beuve acerca de los académicos de *baños* ó de

Caldas. Se van nuestros inmortales á dar una vuelta por el *distrito*, v. gr., ó á darse tono en el pueblo meramente, ó á bañarse ó á lo que sea, y vuelven á Madrid muy morenos, oliendo á tomillo, sanos y frescos... y con un cargamento de provincialismos gratuitos. ¿Y quién le va á negar al Sr. X., que ha pasado tres meses en la provincia de Z., y que es diputado por allí, verbigracia, ó ha estado tomando leche de burra en un pueblo de aquella región, que allí se habla como él viene asegurando? Provincialismos de Asturias hay en la última edición del Diccionario que ya deben de ser de Pidal. Debe de haberseles mandado algún agente electoral suyo, que le engaña en *glosología* lo mismo que en elecciones. Así, por ejemplo, dice el léxico oficial: Ablano, provincial de Asturias, avellano; y no hay tal cosa, porque en Asturias, al avellano se le llama así, y en *bable* (que no es provincial asturiano, como el gallego no es *provincial de Galicia*, ni el catalán castellano provincial de Cataluña), en *bable* se dice *ablana*, y si ustedes quieren *ablana*, y en todo caso, *ablana* ó *ablano*, eso sería *bable* y el *bable* no figura en el Diccionario, ni debe figurar. En cambio es provincial de Asturias arcea (chocha perdiz), y el Diccionario no lo sabe; y cien y cien palabras más.

Si la Academia no tiene un criterio, en cambio tiene muchas debilidades; y así, no se niega

á admitir las palabras que le imponen los tenaces, los audaces, los entrometidos, los pretendidos especialistas, y las autoridades civiles y militares.

Por lo menos malo, por que se admiten palabras sin estudiarlas, es por cortesía. Los académicos son muy capaces de despellejarse por la espalda mutuamente; pero allí, en sesión, cara á cara, reina la urbanidad más exquisita, y todos están dispuestos á ceder ante el que insiste. Un terco, un pedante, un hombre influyente, tienen allí la seguridad de imponerse al Diccionario. Se declara española una palabra, porque se empeñó en que lo fuera D. Fulano, que es muy pesado, que es muy tenaz, que es muy pedante, ó que manda mucho, ó todo junto. Le dice, verbigracia, Cánovas á Pidal:—¿Quiere usted que hagamos castellana la palabreja *canovístico* en el sentido de cosa magnífica, esplendorosa?—Corriente, dirá Pidal de fiyo; haga usted castellano lo que quiera, y de su lengua un sayo; á lo que no hay que tocarme es á los distritos de mi tierra... allí no entra nadie, ni admito cambios; en el castellano, meta usted lo que quiera, hasta á Toreno, si cabe.

Pues otro ejemplo: se presenta el Sr. Silvela, (alias Velista), con la amabilidad del mundo, suave, *non chalant*, como *Shara*, *belle d'indolence*; aprieta la mano á moros y cristianos, sonrío á todos, y dice:—Señores, ¿tienen ustedes la bon-

dad de admitir la frase Silvela, Silvelijo y su hijo, en vez de aquello de Lepe, Lepijo y su hijo? con la nueva expresión se recordará en adelante lo listos que han sido en esta vida efímera todos los Silvelas nacidos de madre... ¿Se aprueba? Y claro, se aprobará.

¿Y qué diré de los sabios, de los especialistas? ¿Qué se le puede negar á un hombre que se presenta jurando por su honor que sabe hebreo, y caldeo, y siríaco, y... *pentateuco*, como diría el otro? Podrá creerse en el fondo del alma que no lo sabe tal; pero ¿cómo decirselo? y sobre todo ¿cómo probárselo?—Señores, todo lo que tenga que ver con los israelitas, dejármelo á mí, que fui á la escuela con los doce hijos de Jacob. ¡Nadie me toque en las lenguas que se leen al revés! ¡Todo eso es cosa mía!»

¿Qué ha de decir á eso Catalina, v. gr., que quiso traducir de francés á español una comedia de Feuillet, y la *vertió en silba*?

A los hebraizantes que se presentaren podría examinarlos con suficiente competencia el doctor García Blanco... si fuese académico. Pero no lo es. Ahí está la gracia. García Blanco, con sus genialidades y todo, sabe hebreo de veras; podrá ver abultada la importancia y la influencia de esa lengua, y crear demasiado en ciertos simbolismos, etc., etc.; pero es innegable que sabe hebreo.

¿Quién se ha acordado de él para hacerle académico? Nadie. No lo es; no lo será. Como no lo es D. Lázaro Bardón que sabe mucho griego, á pesar de todas sus extravagancias. Yo no niego su mérito á los helénistas que hayan trabajado en la última edición del Diccionario, pero puedo asegurar que muchos dislates que han pasado en la materia greco-española, no hubieran ocurrido si Bardón hubiese tomado á su cargo eso.

La mayor parte de los académicos están á oscuras en materia de filología propiamente dicha; ni han estudiado la ciencia del lenguaje como hay que estudiarla para sacar partido de ella en aplicaciones á la gramática y al léxico del idioma nacional, ni conocen las lenguas sabias ni otras muchas que es necesario conocer para meterse en honduras de lingüística. La Academia viene á ser, en asuntos de diccionario, y especialmente de etimologías, lo que sería un jurado popular conociendo en materia de técnica jurídica: un ciempiés.

Esto viene á reconocerlo la misma *docta Corporación* en el prólogo de su diccionario, cuando declara que su trabajo no puede ser perfecto porque es obra de «muchos con igual señorío.» (Véase el citado prólogo, que por cierto abunda en faltas de gramática y de lógica, y dice varias veces cosa distinta de lo que quiere decir.) Es obra de muchos caballeros, unos entendidos,

más ó menos, en la materia filológica, y otros ignorantes, pero todos con voz y voto, con igual señorío. Esto es absurdo. Todos sabemos, y no hay para qué andar con tapujos ni hipócritas atenuaciones, todos sabemos cómo se hacen los académicos; que si de tarde en tarde se impone la opinión pública y á regañadientes se admite en la Academia á un Castelar, á un Zorrilla, á un Echegaray (no sin que voten en contra muchos), lo usual es que venza la cábala reaccionaria, ó mejor, la cábala de la envidia y del orgullo, y se afecte despreciar á los escritores que el pueblo aclama, diciendo, como aseguran que se dijo tratándose de Galdós: «No queremos que los gacetilleros nos impongan un candidato.» Y ¿á quién se prefiere? Al que no hace sombra, á un poeta de administración subalterna, á un autor silbado, al primero que pasa, al *académico de aguas*, ó al político con ridículas pretensiones de literato, ó al intrigante vanidoso, ó á un sobrino de su tío... Sea enhorabuena; que hagan lo que quieran, allá ellos; pero que no pretendan que se les haga caso, ni se les tome en serio como padres del idioma. En vano quieren taparnos la boca presentándonos en la lista de los académicos algunos nombres de veras ilustres, porque la mayoría la constituyen las medianías y las nulidades, y además, porque en la tarea que la Academia tomó á su cargo ni esos

hombres ilustres tienen autoridad suficiente para hacer callar á los demás ciudadanos que ven y oyen y leen y estudian.

Zorrilla y Martos, verbigracia, son ilustres, admiración de todo el que entiende español; el uno en verso, el otro en prosa, hacen maravillas con la lengua castellana; pero ni Zorrilla ni Martos son filólogos, ni ganas, ni se paran en barras en materia sintáctica, ni se han dedicado al estudio de las fuentes históricas del idioma. Y lo mismo se puede decir de casi todos los académicos que son eminentes literatos, oradores, ó lo que sean. ¿Qué sucede con esto? Que las medianías presuntuosas, los pedantes incapaces de crear, se imponen. Yo sé sanscrito, ó hebreo, ó siríaco, dice un curita, verbigracia; y todos se separan y le dejan pasar, y exclaman: ¡Oh, sabe siríaco! ¡Es claro, jesuita al cabo, ó beneditino, ó fraile descalzo! Y punto en boca. Al que dijo que sabía siríaco se le encomienda todo lo que huele á cosa oriental, todo lo que se escribe con arabescos, como decía un académico, y llegado el caso, todos votan con él, y cuanto dice se pone en el Diccionario. ¿Y qué resulta? Que la opinión de un Juan Particular, que si hubiese escrito por su cuenta y riesgo, tendría meramente el valor que tuviesen sus argumentos, se convierte en el ukase lingüístico del Estado; porque el Estado hace suyo lo que

dicen los académicos, y la Academia da su visto-bueno á lo que ha dicho aquel Juan Particular. Y esto no puede pasar en nuestros tiempos. Y no pasa. Estamos en el secreto, y nos reimos. Y nos llaman irreverentes. Pensar que pueden servir hoy instituciones inventadas y aclimatadas por palaciegos de los Borbones franceses, y acogidas por éstos con entusiasmo porque les daban nueva materia para su tiranía, es pensar en lo imposible. Un día, en 1626, se le ocurre á un monsieur Valentin Conrart, consejero y secretario del rey, tertulio del *hotel Rambouillet*, reunir en su casa, una vez por semana, á unos cuantos literatos, y así se funda la Academia francesa, madre de la nuestra, puesto que ya se sabe que la Academia Española es un galicismo viviente. Los primeros que frecuentan la tertulia literaria de Conrart son Godeau, Gombaud, los Habert, Girey, Serizay y Milleville; como se ve, ningún *inmortal* verdadero. Más adelante, Richelieu tomó bajo su amparo la invención de Conrart, y ya tenemos fundada la tiranía oficial de la literatura, que ha de ser en lo sucesivo la pretensión invariable de aquella Academia, y de su hija la Española, en cuanto nazca. El cardenal se atribuye el derecho de aprobar los Estatutos de la Academia en 1635, y tras mil vicisitudes que no son del caso, llega la sapiencia cortesana ante los pies del rey Sol, que se digna acoger bajo su planta

poderosa á los procuradores, más ó menos auténticos, de las Musas. Pellisson ha dicho, al contemplar tantos cambios, que se le figuraba «ver esta isla de Delos de los poetas errante y flotante hasta el nacimiento de su Apolo.» (Su Apolo era Luis XIV.) Luis XIV, en efecto, empezó á mandar en la Academia, como en todas partes, y entre otras cosas, dispuso que todos los académicos fuesen de la misma categoría, es decir, la igualdad de los súbditos ante el sultán: Catalina y Castelar disfrutando del mismo señorío, como dice *nuestro* Diccionario. Véase si los absurdos vienen de lejos. Demasiado sabéis ¡oh dios de Claros y compañía! para qué sirvió la Academia á poco de creada; pero tal vez lo ignore alguno de estos inmortales de la calle de Valverde. Pues sirvió para que Richelieu, que envidiaba y aborrecía á Corneille, le persiguiese por medio de los sabuesos académicos, echándolos sobre él y sobresus obras inmortales. Y, en efecto, Scudery, á más de otros, se arrojó sobre el gran poeta y escribió sus *Observaciones críticas acerca del Cid*; y no contento el Cardenal vengativo, obligó á la Academia á publicar un informe titulado *Sentiments de l'Académie sur le Cid*, redactado por Chapelain, que ponía como ropa de pascua, en nombre del Gobierno, la obra del trágico eminente...

—¡Oh! ¡Que no fueran éstos aquellos tiempos!

gritó interrumpiéndome un académico, adulator de Cánovas, y este país aquél, y nosotros como Scudery y Chapelain, y Cánovas un Richelieu, y el rey de España un Luis XIII, ó mejor un Luis XIV. Lo que en son de censura dice este mal gacetillero, iluso foliculario ¡oh Apolo! que has dejado llegar á tu presencia, en son de alabanza lo digo, y amplío, y comento, y parafraseo yo, que deseara ver redivivos aquellos hombres y aquellas costumbres. Añada, añada en buen hora ese cornetín desafinado que Luis XIV hacía á sus palaciegos literatos escoger á los grandes señores de la corte ignorantes y necios, para ocupar los sillones vacantes de la Academia, postergando á los escritores insignes que el rey miraba con malos ojos. Es cierto, y eso honra á la Academia francesa, y á Luis XIV. Verdad es asimismo que todo un Boileau debió el llegar á ser académico, no á sus méritos, pues muchos enemigos tenía, sino á la protección del ilustre rey-sol; y no es menos exacto que Lafontaine no pudo ser nombrado hasta que consiguió el perdón del gran Luis que dijo: «Vous pouvez recevoir incessamment Lefontaine; il a promis d'être sage.» Estas humillaciones del ingenio ante el poder son necesarias para el buen gobierno del Estado y para el orden de las letras; si ahora viniesen Pérez Galdós, y Pereda, y Federico Balart; y

Adolfo Camus, y Pi y Margall, y otros, y se prosternasen ante D. Antonio Cánovas ofreciéndole y jurándole ser prudentes, buenos chicos, ¿qué dificultad habría de tener él en dejar que los hiciesen académicos? Ninguna. Porque la envidia sabría disimularla y vencerla, á fuer de hombre de Estado y de mundo. Sí, Apolo, lo digo muy alto; lo que hace falta es regenerar las letras por medio de la ley marcial, y si no se adoptan medidas draconianas, todo esto se lo lleva la trampa.

—Vamos á ver; proponga usted lo que le parezca más urgente, dijo Apolo, que estaba de buen humor, porque se había acabado mi discurso, contra sus temores.

—Propongo, dijo el académico, que se ahorque á este bicho insurgente que ha tomado aquí, en tu presencia augusta, la defensa del libertinaje literario.

—Bueno, se ahorcará á Clarín, no por eso, sino por la broma de haber estado hablando tanto tiempo después de decir que sería breve. ¡Rayo en él! ¿Y qué más?

—Es preciso descuartizar al Sr. D. Antonio Valbuena, autor del libro «Fe de erratas del Diccionario de la Academia», que se está vendiendo á todo vender en España y en América.

—Se descuartizará al simpático Escalada, ó

Venancio González, y se quemará su libro, si queda algún ejemplar en las librerías, por mano del verdugo. ¿Qué más?

—También debe perecer de mala muerte el bachiller Francisco de Osuna, que ha publicado un folleto titulado «De academica cœcitate», pretendiendo demostrar que la Academia no sabe hebreo ni otras muchas cosas tocantes á las lenguas... y á las manos, v. gr.: dónde tiene la derecha...

—Morirá como los otros. ¿Qué más?

—Mueran también D. Eduardo Echegaray y D. Antonio Sánchez Pérez, y otros varios que han puesto reparos al Diccionario de la Academia.

—No quedará vivo ninguno de esos que dices. Y ahora, ¿qué más pedis?

—Ahora pedimos á Cañete.

—No pudiendo contenerse por más tiempo, gritó Polimnia, que ó hablaba ó reventaba:

—¡Fuera de aquí turba incivil, espanto de las Musas, ingenios almidonados, sabios hueros! ¡Fuera de aquí, digo, y lleváos en hora buena á vuestro Cañete, que ni está preso, ni lo estuvo, ni sirve para nada donde nosotros estemos. Y decid á los de allá abajo, á los batuecos, que aquí no comulgamos con ruedas de molino, y que la Academia es cosa que nos hace morir de risa, porque todas las diosas y todos los dioses

estamos en el ajo; pero no confundáis las especies, ni traquéis los frenos, ni lo echéis todo á barato; que los inmortales verdaderos sabemos distinguir y poner sobre nuestra cabeza á los grandes ingenios, aunque sean académicos; y no creáis que por acá se comete la injusticia de tener en poco á hombres como Castelar, Campoamor, Valera, Núñez de Arce, Tamayo, Menéndez Pelayo, Echegaray, Zorrilla, Alarcón, etc., etc. A éstos se les quiere á pesar de ser académicos, y sabiendo que muchos de ellos lo son por compromiso... Por lo demás, yo pudiera aún ajustaros las cuentas, si no fuera porque Apolo tuerce el gesto y ya ha agotado su paciencia este desventurado Clarin con su discurso largo y desordenado, donde faltó lo principal...

—Señora, usted dispense; pero á mí se me ha destripado el cuento; yo iba pasando mis cabras una á una y me quedaba la mayor parte del rebaño de mis argumentos de este lado del río...

—Pues ¡ira de Dios Trino y Uno! aunque este juramento sea contra mis intereses, que yo no he de tolerar más discursos, y juro por el Olimpo y por todos los montes de la tierra, á fuer de Apolo, que aquí nadie me ha de hablar ya más de veinte palabras seguidas, palabra más ó menos... ¡Ea! Despejen ustedes el come-

dor ó triclinio, ó como ustedes quieran llamarlo, señores académicos, y llévense á Cañete, y no parezca por aquí ninguno de ustedes en su vida, ni tampoco por ninguna de mis posesiones de Delos, Claros, etc., etc. Venus, vamos á dar un paseo.

—Conste, me atrevi yo á gritar, crinado Febo, que yo no había terminado mi acusación fiscal, y que en el buche no ha de quedásemme, y que á la primera ocasión posible he de encajarla.

—Pues, mira no sea delante de mí, ó te hago ahorcar, como lo tengo prometido.

Ganimedes y Mercurio, por orden de Apolo, barrieron los académicos que se mostraban rehacios para marcharse; y lo mismo fué salir ellos, que entrar muertas de risa todo el coro de las sagradas Musas.

Debo advertir que el único académico de los buenos que se había presentado, Tamayo, se había escabullido rato hacía.

No pudo, por más que quiso, librarse el dios Esminteo de la compañía de las Musas, las cuales, entre jarana y bromas de colegialas en asueto, resolvieron merendar en el campo, en un claro del bosque de Afrodita.

Fué Erato la que con más calor defendió el

estamos en el ajo; pero no confundáis las especies, ni traquéis los frenos, ni lo echéis todo á barato; que los inmortales verdaderos sabemos distinguir y poner sobre nuestra cabeza á los grandes ingenios, aunque sean académicos; y no creáis que por acá se comete la injusticia de tener en poco á hombres como Castelar, Campoamor, Valera, Nuñez de Arce, Tamayo, Menéndez Pelayo, Echegaray, Zorrilla, Alarcón, etc., etc. A éstos se les quiere á pesar de ser académicos, y sabiendo que muchos de ellos lo son por compromiso... Por lo demás, yo pudiera aún ajustaros las cuentas, si no fuera porque Apolo tuerce el gesto y ya ha agotado su paciencia este desventurado Clarin con su discurso largo y desordenado, donde faltó lo principal...

—Señora, usted dispense; pero á mí se me ha destripado el cuento; yo iba pasando mis cabras una á una y me quedaba la mayor parte del rebaño de mis argumentos de este lado del río...

—Pues ¡ira de Dios Trino y Uno! aunque este juramento sea contra mis intereses, que yo no he de tolerar más discursos, y juro por el Olimpo y por todos los montes de la tierra, á fuer de Apolo, que aquí nadie me ha de hablar ya más de veinte palabras seguidas, palabra más ó menos... ¡Ea! Despejen ustedes el come-

dor ó triclinio, ó como ustedes quieran llamarlo, señores académicos, y llévense á Cañete, y no parezca por aquí ninguno de ustedes en su vida, ni tampoco por ninguna de mis posesiones de Delos, Claros, etc., etc. Venus, vamos á dar un paseo.

—Conste, me atrevi yo á gritar, crinado Febo, que yo no había terminado mi acusación fiscal, y que en el buche no ha de quedásemme, y que á la primera ocasión posible he de encajarla.

—Pues, mira no sea delante de mí, ó te hago ahorcar, como lo tengo prometido.

Ganimedes y Mercurio, por orden de Apolo, barrieron los académicos que se mostraban rehacios para marcharse; y lo mismo fué salir ellos, que entrar muertas de risa todo el coro de las sagradas Musas.

Debo advertir que el único académico de los buenos que se había presentado, Tamayo, se había escabullido rato hacía.

No pudo, por más que quiso, librarse el dios Esminteo de la compañía de las Musas, las cuales, entre jarana y bromas de colegialas en asueto, resolvieron merendar en el campo, en un claro del bosque de Afrodita.

Fué Erato la que con más calor defendió el

proyecto. No estaba fea la Musa de la égloga y otras canciones, con su sombrerito de paja de Italia inclinado sobre el ojo derecho. Era alta, garrida, y aunque de encantos algo ajados, como las flores del sombrero, rodeábale un ambiente de frescura y de olores campestres que confortaba. Era muy amiga de risitas, carcajadas, saltos y carreras; pero en su alegría graciosa había de cuando en cuando paradas en falso, repentinas inquietudes, calderones de melancolía, por decirlo a lo músico. Después de Terpsicore y de Euterpe, era la Musa que Apolo más quería. La diosa del baile, sentada á los pies de Venus, estiraba sobre el pavimento una pierna vestida con calzón de punto color de carne, musculosa y muy bien dibujada. En el rostro de Terpsicore, moreno y de ojos negros, inocentes y dulces, con fuego á ratos en las pupilas, no había más expresión que la de la fuerza física, graciosa y dócil; tenía algo la Musa del hermoso caballo de carrera vencedor de cien rivales. Febo, de vez en cuando, sonriendo á Venus, se acercaba á sus rodillas, tomaba en ellas la cabeza de Terpsicore, allí apoyada, y cogiendo por la barba á la Musa, la hacía mirarle y sonreír también como lo haría un buen perro de caza, si pudiera. No había en Terpsicore la enfermiza exaltación de Erato que inquietaba; por eso Apolo amaba más á Terpsicore.

Y gritaba Erato, algo envidiosilla, viendo á Febo acariciar á su hermana:

—Atención, atención; fuera mimos y atención al programa; merendaremos sobre la hierba y se comerá á la antigua, no como dioses, sino como los hombres que un tiempo habitaron la inmortal Hellas.

A Erato se la dejó el cuidado de disponer la fiesta vespertina; y como era ya la hora de la siesta, las Musas se retiraron al gineceo, que no estaba en el piso alto, diga lo que quiera la Academia; Apolo se fué con Venus no sé adónde, y como todos se olvidaron de mí, Hermes, compasivo, me dispuso un lecho en el pórtico sonoro de jaspes bien pulimentados, como á huésped que era, aunque indigno.

Se durmió la siesta, y cuando ya la tarde preparaba al sol blando lecho en las lejanas ondas del mar, cubiertas con edredón de abultadas y esponjosas nubes de púrpura; y los primeros soplos de la brisa mitigaban el calor estivo, Febo, Afrodita, Hermes y las nueve Musas buscaron en el sagrado bosque un claro bien tapizado de flores y menudo césped, y tendiéndose en corro sobre el campo, distribuidos en platos de oro los ricos manjares, comenzaron á comer con los dedos, y á beber, en vez de nectar, vino de la tierra, es decir, Chipre, que Ganimedes extraía de una á manera de bota que dirían en Jerez,

pipa pequeña que allí se llamaba *pisos*, y estaba apoyada y un poco hundida en la tierra. Ganimedes sacaba el Chipre del *pisos* en ánforas de panza muy abultada que llamaban *udria* y *calpis*, y de las ánforas iba á dar el liquido generoso en las botellas, que se llamaban *cotonos* y *bombillos*, y eran como nuestros frascos de viaje; y de tales recipientes, sin intermedio, caía en las sedientas fauces de los dioses toda aquella humedad bienhechora. Sólo Polimnia bebía, por ser correcta en todo, en un vaso, en un esquifos ático. Se comió y bebió mucho, primero en silencio, después entre carcajadas, gritos y conversación alegre, que jamás consentía Apolo que degenerase en discurso, ni menos en brindis.

Cuando ya llegaban á los postres, Apolo se volvió hacia mí, que con permiso de Afrodita y por encargo de Mercurio había servido de pinche á Erato, directora de aquel olimpico banquete.

— ¡Oh tú, misero mortal! dijo el dios: entre tanta maravilla como nuestra presencia te ofrece, ¿qué es lo que más te pasma y á mayor envidia te provoca?

— Pues lo que más os envidio es la ausencia de brindis, y lo que menos la ausencia de cucharas y tenedores; porque no hay cosa más sucia que comer con los dedos, ni más sana que comer sin discursos.

Rióse Apolo, pidió café y cigarros, apoyó su codo en el regazo de Venus, estiró las entumecidas piernas, y dijo á Terpsicore que bailase un poco. No se hizo rogar la Musa, y empezó á hacer cuantas maravillas cabe que se hagan, expresando con los pies y los saltos y las contorsiones de todo el cuerpo y el ritmo de los movimientos variados, sensaciones tan poco complicadas como profundamente humanas. Euterpe, alegrilla, batiendo palmas, acompañaba el baile con polos del Parnaso que eran de oír; y en tanto las otras Musas disputaban con calor hablando á un tiempo, mientras Hermes, borracho ó á medios pelos, de bruces sobre el césped, se divertía imitando con la voz el zumbardel tábano y escarbando con una hierba larga y barbuda las orejas de Polimnia, á quien el fuego de la polémica no dejaba atención libre para rascarse ó sacudirse.

Erato, un poco separada de las otras, hablando sola, pues nadie le hacía caso, miraba á las nacaradas nubes, recostada sobre un montón de hierba fresca que había segado Hermes con las alas sutiles del talón de oro; y decía la Musa del sombrero de paja de Italia:

— Digan lo que quieran, yo soy la poesía más amable, y aunque mis atributos no estén bien definidos y en esto haya confusiones y disputas, de mi jurisdicción es, sin duda, el dulce cantar

de la naturaleza, donde se mezclan los ayes de los pastores enamorados, auténticos ó no, y los arpegios de las aves con el bullicio de las hojas que entre sí conversan en el bosque, y con el rumor suave de la brisa que rueda sobre las mieses y la hierba crecida, inclinando los tallos en graciosos movimientos...

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Quién perora? preguntó Apolo, amostazado, incorporándose.

—Soy yo, ingrato Apolo; Erato, que hablo conmigo misma, ó con las flores, y las nubes, y las ramas de estos árboles, si quieren escucharme.

Entonces, metiendo la cucharada, me atreví á decir (después de acercarme con respeto á la Musa de lo que llaman los pedantes y otras personas poesía lírica, y algunos ¡rayo en ellos! subjetiva), digo que me atreví á decir:

—Erato, pues con las flores y las nubes y los troncos hablas, no desdenarás que yo, un mortal, un hombre, te oiga y hasta responda si quieres.

—¿Hombre, dijiste? Mirate y pálpate bien, y advierte si eres hombre ó literato, que no es lo mismo.

—Hombre me soy, amiga mía, y bien seguro estoy de ello, que no pocos años llevo de aprendizaje en el arte, difícil para quien lee y escribe, de no dejar la calidad humana para convertir-

se en puro hombre de letras, que, como ello mismo dice, no es hombre de carne y hueso. Y porque soy hombre me acerco á ti, y mientras tus hermanas disputan, prefiero oír lo que tú dices y cómo te quejas, si tienes de qué, como creo.

—¿Que si tengo? ¿Que si me quejo? Quéjome del mundo entero, y de tu tierra singularmente. Yo amo el campo, amo la vida en valles y montes, por sotos y praderas; pero tu tiempo me olvida, y cuando cree cantar en mis dominios, llora en otros que no conozco; mira cuál será la tristeza del mundo que yo misma suspiro, porque ya nadie, ó muy pocos, rien conmigo. De tu siglo se dijo (un gran poeta sabio lo decía, Humboldt), que había comprendido mejor que siglo alguno el amor de la naturaleza, su santa poesía; algo habrá habido de esto en algún caso y en ciertos respectos; pero los poetas que á la naturaleza se vuelven en estos días, vienen todos picados del romanticismo.

—Divina mordedura...

—Es un veneno.

—Es unción.

—¿Tú eres romántico?

—A mi modo. Pero aunque no lo fuera; reconozco los bienes que el romanticismo nos trajo.

—Yo también; mas para mí fueron daño. Era-

to no se compadece con el *lirismo* triste, egoísta, que sale al campo á pedir al rocío y á la aurora que lloren con él...

—¿Pues no lloraban los pastores y no pedían á los ríos y al mismo cielo lágrimas para acompañar su llanto?

—Si pedían y si lloraban; mas aquello era otra cosa; no lloraban sino por una ingrata, ó por ausencias, ó por muerte de la zagala querida, ó por desdenes, ó por celos, ó por rivalidades; no lloraban por cansancio de la vida, ni por quejas del hado, ni por inquietudes misteriosas ó recónditas lacerias del ánimo; no hacían filosofar á la naturaleza, ni siquiera la llamaban así, como yo misma hago ahora, para que se me entienda. Yo no te niego que haya belleza en la poesía naturalista de nuestros poetas románticos; pero que no digan que esa belleza la inspira esta Musa... no; el amor espontáneo, inmediato, inocente y dulce de bosques, riberas, prados, montes, valles, cuetos y cañadas, vegas y ríos, ventisqueros y lagos, mar y cielo, alegrías campesinas, melancolías de la tarde, terrores ó misterios de la noche, esperanzas de la mañana; todo eso les falta, y el dolor que vierten sobre la naturaleza como una libación sobre una víctima, adultera los cantos más hermosos, envenena la tierra con lágrimas.

—No disputaremos por eso. Pero suponiendo

que tengas razón en cuanto á los románticos, no la tendrás acaso respecto de los poetas modernísimos que de la naturaleza hablan también. Pensando como tú, muchos de ellos pretenden desterrar toda emoción... subjetiva (así dicen, aunque está mal dicho) y cantar el mundo físico por él solo, y tal como es, *impersonalmente*, reflejando como en un espejo sus bellezas.

—Sí, sí, ya conozco también á esos. Tampoco me entienden, aunque se creen de nueva cepa; por lo que á mí importa son tan románticos como los otros. Son los naturalistas, los impávidos, los *formistas*, los *esculturales*, los *pesimistas*, los *nirvanistas*... ¡Ay, pobre Erato, qué tengo yo que ver con ellos! No es impasibilidad lo que yo pido, ni que el poeta pretenda mirar las cosas del mundo con la serenidad de un dios; no necesita el artista dejar de ser hombre, como se figuran muchos ahora. Además, entre los poetas modernísimos que se creen desligados de la tradición y de la herencia romántica, hay preocupaciones idealistas, aunque ellos lo nieguen; y ese mismo impersonalismo, y sobre todo el tecnicismo, la ciencia y el arte descriptivos tomados como objeto inmediato y único, la transcendencia metafísica que casi siempre late en las obras de esos autores, sea para blasfemar, ó para dudar, ó para resignarse, son elementos extraños á la verdadera poesía natu-

ral, según esta Musa la entiende y la inspira...

—¿Conoces á Leconte de Lisle, Erato?

—¡Pues no he de conocerle! Y le estimo y reconozco grandes méritos; allá, en el Parnaso, tiene muchísima fama; y Apolo, las pocas veces que se digna hablar de estos asuntos, se hace lenguas del sucesor de Victor Hugo. ¡Ya lo creó! Pero ¿qué quieres? Tampoco ese entra en mis reinos sino de tarde en tarde y por muy pocos momentos. Es muy sabio y es muy pesimista para que pueda servirme á mí. Es de los que más valen, de los que aman de veras la naturaleza y la sienten y la entienden; pero la transporta también, como la transportaba la poesía india, á una especie de pasmosa teogonía panteística, deslumbradora, grandiosa, sublime, pero triste al cabo.. sí, triste. Y por ahí me viene á mí la muerte... es decir... la muerte no, porque soy inmortal; pero si la agonía, una agonía eterna: ¿habrá mayor suplicio?—Un día Venus, paseándose con Apolo entre estos árboles, no sospechando que yo los espiaba, dijo hablando de mí:—Esa chica está tísica...; y lo dijo sonriendo con desprecio. ¡Si vieras, pobre mortal, qué tristeza sentí! ¡Una tísica inmortal! Tú no puedes comprender esto... Mi exaltación, mis alegrías, son tristes, extremadas, sin motivo; este volver de la imaginación y del deseo al pasado, á un pasado remoto, enterrado para siempre sin remedio, to-

do ello nace de mi enfermedad; una tuberculosis espiritual que me viene de Oriente... acaso...— Maya, la divina Maya, la ilusión suprema es bella, deslumbra; los poetas hacen alarde de contentarse con su hermosura, ¡pero es ilusión! En otro tiempo, cuando yo reinaba en Occidente, Maya no era ilusión, ni se hablaba de estas diferencias entre la realidad y el sueño; más bien se tomaban los sueños por realidad también; de la Mitología habíamos hecho un mundo real: ahora, con la influencia de Oriente, de la realidad se hace una mitología... Por eso yo me consumo, porque no puedo vivir de resignación poética, de misticismo triste y en el fondo ateo; mi reino era la naturaleza como ser real y sin más transcendencia que su hermosura; las sensaciones que ella sugiere y los afectos naturales y humildemente humanos entrelazados en las canciones, como la hiedra al olmo, á la inspiración de la naturaleza misma. ¿Me entiendes? Yo, á lo menos, te hablo con todos estos términos bárbaros y aborrecibles, de una abstracción helada, para que me comprendas... y me compadezcas... Soy una pobre tísica... ahí tienes, y una tísica que no puede morir. ¡No muero, agonizo eternamente!

Calló la musa; miró á Febo de soslayo, temerosa de que el dios la reprendiese por sus lamentaciones; y después de encoger los hombros con

gracia y cambiando de tono, me preguntó, creyendo que mudaba de conversación y en rigor hablando de lo mismo.

—Y en tu tierra, ¿tenéis ahora muchos buenos poetas?

—De los que tú quisieras, ninguno. Buenos de otro modo, muy pocos.

—Ayala ha muerto, ¿verdad? Algunas poesías de ese algo se acercaban a lo que yo necesito; pero la sensualidad predominaba demasiado. Su imaginación fresca y original, espontánea, su pasión cierta y viva, su gusto exquisito en la forma y un sentido poderoso para escoger lo noble en el idioma, mas un don singular de abundancia y novedad en la expresión poética, le daban grandes ventajas para vencer a muchos contemporáneos de los que pretenden ser grandes poetas líricos con propia inventiva, con fuerza avasalladora...; pero ni insistió Ayala en cultivar tales facultades, ni trabajó ni estudió bastante. Además, el teatro y la política le arrastraron por otros caminos. Pero sí, créeme: si hubiera insistido en la poesía lírica, como decís vosotros, tal vez hubiera sido de los míos; porque esa misma sensualidad excesiva, con los años se hubiera modificado, convirtiéndose en parte a otros objetos y acabando en un equilibrio sano y hermoso. ¿Me entiendes?

—Creo que algo.

—Por lo demás, tenéis buenos poetas: ¡ya lo creo! Campoamor... no es de los míos ni con mucho, ni él lo pretende; pero es grande, ¿quién lo duda? mucho. Yo no soy injusta. No nos entendemos, pero le admiro. Es de su tiempo. Allá él, buen provecho.

Calló otra vez la Musa y se asomaron a sus ojos dos lágrimas. Y después de un silencio triste, añadió:—También admiro a Núñez de Arce; pero también ese es de su siglo. Dudas, grandes problemas, ¡puff! ¡Su siglo! ¡Vaya un regalo! ¿Y tú? ¿También eres de tu siglo?

—Yo no soy poeta.

—Pero ¿eres de tu siglo?

—Procuraré meter la cabeza en el que viene, y si me gusta más que éste, seré del otro.

—¿Quién sabe, quién sabe si yo!... Mas dicen que la tisis no tiene cura. Pero oye; yo no te quería hablar de Campoamor ni de Núñez de Arce, ni de Zorrilla... no era eso; de estos ya sabía yo antes que tu nacieras. Te preguntaba por los nuevos, por la esperanza. ¿Hay en tu tierra esperanza de poetas nuevos?

—Musa, yo, según me hago viejo, me voy volviendo al pasado. Mi esperanza son Garcilaso, Fray Luis de León, éste sobre todos, y otros pocos.

Tembló la Musa estremecida por un recuerdo.

—¡Luis de León! Si yo te dijera... Yo viví mu-

chos años enamorada de él, y celosa del cielo, de vuestro cielo cristiano. Así como hubo un Fernando de Herrera, estúpido doctor que quiso convertir en religiosas las poesías eróticas de Garcilaso, y donde el cantor de la flor de Guido había dicho Salicio, él puso Cristo, yo, por el contrario, convierto para mi solaz las poesías religiosas de Fray Luis en profanas, y le tengo por uno de los míos, porque su misticismo es profundamente humano; la tristeza con que mira hacia el suelo rodeado de tinieblas, no le impide ver y sentir la naturaleza tal como es ella, con íntima emoción y conciencia de su belleza y de su realidad. Sí, sí: por multitud de razones que no es del caso explicar ahora, yo sé que Fray Luis, sin dejar de ser poeta cristiano y bien cristiano, es también poeta mío, como apenas los hay ahora. ¿Me entiendes?

—Creo que sí. Por eso yo te decía que mi esperanza está en esos poetas, por lo que a España toca.

—Es decir, que no confías en la juventud.

—Nuestra juventud no es poética.

—Pues fuera de España sí, hay jóvenes poetas...

—Ya lo sé; aunque decadentes y poco amigos de tus gustos, fuera de España los hay...; pero en España no.

—Tal vez tienen la culpa ésas...

—¿Quién?

—Clio, Caliope y Polimnia. Tanto se habla entre vosotros de escuelas, de retórica nueva, de la prosa que mata al verso, de la novela, de la verdad como inspiración única, del fin educativo del arte naturalista, etc., etc..., tanto se revuelve todo ese polvo de confusas doctrinas, de pretensiones pedantescas, que no extraño que la poesía se esconda... ¡Oh! Los tiempos son tristes. Mira al buen Apolo: ¿no observas con qué displicencia oye hablar del arte? Ha perdido la fe; no cree en las letras; prefiere a Venus, la hermosura viva; dice que la mujer hermosa es la poesía natural y perenne...; y entre las Musas ¿cuáles escoge? La música y el baile, Euterpe y Terpsícore, una visionaria y una idiota ágil y robusta, de piernas de acero y cuerpo de culebra... Terpsícore, la idea en los pies, y Euterpe, la idea por las nubes. No pensar, sentir y moverse, eso es lo que Apolo quiere, cansado ya de su inmortalidad monotonía... Y aun a mí me tolera porque dice que soy sencilla; pero ésas otras le apestan.

Calló la Musa, perdida entre sus melancólicas reflexiones. ®

Yo reanudé la conversación, diciendo:

—Musa, sea lo que quiera del porvenir del arte, por lo que importa a España, yo no creo que la falta de poetas jóvenes se deba principal-

mente á las necedades que se predicán contra el *lirismo* y contra el verso. Esas tonterías más ó menos cubiertas de erudición curiosa, podrían intimidar ó persuadir á un alma pequeña, á un versificador por antojo; mas á un poeta verdadero, ¿cómo habian de convencerle críticos superficiales ni tosco vulgo de que la poesía había pasado de moda? Poetas hay en otros países donde también se predica esa doctrina absurda, que se rien de ella ó protestan indignados con eloquentes defensas de la poesía, ó con poemas hermosos que prueban más que mil disquisiciones doctas. El mismo Leconte de Lisle, de quien antes hablabamos, con qué soberano desdén ha venido protestando desde sus primeros cantos contra ese *prosaismo* invasor que quiere hacer del arte una democracia absurda, un renacimiento *barbaro* que sería un crimen de lesa humanidad!—En España, Erato, no hay poetas nuevos... porque no los hay; porque no han nacido. Nuestra generación joven es enclenque, es perezosa, no tiene ideal, no tiene energía; donde más se ve su debilidad, su caquexia, es en los pruritos nerviosos de rebelión ridícula, de naturalismo *enragé* de algunos infelices. Parece que no vivimos en Europa civilizada... no pensamos en nada de lo que piensa el mundo intelectual; hemos decretado la libertad de pensar para abusar del derecho de no pensar nada.

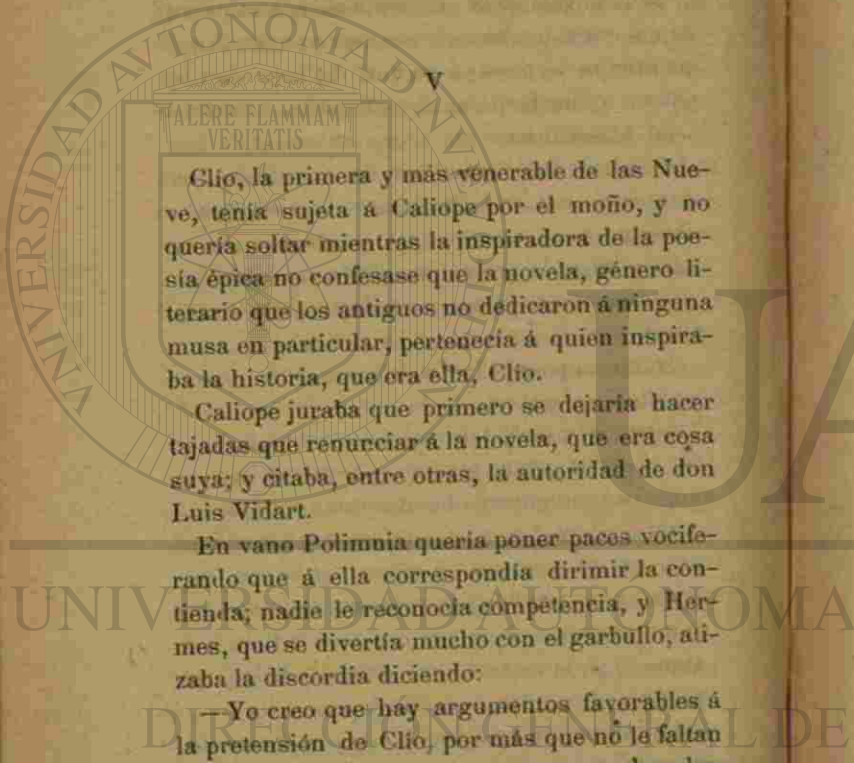
¿Cómo ha de salir de esto una poesía nueva? ¿Ves ese pesimismo, ese trascendentalismo naturalista, ese orientalismo panteístico ó nihilista, todo lo que antes recordabas tú como contrario á tus aspiraciones, pero reconociendo que eran fuentes de poesía á su modo? Pues todo ello lo diera yo por bien venido á España, á reserva de no tomarlo para mí, personalmente, y con gusto vería aquí extravíos de un Richepin, *satanismos* de un Baudelaire, *preciosismos* psicológicos de un Bourget, *quietismos* de un Amiel y hasta la procesión caótica de simbolistas y decadentes; porque en todo eso, entre cien errores, amaneramientos y extravíos, hay vida, fuerza, cierta sinceridad, y sobre todo un pensamiento siempre alerta...

Vegeter c'est mourir, beaucoup penser c'est vivre.

No tenemos poetas jóvenes, porque no hay jóvenes que tengan nada de particular que decir... en verso. Para los pocos autores nuevos que tienen un pensamiento y saben sentir con intensidad y originalidad la vida nueva, basta la forma reposada y parsimoniosa de la crítica, ó á lo sumo la de la novela... El arrebato lírico no lo siente nadie... Ahí no se llega...

Iba á interrumpirme Erato, que tenía cara de decir muchas cosas, cuando estalló en el corro de la otras Musas un gran estrépito, y acudimos á ver lo que era.

Y era que Clio y Caliope andaban á la greña, algo borrachas, y tuvo Apolo que levantarse á poner paces y entender en el litigio.



Clio, la primera y más venerable de las Nueve, tenía sujeta á Caliope por el moño, y no quería soltar mientras la inspiradora de la poesía épica no confesase que la novela, género literario que los antiguos no dedicaron á ninguna musa en particular, pertenecía á quien inspiraba la historia, que era ella, Clio.

Caliope juraba que primero se dejaría hacer tajadas que renunciar á la novela, que era cosa suya; y citaba, entre otras, la autoridad de don Luis Vidart.

En vano Polimnia quería poner paces vociferando que á ella correspondía dirimir la contienda; nadie le reconocía competencia, y Hermes, que se divertía mucho con el garbullo, atizaba la discordia diciendo:

—Yo creo que hay argumentos favorables á la pretensión de Clio, por más que no le faltan á Caliope razones en que apoyar su derecho; por lo cual, y no siendo aplicables al caso las reglas de la jurisprudencia para los conflictos

entre dos derechos, no hay más remedio que recurrir á la ordalia, y que midan ambas Musas sus fuerzas; sea el moño de cada cual el símbolo de la novela, y la que se quede con el pelo de su enemiga en las manos, esa venza. Por lo pronto, la victoria se inclina del lado de Clio, que ya ha hecho presa... y ya se sabe aquello de *beati possidentes*.

Entonces fué cuando acudió Apolo al ruido; se le enteró de todo, y quiso oír á las partes, obligándolas previamente á renunciar á la *manus injectio*, es decir, haciendo que soltara Clio el moño de Caliope, y Caliope el *polisson* de Clio.

Había empezado la disputa con motivo de dos escritos recientes de literatos españoles, á saber, los artículos de Valera acerca del *Arte de escribir novelas*, publicados en la *Revista de España*, y las conferencias dadas por doña Emilia Pardo Bazán en el Ateneo, tituladas: *La revolución y la novela en Rusia*.

De uno y otro trabajo se había hecho lenguas Polimnia, que era quien los había leído; y había alabado en el de Valera la gallardía de la forma, la copia, la variedad y selección de la lectura, la originalidad de muchos juicios y la profundidad de la doctrina acá y allá esparcida, sin pretensiones de orden ni de rigor didáctico, pero con más alcance del que podían comprender lecto-

res vulgares ó distraídos. En cuanto á las conferencias de doña Emilia Pardo Bazán, declaraba Polimnia que ella las firmaría sin inconveniente, y alababa, sobre todo, la oportunidad del intento.

—¿Y qué dicen de la novela en cuanto género? había preguntado Hermes, que deseaba ver enzarzadas á Clio y á Caliope. ¿Dicen que pertenece á los dominios de vuestra hermana mayor, ó al dominio de la poesía épica, ó á ninguno de ellos?

—Nada dicen de eso; pero á lo que se deduce de la doctrina respectiva de uno y otro autor, según Valera, la novela no debe acercarse á la historia, pues ésta lleva la verdad por delante, y aquella para nada la necesita; en cambio, la escritora coruñesa da tal importancia y carácter utilitario é influencia social á la novela, que lógicamente podría Clio sostener que, de ser este género según esa señora dice, es un modo de historia de la actualidad.

¡Aquí fué ella!... Las dos Musas que se disputaban la novela, comenzaron á gritar y á perorar, como procurando cada cual apagar las voces de la otra. Más altas sonaban las de Caliope; pero bien se conocía que Clio tenía aliento más largo y tardaría más en cansarse de vociferar sus excelencias y el derecho que la asistía.

Y así fué que, cuando ya la diosa de la poesía

épica había callado por no poder más, la Musa de la Historia continuaba diciendo:

—Repito y repetiré cien veces que me importa mucho recabar mi jurisdicción sobre la novela, ya que éste es el género más comprensivo y libre de la literatura en los días que corren; y como no hay para la novela Musa determinada, yo debo ser quien la dirija; porque así como se ha dicho que la estadística es la historia *parada*, yo creo que la novela es la historia completa de cada actualidad, no habiendo, en rigor, entre la historia y la novela más diferencia que la del propósito al escribir, no en el objeto que es para ambas la verdad en los hechos. Regiones hay del arte en que novela ó historia casi casi se confunden, y es allí donde el historiador y el novelista se propusieron fines poco menos que semejantes; así, como ejemplo de gran distancia entre la historia y la novela, podríamos citar un cronicón apelmazado y soso, escueto y pelado de la Edad Media, y compararle con Amadís de Gaula ó con las Sergas de Esplandían; en el cronicón no hay más que la verdad monda y lironda de los hechos, sin arte, sin orden didáctico, sin propósito ideal; nada más que algunos hechos desnudos y de la realidad más superficial, de lo que cae en el campo de observación del más vulgar testigo de la vida ordinaria; en el libro de caballerías no hay más que fantasía,

el valor de verdad se desprecia aun en su elemento más compatible con la invención, ó sea en la verosimilitud; lo que menos importa es, no ya que aquello ha a sucedido, sino que haya podido suceder; aquí, el único mérito que nada importa es el de la verdad y aun posibilidad de los hechos; en el cronicón, el único valor positivo es la realidad de los hechos apuntados. Pues ahora, el ejemplo contrario: la historia, según la entienden y escriben algunos grandes historiadores modernos que tienen facultades de filósofos y artistas, v. gr., Renan; y la novela, según la escribe Flaubert, y en cierto modo, según la escribe Freitag; en la *Vida de Jesús*, en *Los Apóstoles* el arte de resucitar la vida de nombres y tiempos remotos se vale de medios y tiene propósitos análogos á los que emplea en sus obras arqueológicas el autor de *Salambo* y *Herodias*; y es de esperar que cuando el novelista se haya llegado á penetrar más todavía del fin educador de su arte, y el historiador comprenda mejor todavía los misteriosos infalibles recursos de la visión poética, para evocar la más aproximada imagen de la realidad pasada; es de esperar, digo, que entonces sean mayores las semejanzas de novela y de historia, y ha de estar á veces en muy poco, muy poco, la diferencia. Nada de esto se puede entender bien cuando no se tiene la fe profunda

en la verdad y en su belleza; llegará un día en que será un crimen de lesa metafísica el pretender que pueda haber superior belleza á la de la realidad; la realidad es lo infinito, y las combinaciones de cualidades á que lo infinito puede dar existencia, ofrecen superiores bellezas á cuanto quepa que sueñe la fantasía é inspire el deseo. Y si á esto se me quiere objetar aprovechando aquel argumento de Hegel, que consistía en decir: El hombre es capaz de crear lo más bello, y esta no es idea impía, pues al fin el hombre será á su vez obra de Dios, y por ende Dios creador de lo más bello también, mediante su criatura, el hombre; si este argumento se quiere aprovechar transformándole y diciendo: Aunque la realidad en su infinidad puede producir incalculable belleza, como el hombre y su fantasía son parte de esa realidad, puede estar en la fantasía del hombre lo más bello entre toda la realidad bella; á eso contestaré que es una suposición gratuita el señalar á semejante parte infinitamente determinada del mundo real lo mejor de la realidad en cuanto belleza; pues quedan infinitas probabilidades en el resto del mundo á favor de otras cosas que pueden ser más bellas que los productos de la fantasía humana; y esto será lo más verosímil, pues el hombre sólo se mueve en esfera muy limitada, aun cuando más libremente sueña, y quedan

por fuera de la posibilidad de sus combinaciones fantásticas mundos de relaciones infinitas, cuya belleza él no puede sospechar siquiera. ¡Oh, no! La mayor belleza no la compone el sujeto soñador, que así pronto se agotaría el manantial de lo bello artístico; de fuera adentro, de la realidad a la fantasía, viene la savia del arte, y toda otra forma de vida es anuncio de muerte. La verdad, ese cielo abierto al infinito que tenemos ante estos estrechos agujeros de los ojos, es la fuente de belleza, y por eso la novela, la forma más libre y comprensiva del arte, se da la mano con la historia, penetra en sus dominios; y yo, Clio, que soy la Musa de Tucídides y de Plutarco, debo ser la Musa de Cervantes y de Manzoni.

—Todo eso estaría bien, amada Clio, interrumpió el erinado Febo, si no fuera un exclusivismo tan erróneo como todos los exclusivismos. Bien sabe Zeos, mi Padre, que me pesa dar lecciones de estética; pero no siento darlas de tolerancia, de espíritu expansivo. Si es cierto que hay género de novela que viene casi a confundirse con la historia, así como hay modo de escribir historia que es obra de arte casi casi novelesco; no te niego que la verdad comporta más poesía, por comportar más belleza que cuanto cabe que invente el hombre, y esto por las razones que oscuramente has pretendido

alegar; pero no toda la historia necesita ir por ese camino, ni, y esto sobre todo, la novela en general es como tú dices, pues ha habido, hay y habrá siempre novela puramente fantástica, aspiración de la idealidad, reflejo del puro anhelo, que será tan legítima como la más instructiva, profunda é histórica creación del novelista más concienzudamente enamorado de la realidad y su belleza. Por eso hubo, hay, y seguirá habiendo, novelas que, más que á Clio, se acerquen á Caliope, al poema épico. Pero así como digo esto y sostengo la legitimidad de aquellas fábulas que poco ó nada se cuidan de respetar la verdad, ó sólo respetan la verdad de un orden y olvidan la de otros, también aseguro que el gran interés que en los tiempos presentes alcanza la literatura novelesca, más se debe á las obras de los que en general llamaré realistas, que á las de sus contrarios, algunos ilustres. Y siento en el alma que un D. Juan Valera, orgullo mío, lince y ruiñeñor en una pieza, en esos artículos acerca del *Arte de escribir novelas*, de que antes hablábais, se incline con todo el peso de su autoridad del lado de aquellos exclusivistas que no quieren en el arte más que diversión y pasatiempo, y dividen abstractamente las ocupaciones racionales de la vida, y dejan toda la formalidad para unas, y toda la broma y jarana para otras. Indigna es semejan-

te separación, arbitraria, infecunda y fría de espíritus poderosos y noblemente inspirados por el amor serio y profundo de la bella santidad de las cosas; y no debieran los hombres que han sentido en el amor del arte toda la dulzura del caliz de la belleza, hacer coro á los que dicen que la ciencia enseña y la poesía no; siendo así que la poesía todos sabemos cuál es, y ciencia se llama á lo que no lo es, las más veces; porque no hay más ciencia que la que consiste en el conocimiento evidente de la verdad, y no son libros científicos los que lo son tan sólo por el propósito ó el asunto, sino que han de serlo por la verdad sistemática que hagan ver; mientras de la evidencia de la poesía, allí donde la hay, sabemos por medios infalibles. Y lo verdadero puede saberse poéticamente, así como con la mayor *prosa* del mundo se puede tragar el error. Y, sin que yo anuncie ahora si se cumplirá ó no la profecía de un poeta francés moderno, que dice que los poetas volverán á encargarse algún día de enseñar el camino de la luz á los hombres, si declaro que eso puede ser, porque en nada modifica á la verdad el ser sabida poéticamente; y diré más: así como siempre os quedaría algo por saber de la esencia y cualidades de la naturaleza, mientras desconociérais la existencia de la música, mientras no hubieseis oído sonar armoniosamente las cosas,

pues en la vibración sonora van misterios de la realidad de otra manera comunicables, del propio modo hay en la verdad un principalísimo aspecto que sólo puede ser comprendido mediante el arte, esto es: en la expresión perfecta de su poesía.—Y no digo más, porque ya las brisas me sisean pidiéndome silencio para celebrar, todos callando y murmurando ellas, el divino misterio de la tarde, cuando mi propia imagen, el sol de oro, se acerca á besar el inflamado seno de Anfitrite. Si, callemos, divinas hermanas: oigamos la sosegada armonía de los cielos y la tierra, que en el silencioso ritmo de los fenómenos naturales repetidos días y días, cantan el himno del amor perfecto, cayendo el disco de fuego sobre el mar y rodando perezosa la tierra para recibir sobre la húmeda espalda de las olas la caricia voluptuosa de la luz mística del Poniente. Callad, sí, y oid también el armonioso concierto de vuestra propia idea con la idea divina que el mundo ante los ojos os revela; y ved cómo todo, lo de dentro y lo de fuera, canta la misma oda y aspira á la misma paz y se arroba embebecido en el mismo inefable amor. Musas, si amáis la poesía, no riñáis, no alborotéis estas enramadas tranquilas, siendo espanto de las aves y escándalo de la graciosa Eco; amad y comprenderéis, amad é inspiraréis; tolerar es fecundar la vida. Y basta y

sobra. Nadie diga de esta agua no beberé; odio los vanos discursos y llevo un cuarto de hora arengando á mis Musas; pero ya callo. Dispersémonos; tú, Afrodita, sígueme, que tras aquella peña hemos de contemplar dignamente el postrer misterio del día.

Seguí al dios, á escondidas, entre las matas del sagrado bosque, cuyas últimas ramas, verdes y graciosas, se mecían sobre los rizos blancos de las ondas. Apolo y Venus desaparecieron un momento de mi vista al rodear una peña que avanzaba sobre el mar entre espuma; pero fui audaz, seguí su camino, y acurrucado entre las piedras, como convenia á un misero mortal en aquel trance, vi á los dioses transformados, ingentes, vestidos sólo de la luz de la tarde y del esplendor de su hermosura. Afrodita sin velos, Febo desnudo, dorado por los reflejos de sus propios rayos, sumergían los pies divinos en las aguas tranquilas que como cintas de plata y de púrpura enlazaban, enredándose en ellas, las plantas de los inmortales. La cabeza de Venus descansaba lánguida y graciosa en el pecho de Apolo, que con la frente erguida, iluminada, miraba con arrogantes llamaradas en los ojos á

lo más alto del cielo, buscando la frente de Zeos, su Padre, para anunciarle sus desposorios con la diosa de la hermosura, la madre del amor.

Moria la tarde majestuosamente; las brisas que se desataban del bosque perfumado, embalsamaban el aire; un ruiseñor cantaba desde el misterio de la espesura; el mar de acero bruñido se cubría, allá, cerca del horizonte, con un manto de púrpura; tras de la apoteosis de las nubes luminosas, manchadas con la sangre de oro del sol que acababa de estallar en aquella polvareda de luz, se extendía el camino de Hellas divina; y por Oriente, por donde ya ascendía la palidez del crepúsculo, el horizonte triste ocultaba las costas arenosas y bajas de Palestina.

— Si, pensé; allí está la tierra cristiana, detrás de esas olas oscuras. Y como una imagen que brotara al conjuro de un pensamiento, vi un mendigo de traje talar que, sentado en la arena, olvidado de las magnificencias del cielo y de la hermosura del mar y de la isla, muy atento, al parecer, á lo que hacía, con la cabeza sumida en el pecho, trabajaba meditabundo en un tosco tapiz, que remendaba con groseros hilvanes.

Era un hombrecillo delgado, nervioso, de ojos ardientes, de párpados irritados, rojizos, de barba rala y enmarañada.

Al chasquido de un beso de Apolo en los la-

bios de Afrodita, el viejo irguió la cabeza y se puso en pie de un salto, estremeciéndose, como preparándose contra un peligro.

Vió a los dioses desnudos, y sin escandalizarse, volvió á otro lado la mirada y preguntó:

—¿Quién sois?

Reparó Febo en el mendigo, y exclamó:

—Apolo y Venus.

—¡Ah! sí; los dioses falsos.

—Buen hombre, no hay dioses falsos; somos inmortales. Venimos del Olimpo. Y tú, ¿quién eres?

—¡Yo! Soy Pablo de Tarso, en Cilicia. Vengo de Antioquia; me embarqué en Seleucia y dejé mi nave en Salamina; he pasado por Cition y por Imatonta, y ahora descanso en Pafos. Mañana, otra vela me llevará á Panfilia, á la desembocadura del Cestro, y por el río subiré hasta Pergo...

—¿Y qué destino te conduce? ¿Por qué viajas?

—Predico á los gentiles. Voy a convertir al mundo.

—¿A qué religión?

—A la de Cristo.

—¡Bah! La religión de Cristo ya comenzó á ser predicada hace casi dos mil años.

—Ya lo sé. Fui yo mismo. Pero ahora empiezo otra vez. No me entendieron. Por aquí mismo pasé otra vez hace mil ochocientos años;

Bernabé venia conmigo; en estas costas, sobre las ruinas del templo de Afrodita, en Neapafos, predicamos y convertimos á muchos gentiles, en tre ellos á Sergio Pauló... Después, inflamados en el amor de la buena nueva, volamos al Asia Menor... ¡hermosa vida! hambre, sed, prisiones, humillantes latigazos, todo lo sufrí contento; el Señor iba conmigo; yo era el apóstol de los gentiles; Jesús se me había aparecido; mi revelación era mía... Y el mundo fué cristiano. Pero de mala manera. No me comprendieron. Hay que empezar otra vez, y vuelvo por los mismos pasos á predicar de nuevo (á ver si ahora me entienden) el amor de Cristo.

—Pues mira cómo ha de ser, porque nosotros no hemos muerto, ni pensamos morir.

—No importa, repuso San Pablo encogiendo los hombros. No hace falta que muera nadie. Vosotros viviréis á vuestra manera.

—Pablo, yo soy la poesía!

—Apolo, también yo.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBROS RECIBIDOS

- Pérez Galdós.—*Fortunata y Jacinta* (cuatro tomos). Madrid.
- Palacio Valdés.—*Maximina* (dos tomos). Madrid.
- Picón.—*El enemigo*. Madrid.
- Pardo de Bazán.—*La Revolución y la novela en Rusia* (tres tomos). Madrid.
- F. Aramburu.—*La nueva ciencia penal*. Madrid.
- José Verdes Montenegro.—*Campoamor.—Estudios literarios*. Madrid.
- Varios autores.—*Las Virgenes locas*, novela improvisada. Madrid.
- Matoses.—*Del Montón*. Madrid.
- S. Rueda.—*El cielo alegre*. Madrid.
- Marqués de Figueroa.—*La vizcondesa de Armas*. Madrid.
- Federico Rahola.—*Economistas españoles de los siglos XVI y XVII*. Barcelona.
- José M. Mathen.—*Un rincón del paraíso*. Madrid.
- Ángel Salcedo y Ruiz.—*Victor*. Madrid.
- F. Martínez Pedrosa.—*Diálogos de salón*, poesías representables, cuatro tomos. Madrid.
- F. Urrecha.—*La hija de Miracielos*. Madrid.
- Enrique G. Ceñal.—*El Hombre* (novela metafísico-social). Madrid.
- F. Moreno.—*Cuba y su gente*. Madrid.
- J. Adán Berned.—*Retazos literarios* (poesías). Hueaca.
- Rafael Torromé.—*La fiebre del día*, comedia dramática. Madrid.
- Antonia Opisso.—*Diario de un deportado* (novela). Madrid.
- Sánchez Pérez.—*Clases de adorno* (comedia en tres actos). Madrid.

M. Martínez Barrionuevo.—*El Padre Eterno* (novela.) Madrid.
J. Izart.—*El año pasado* (crítica). Barcelona.
Joaquín Pecci (León XIII). *Poesías latinas*, puestas en rima castellana por Jaime Martí Miquel. Madrid.
Fermín Herrán.—*Emilio Castelar* (discurso). Vitoria.
Frontaura.—*Lances de la vida*. Madrid.
N. Tondreau.—*Penumbas* (poesías). Santiago de Chile.
Eladio Albéniz.—*Cosquillas* (poesías). Madrid.
Manuel Cubas.—*Thais*. Madrid.
S. Marengo.—*La ficción y la verdad de lo ocurrido en Yap*. Madrid.
Valbuena.—*Historia del corazón* (idilio, segunda edición). Madrid.
El mismo.—*Fo de erratas del Nuevo Diccionario de la Academia*.—Tomo I.—Madrid.
José Borrás.—*Puntos suspensivos* (poesías). Madrid.
Abelardo Morsles Ferrer.—*Crisálida* (monólogo representable). Madrid.
Juan Montalvo.—*El espectador*.—Tomo I.—París.
Manuel del Palacio.—*Huelgas diplomáticas* (poesías). Madrid.
El Bachiller Francisco de Osuna.—*De academica cocitate*. Osuna.
F. Rodríguez Marín.—*El Cantar de los Cantares*: traducción del hebreo en verso castellano. Osuna.
Juan Montalvo.—*Mercurial eclesiástica*. París.
Juan L. Lapouliède.—*Descubierta*. Madrid.
Luis Alfonso.—*Dos cartas* (novelas). Madrid.
J. J. García y González.—*El proceso de la prensa*. Madrid.
Juan Acover y Maspons.—*Poesías*. Palma.
Ramón Caballero.—*Sueños de madre* (poema). Madrid.
Joaquín García Cayeda. *Obras*.—Publicadas después de su muerte, con un prólogo de D. Fermín Canella y Secades. Oviedo.
Adolfo Posada.—*El Parlamentarismo*. Oviedo.
Fermín Canella.—*La Iconoteca asturiana* (discurso). Oviedo.
El mismo.—*La Biblioteca asturiana* (folleto). Oviedo.

J. María Marqués.—*La verdadera legitimidad y el verdadero liberalismo*. Habana.
Pompeyo Gener.—*Herejías*. Madrid.
Hostos.—*Derecho constitucional*. Santo Domingo.
Cánovas del Castillo.—*Artes y letras*. Madrid.
El mismo.—*Obras poéticas*. Madrid.
Frontaura.—*Sermones de doña Paquita*. Madrid.
Barrionuevo.—*La Generala*. Madrid.
El mismo.—*Los Quintañones*. Madrid.
Joaquín de Araujo.—*Luis de Camoes*, poemeto. Porto.
Ives Guyot.—*La science économique*. Introduction. París.
Ginés Alberola.—*Guillermo Tell*. Madrid.
Edmundo de Amicis.—*Cuore*. Trad. de H. Giner de los Ríos. Madrid.

